

OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO *Volumen XXVI*

ENSAYOS

BIBLIOTECA NUEVA MADRID



A M A D O
N B R V O

O B R A S
C O M P L E T A S

XXVI

PQ7297.N5
027
V26



1020100042

2316

N

94 54



BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

113



OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

BIBLIOTECA CENTRAL
U.N.A.M.



TOMOS PUBLICADOS

- I.—PERLAS NEGRAS.—MÍSTICAS
- II.—POEMAS
- III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS
- IV.—EL ÉXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO
- V.—ALMAS QUE PASAN
- VI.—PASCUAL AGUILERA. — EL DONADOR DE ALMAS
- VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA
- VIII.—JUANA DE ASBAJE
- IX.—ELLOS
- X.—MIS FILOSOFÍAS
- XI.—SERENIDAD
- XII.—LA AMADA INMOVIL
- XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO
- XIV.—EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD.—EL DIABLO DESINTERESADO.—UNA MENTIRA
- XV.—ELEVACION
- XVI.—LOS BALCONES
- XVII.—PLENITUD
- XVIII.—EL ESTANQUE DE LOS LOTOS
- XIX.—LAS IDEAS DE TELLO TELLEZ.—COMO EL CRISTAL
- XX.—CUENTOS MISTERIOSOS
- XXI.—ALGUNOS.—CRÓNICAS VARIAS
- XXII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA. (Primera parte.)
- XXIII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA. (Segunda parte.)
- XXIV.—EN TORNO A LA GUERRA
- XXV.—CRÓNICAS
- XXVI.—ENSAYOS

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIENTOS EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO * * * *





TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO

OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO *Volumen XXVI*

ENSAYOS



BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

BIBLIOTECA NUEVA MADRID

16456

IV-1-308a

V-26

ES PROPIEDAD
DE LOS HEREDEROS
DEL AUTOR

TODA EDICIÓN
FRAUDULENTA
SERÁ PERSEGUIDA
POR LA LEY * *

PQ7297.N5

027

V. 26

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. M. I.



LOS SABIOS Y EL MISTERIO DE LA VIDA

EL año de 1913 ha sido fértil para la ciencia.

Infinitos inventos e infinitas derivaciones prácticas de descubrimientos anteriores, han venido a aumentar enormemente el acervo mental humano. Empero, el problema por excelencia en que los hombres de laboratorio han trabajado quizá con más encarnizamiento, es el de la conquista de la energía intra-atómica, «de esa energía inmensa, capaz de dislocar y de romper el equilibrio indestructible que existe en los electrones constitutivos del átomo» y merced a la cual se redimiría al mundo, desapareciendo las desigualdades de la suerte que obligan a las cinco sextas partes de la humanidad a trabajar sin descanso para producir lo necesario a una sexta parte privilegiada. La energía intra-atómica, la utilización de las mareas y el aprovechamiento del calor solar, podrían por sí solos realizar con exceso toda la suma de trabajo que el mundo necesita para vivir.

Llegada la actividad científica al punto en que se

halla, todo hace presumir que va a desbordarse en incontables aplicaciones. Los descubrimientos se seguirán vertiginosamente. Lo que soñábamos como lejano se volverá habitual, sin causarnos sorpresa ninguna, gracias a esa maravillosa facultad que poseemos de adaptarnos a todo.

El cinematógrafo, unido al fonógrafo, nos producirá la vida con su poderosa y sugerente realidad. La telegrafía inalámbrica, que merced a un minúsculo receptor de bolsillo está ya, por unos cuantos francos, al alcance de todo el mundo, pudiendo servir de antena... hasta un paraguas, nos pondrá en condiciones de suprimir el espacio; la visión a distancia será tal vez un hecho antes de que termine 1914. El aeroplano, para el cual Orvil Wright ha encontrado un estabilizador admirable, llegará a perfeccionamientos no imaginados. La transmutación de la materia (derivada del conocimiento de los átomos de que hablábamos antes), que ha valido a Ramsay éxitos llenos de un turbador enigma, ha de sorprendernos en breve con milagros de laboratorio. En suma, todo incita a creer que el año que ha empezado abrirá al cerebro humano horizontes inmensos... Pero el misterio de lo que esté más allá de esos horizontes, será tan esquivo, tan ilimitado, tan imponente como siempre...

«Con sólo lo que ignoramos—ha dicho sir William Crookes—se podría construir el universo.» Y uno de los más prestigiados biólogos modernos, Mr. de Grammont Lesparse, en libro que acaba de aparecer en casa de Alcan sobre *Les inconnus de la Biologie*, nos dice que, a pesar de todos los

adelantos de esta ciencia maravillosa, no se puede dar un paso sin la noción de un principio intelectual, activo, simple y sin duda autónomo, Logos, Clinamen, Espíritu, Alma (poco importa el nombre), «sin el cual nada se explica, con el cual todo se comprende».

Por su parte el sabio doctor Gustavo Le Bon, hablándonos de los misterios de la vida, en una especie de balance de los adelantos psíquicos del año, afirma que en el terreno orgánico no ha podido ser formulada una sola hipótesis verosímil. Se emplean únicamente palabras que no significan nada real, como *fuerza vital, naturaleza, instinto*, etcétera, y ellas constituyen las explicaciones de lo que ignoramos... «El hombre de ciencia las repite todavía algunas veces para simplificar sus descripciones; pero sabiendo bien que no tienen ningún sentido. Inútil es reflexionar mucho—dice—para ver que cuando se califica por ejemplo de fuerza vital el poder inexplicable que hace crecer una brizna de yerba o regenera la pata mutilada de una salamandra con sus vasos y sus nervios, «nada se ha averiguado de la causa real de los fenómenos observados».

«Los métodos que permitieron construir el brillante edificio de las ciencias físicas—añade—han revelado poca cosa de la naturaleza de los fenómenos vitales... El estudio físico-químico de la vida no es más que el de la muerte. Se desciende fácilmente de la vida a la muerte; pero no se vuelve a subir de la muerte a la vida.»

Es cierto que la ciencia se ha dedicado a desentrañar los problemas de la actividad celular y no hay artículo de vulgarización que no nos hable de las células. Hasta los poetas usamos ya corrientemente la palabrita en nuestros versos: «Células» por aquí, «células» por allá... Pero ¿qué es la célula en suma? Un misterio más, de complejidad mayor a medida que se le estudia.

«Cada célula—dice Le Bon—se conduce como si fuera dirigida por una inteligencia inmensamente superior a la de los más grandes genios...» «El sabio capaz de resolver con su inteligencia los problemas resueltos a cada hora por humildes células, sería de tal suerte superior a los otros hombres, que se le consideraría como a un dios...»

«El cuerpo de un mamífero cualquiera puede compararse a una vasta fábrica, que comprende muchos miles de millones de células microscópicas, cada una de las cuales representa un activo obrero. Están colocadas estas células bajo la dirección de centros nerviosos (a los que el propio Le Bon ha dado en otro tiempo el nombre de «centros de razonamiento biológico»).»

«Los obreros celulares se dividen en grupos, ocupados en faenas muy difíciles. Hay equipos de pequeños químicos, que elaboran sin cesar productos complicados, distribuidos a su vez por otras categorías de obreros en las diversas partes de la fábrica, para que sirvan al mantenimiento de los órganos. Esta utilización va acompañada de desechos, que células especiales dirigen hacia un sis-

tema de conductos evacuadores, los cuales funcionan sin descanso.»

«En una fábrica ordinaria, la tarea es fácil, porque cada obrero realiza siempre las mismas maniobras; pero en la fábrica de nuestra vida el obrero debe variar incesantemente su trabajo, de acuerdo con multitud de circunstancias. Debe asimismo defenderse de los numerosos enemigos que lo atacan, fabricando productos capaces de neutralizar su facción. A las diversas toxinas susceptibles de perjudicarlas, las células saben oponer inmediatamente las antitoxinas por ellas elaboradas y cuya complicada composición varía según las circunstancias.» «Tan sólo para comprobar la prodigiosa tarea realizada por los obreros celulares, han sido necesarios siglos de investigación, pero tal investigación *nada nos ha dicho de la naturaleza de las fuerzas que dirigen todo este trabajo.* ¿Por qué el grano se transforma en árbol lleno de verdura? ¿Por qué una oruga se vuelve mariposa? ¿Cómo han adquirido los peces del fondo de los mares esos ojos de fuego, cuya estructura es muy superior a la de nuestros faros, y que les permite iluminar las tinieblas? ¿De qué manera las células clorofilianas absorben las radiaciones solares y transforman el ácido carbónico en carbono, con el cual las plantas fabrican el almidón y el azúcar que han menester? No es posible responder a ninguna de estas preguntas.»

No es posible responder a ninguna de estas preguntas...

El hombre, pues, a pesar de la enorme ciencia adquirida, se encuentra en la primordial situación del niño que os abruma con sus porqués.

¿Por qué ando, papá? ¿Por qué veo? ¿Por qué Antonio tiene los ojos azules y yo los ojos negros? ¿Por qué sale un pájaro de ese huevecillo, y de ese otro un reptil, y de aquél un insecto? ¿Por qué...?

¿Pero sin esta interrogación deliciosamente torturadora, valdría la pena vivir? ¿Tendría alguna nobleza la existencia? ¿Habría poetas y artistas y filósofos? ¿Temblaría el amor en las miradas de los jóvenes?

¡Bendito seas, oh Desconocido, que nos escondes tantas cosas!

¡Oh Isis, tu velo embellece la vida, que sin él no fuera más que bostezo inmenso en la desolación helada del vacío!



EL DESCUBRIMIENTO DEL DOCTOR CARREL

Así, pues, el doctor Alberto Carrel, de Lyon, ha logrado el injerto o trasplatación de un miembro o de una viscera de un animal a otro. Ha llegado hasta a soldar de nuevo fragmentos de órganos que habían sido separados de su propietario, desde muchos días antes, y que se conservaban en cierta solución.

Decididamente, en esto de los descubrimientos, ya no sabíamos a qué carta quedarnos, pero el del doctor Carrel supera a cuanto nos imaginábamos respecto a la plasticidad del cuerpo humano.

Los horizontes que se abren merced a tal invento (como dice el clisé más socorrido) son inmensos.

¿Que os duele el hígado? Pues os lo sacáis y lo sustituís.

¿Que os duele un riñón? Pues os lo sacáis y lo sustituís.

Et sic de caeteris.

En cada clínica habrá, bien guardadas, bien frescas y limpias, merced a bajas temperaturas, piezas

de refacción para arreglar esta pobre máquina humana.

Los cadáveres proveerán de entrañas a los vivos.

Antes de que un cuerpo éntre en descomposición, dará los mejores órganos que tenga, a los que quedan en este mundo, y quién sabe si un día amaremos con el corazón de una madre y pensamos con el cerebro de un genio, que después de habernos hecho la limosna divina de sus ideas, nos legará todavía el propio instrumento de ellas!

Aún podrá acontecer que, por legado, los enfermos poseamos ciertos órganos de los hombres sanos a toda prueba.

Así, por ejemplo, un hombre caritativo podrá decir en su testamento:

«Lego mi estómago, que ha funcionado siempre admirablemente, a aquel de mis compatriotas que más enfermo se halle del aparato digestivo.»

Y acontecerá, asimismo, que designemos los amigos a quienes hacemos don de nuestras más sanas entrañas.

«Mis riñones para Juan X; mi hígado para Pedro Y; mis pulmones para Pablo Z.»

¡Qué muestra de amistad tan expresiva! ¡Y cómo la recibirá el enfermo que, gracias a nosotros, en adelante digerirá o respirará bien, y será feliz!

No hay que aminorar el valor de tales legados, si pensamos en que los órganos sanos serán caros.

Naturalmente, los habrá de diversos precios, pero partiendo de una cantidad elevada.

Antes de proceder a la operación, el cirujano pasará con nosotros revista a sus vitrinas:

«Tengo—nos dirá—el más completo surtido de estómagos que hay en la capital. Este que usted ve, era de un negro. Digiere hasta piedras. Pero no puedo dárselo por menos de dos mil pesos. Los tenemos de mil ochocientos, que digieren bastante bien, y hasta de mil quinientos; pero no le aconsejo los últimos, porque suelen desarreglarse. Lo mejor es que se decida usted por el del negro. Casi es un estómago de avestruz... Con él será usted feliz... Cierto, gastará usted un poco más en alimentarse; pero, qué diablo, ¿es usted rico! A un pobre no se lo aconsejaría.

»Vea usted, a un pobre le ofrecería más bien este otro que pertenecía a un cesante. Muy buen estómago, pero acostumbrado a comer poquisimo... Por lo mismo, económico... Usted no debe vacilar, repito: el del negro es el estómago que le conviene!»

En cuanto a los indigentes, tendrán siquiera el recurso, como en el cuento de Conan Doyle, de vender los cadáveres de sus deudos, ya sea al por mayor, ya al menudeo...

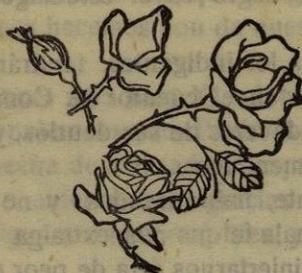
Naturalmente, habrá fraudes, y no ha de faltar cirujano de mala fe que nos extraiga una entraña pasable para injertarnos otra de peor calidad.

Sobrarán, asimismo, pobres diablos que se digan: «Venidlo a ver, yo tengo un estómago demasiado bueno para mis recursos. Creo que podría venderlo en mil pesos y comprarme otro de a cien. Para lo que como, pienso que bastaría...»

¿Y quién nos dice, por último, que un enfermo celoso y criminal no será capaz de cloroformizarnos y robarnos nuestros intestinos, nuestro corazón o nuestros pulmones, para reparar sus propias averías, injertándonos en cambio los suyos?

He aquí, pues, *los horizontes* que la imaginación ve *ensancharse*, ante el descubrimiento del doctor Carrel...

Otras posibilidades no menos estupefacientes y peregrinas vienen a los puntos de mi pluma; pero mi diestra se cansa y pongo fin a estas líneas, porque yo, mísero de mí, no tengo aún mano de refacción.



EL OPTIMISMO

CADA época trae su enfermedad, pero también encuentra su remedio. Las panaceas se suceden a través de los siglos, paralelamente a las dolencias, y no ha habido ninguna que carezca de eficacia real... a condición de emplearla con fe.

La característica de nuestro tiempo es la fiebre del negocio, la ávida busca del bienestar material, el ansia de placeres inmediatos, el desenfrenado amor a la riqueza. La vida en las grandes ciudades adolece de una vibración formidable y la consecuencia natural de todo esto es la neurastenia. La neurastenia puede, pues, considerarse como el mal del siglo XX, mal implacable contra el que son impotentes todas las riquezas de Rockefeller y todos los paraísos artificiales de París. El millonario que creyó haber conquistado el mundo, empieza de pronto a sentir miedo, inquietud de algo vago, impreciso; una sensibilidad morbosa lo lleva a paroxismos de ira por la menor contradicción. Tiene amagos de locura. El médico, solemne y caro, a

quien consulta, lo envía de unas en otras aguas, de una en otra estación terapica, donde cómplices astutos completan la sangría pecuniaria iniciada en Londres, en París o en Berlín.

Para los pobres, el caso es más desesperado. La neurastenia muestra aspectos tan terribles como para los ricos; pero no hay posibilidad de distracción, ni de tregua. Al infierno del taller, de la fábrica, de la casa de comercio, sigue el infierno del hogar, el imperioso problema económico de todos los instantes, la acidez del humor, el incesante alfilerazo del cónyuge menos paciente.

He aquí, pues, el enemigo, he aquí la dolencia actual, complicada en los espíritus más altos con la inquietud filosófica y con la imposibilidad de dar del mundo una explicación intelectual convincente para todos.

Pero decíamos que cada época trae también su remedio. ¿Cuál es el de este desequilibrio? Hay uno que apunta desde hace tiempo y asoma por todas partes. Se basa en una filosofía que arranca desde la antigüedad, pero que adquiere hoy intensidades insólitas. Puesto que los fenómenos exteriores no tienen en el yo más influencia que la que les da nuestra concepción acerca de ellos; puesto que todo lo que pasa no nos hiere sino en la medida de nuestra aceptación íntima; puesto que los sucesos y las cosas en sí nada son y para nosotros no tienen otro ascendiente que el que les confiere el concepto que de ellos nos formamos, si por medio de una educación relativamente fácil de la voluntad llegamos a un concepto luminoso, riente de

la vida, nada logrará ya herirnos ni desconsolarnos; los incidentes diarios esperarán a la puerta de nuestra alma para volverse malos o buenos, según el color de que nuestra alma los vista, y ella lo vestirá a todos de colores claros y resplandecientes.

No es éste, no, el panglossismo con que Voltaire se burlaba de las teorías de Leibnitz; es el optimismo de los Emerson, de los Whitman, de los Marden, de los Taine; es el optimismo de Teodoro Parker, de Everett Hale, y si queremos buscarle antecesores entre los grandes hombres de otros siglos, es el optimismo maravilloso de San Agustín y de San Francisco de Asís. Es la convicción que Rousseau en sus primeros escritos, Diderot, Bernardino de Saint Pierre, etc., tenían de la bondad esencial de la naturaleza, unida a un ímpetu de amor cordial y generoso de todo, que ellos no podían tener porque es preciso para sentirlo un poco de misticismo, pero que tienen mucho de los grandes espíritus modernos.

Veamos los efectos de este estado de alma infinitamente simpático y eficaz, en Whitman, por ejemplo.

El doctor Bucke, discípulo del gran poeta, nos dice: «Su ocupación favorita parecía ser el divagar solitario por el campo, mirando la hierba, los árboles, las flores, los juegos de luz, los aspectos cambiantes del cielo; escuchando a los pájaros, a los grillos, a las ranas y los mil rumores de la naturaleza. Era manifiesto que gozaba más, infinitamente más de lo que nosotros gozamos normal-

mente. Antes de conocerle no me había venido a las mientes que ante un espectáculo tal pudiese experimentarse la dicha perfecta que sabía extraer de todas las cosas... Para él todo objeto natural parecía tener un atractivo. Todos los espectáculos, todos los sonidos parecían agradarle. Se veía que amaba a todos los hombres, a todas las mujeres, a todos los niños que encontraba en su camino.

»Quizás no ha existido nunca un hombre que haya amado tantas criaturas y que haya desdeñado tan pocas...

»Sin embargo, nunca le oí decir que amara a alguien; pero todos aquellos a quienes conocía sentían que los amaba y que amaba a muchos otros aún. Jamás lo vi discutir o enojarse; jamás hablaba de dinero. Defendía siempre, ya riendo, ya en serio, a sus detractores y a sus críticos, y hasta he llegado a pensar que hallaba cierto placer en los ataques que suscitaban sus escritos o su persona. Cuando le conocí creí que se dominaba y no permitía a su impaciencia o a su rencor que se manifestasen por las palabras. No me había venido al espíritu que tales sentimientos pudiesen no existir en él. Pero después advertí, merced a una larga observación, que tenía este género de insensibilidad. Jamás se expresaba mal de ninguna época, de ninguna clase social, de ningún oficio, ni siquiera de un animal, de un insecto, de un objeto inanimado, de las leyes naturales o de sus consecuencias, como la enfermedad, la deformidad o la muerte. Jamás se quejaba del mal tiempo; no juraba jamás. Nunca hablaba con ira, y, según todas las

apariencias, nunca se encolerizó. Por último, nunca experimentó miedo ninguno.»

¡Qué espléndida ecuanimidad! Comparadla con la pasión de ánimo de media humanidad, con la neurastenia aguda de la otra media, y sentiréis por nuestros semejantes cierta conmiseración desdeñosa... o cierta caritativa piedad.

Pero objetaréis: ¿qué le vamos a hacer? No todos podemos ser Walt Whitman.

Los psicoterápicos sajones afirman empero que sí.

Todos podemos ser Walt Whitman o Emerson, no por el ingenio, sino por la alegría y la paz.

«El optimismo—dice William James—es como la salud del alma. Esta salud moral puede ser espontánea o voluntaria y sistemática. Cuando es involuntaria, produce una alegría inmediata en presencia de las cosas. Cuando es voluntaria supone un esfuerzo para concebir abstractamente las cosas como buenas.

»El optimismo sistemático ve en el bien el carácter esencial de todo lo que existe: excluye deliberadamente el mal de su campo visual... La felicidad, como cualquiera otra emoción, produce cierta ceguera mental con respecto a todos los hechos que pueden serle contrarios; es como un muro protector contra toda impresión perturbadora... Una gran parte de lo que nosotros llamamos el mal, no viene sino de la manera que tenemos de considerar las cosas. El mal puede frecuentemente ser transformado en un tónico, es decir, en un bien, por la simple sustitución de una actitud de combate, al desaliento y al temor. Frecuentemente

el aguijón del sufrimiento cede el sitio a una atracción verdadera cuando después de haber tratado en vano de evitarlo nos decidimos a mirarlo frente a frente y a soportarlo con buena voluntad. Sería, pues, indigno de un hombre no recurrir a los hechos dolorosos que amenazan la faz interior. Admitamos que los hechos subsisten; si rehusáis ver en ellos un mal, si desdenáis su poder, si hacéis como si no existiesen, habrán perdido con relación a vosotros lo que tienen de perjudicial. Si sólo gracias a vuestro pensamiento se vuelven buenos o malos, eso prueba que ante todo debéis aprender a dirigir bien vuestro pensamiento.»

¡Dolor—dijo el filósofo antiguo—, nunca confesaré que eres un mal...!

Pero, replicaréis, ¿y quién va a ejercitarnos en esta actitud optimista? ¿A qué hora, entre el continuo trabajo, preguntarán los pacientes, recurriremos a ella, si al menor minuto de tregua que nos dan el automóvil, el tango, el bridge o los deportes violentos se nos cuele el tedio por todas las puertas?...

Los apóstoles de la «mind cure» os responderán que con media hora diaria de un recogimiento sistemático, para empezar, ya podríais ganar mucho, sobre todo si eligieseis además tales o cuales lecturas.

Santa Teresa ofrecía en nombre de Cristo el cielo a todo el que practicase a diario un cuarto de hora de oración mental. Los de la «mind cure» os ofrecen el paraíso en la tierra si aprendéis con ellos a ser optimistas.

¿Cuál es el primer paso que ha de andarse para este optimismo libertador?

La supresión del miedo.

«El miedo—dice Honorio Fletcher (*Happiners as found in Foret hought minus Fearthought*)—ha podido tener su utilidad en el curso de la evolución. Toda la previsión de los animales consiste en tener miedo; pero es absurdo que este estado de ánimo represente un papel en el espíritu del hombre civilizado. He observado que el temor, lejos de ser un estimulante, debilita y paraliza a todos los hombres bastante cultivados para dejarse dirigir por el imán del bien y del deber. Una vez que el temor no sirve ya de defensa, se convierte en obstáculo; hay que suprimirlo como se cortan las carnes muertas de un órgano todavía vivo... Yo defino el temor: «una autosugestión más o menos voluntaria de inferioridad», a fin de mostrar que pertenece a la categoría de las cosas perjudiciales, y de ninguna manera respetables.»

La consideración de que todo lo que sucede está bien, de que la naturaleza universal no puede dañarnos sin dañarse, como pensaba Marco Aurelio; de que nuestro yo es inexpugnable, aun cuando contra él se conjurasen todas las tempestades; de que estamos unidos íntimamente con el principio del universo, sea cual fuere; de que el infinito no puede querer nuestro mal, ni en la vida, ni más allá de la vida, suprime en la mente toda posibilidad de temor... Recordemos a este propósito las palabras de Maeterlinck, en su libro *La muerte*:

«Sea que el universo haya encontrado ya su

conciencia; la encuentre un día o la busque eternamente, no podría existir para ser desgraciado y sufrir, ni en su conjunto ni en una sola de sus partes; poco importa que esta parte sea invisible o inconmensurable, ya que el más pequeño es tan grande como el más grande en aquello que no tiene término ni medida. Torturar un punto es lo mismo que torturar todos los mundos, y si el infinito tortura los mundos, tortura su propia substancia.»

El miedo no tiene, pues, razón de existir en el ser consciente, ni con respecto a esta vida ni con respecto al misterio. Ahora bien: suprimid el miedo y habréis suprimido todas las fobias modernas, y con el propio golpe habréis matado la raíz misma de la neurastenia. Y si a esta disciplina mental pudieseis añadir una vida sencilla, si fueseis menos «snobs»...

¿Sabéis cómo define el esnobismo un «pince-sans-rire» francés? «El esnobismo—dice—es la molestia que se imponen algunos imbéciles, privándose de lo que les gusta, para hacer creer que les gusta lo que más les molesta...»



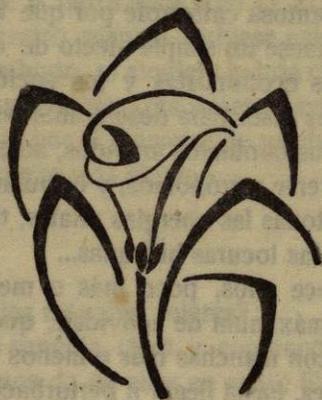
No os quejaréis de mí: parodiando la célebre frase de Iturbide cuando consumó la independencia de Méjico (hoy que acaso va a resultar de pies de barro... como tantos otros colosos), os repetiré: «Ya os enseñé a ser libres; aprended vosotros a ser dichosos». Ya os enseñé a libertaros del miedo; en-

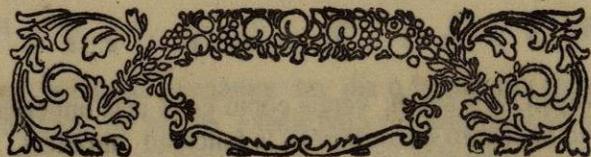
sayad vivir sin él; veréis cómo en el más impensado momento encontraréis la felicidad duradera, y si nunca más dejáis entrar temores en vuestra alma, si sólo dais acceso a las ideas optimistas que vuestra imaginación os sugiera, llegará un día en que excluiréis:

—No creía que fuera tan fácil el ser feliz...

O como explica la maravillosa Aglavaine del ya citado Maeterlinck:

—Jamás creí que siendo yo tan pequeña pudiese albergar un paraíso tan grande en mi corazón.





ABISMOS...

DESDE el año pasado, el sol entró en un nuevo período de actividad. Y puesto que la tierra está como colgada de sus rayos, de los cuales pende nuestro destino, acaso no sería remoto conjeturar que la espantosa catástrofe por que la humanidad atraviesa, fuese un simple efecto de esta actividad solar... Los economistas y los sociólogos que se devanan los sesos para desentrañar las causas complejas de los conflictos armados, acaso harían mejor en volverse astrónomos, y estudiar el sol: el sol, fuente de todas las energías vitales, tiene la culpa tal vez de las locuras humanas...

Cada once años, poco más o menos, el sol alcanza un máximum de actividad, que viene anunciándose con manchas más o menos considerables y frecuentes, hasta llegar a perturbaciones junto a las cuales nuestros mayores cataclismos son como la explosión de una cerilla ante la de una granada de lidita... Uno de estos máximums de manchas solares ocurrió en agosto de 1893, acaeciendo el

O b r a s C o m p l e t a s

mínimum correspondiente en agosto de 1901. El último mínimo registrado prodújose en 1913, y el año pasado, como digo, empezó un nuevo período de actividad que se anuncia excepcional y que en este año de 1915 ha producido ya fenómenos notables. El más notable de todos es un gigantesco grupo de manchas aparecido últimamente en el borde oriental del sol, en el hemisferio boreal, a los 20 grados de latitud y 303 grados de longitud. Componiase de varias manchas enormes, pero una de ellas era de tal suerte prodigiosa que medía 80 segundos de gran diámetro, es decir, que era *cuatro veces y media más grande que el diámetro de la tierra*, la cual, vista desde el sol, mide 17,6 segundos. En consecuencia, esta sola mancha se extendía *en una longitud de 5.700 kilómetros*, en la inteligencia de que la tierra mide sólo 12.742. De suerte que si nuestro planeta hubiese caído en aque gigantesco embudo, ni siquiera habría chocado con los bordes superiores. Una peseta cayendo en el hueco formado por el diámetro de un duro, hubiera producido mucho más efecto...



¿Qué son las manchas solares?

He aquí la sencilla, clara y compendiosa definición que se nos da de ellas en el útil librito: *Astronomía popular de Camilo Flammarion*, modernizada por José Comas Sola.

Cuando se mira el sol a través de un antejo de larga vista (protegido, naturalmente, por un vidrio

oscuro), «obsérvase, desde luego, que su superficie no es en todas partes igual, uniformemente luminosa. Muy a menudo vense *manchas* en ella: diríase que son nubes sombrías en el hermoso disco radiante. Las manchas no son partes oscuras, sino tan sólo menos luminosas, que parecen sombrías por comparación, en medio de la superficie deslumbradora. En efecto, si se procura no ver el resto del disco, sino únicamente la misma mancha, reconócese que aquella parte de la superficie es en realidad muy brillante, menos sin embargo que las demás partes. Hay manchas de todas las formas y de todos los tamaños: se han medido algunas cuya extensión era más de diez veces mayor que la superficie de la tierra entera. A veces se ven muchas, y otras no se ve ninguna; unas son muy oscuras, al paso que otras son muy ligeras. Se las ve formarse, extenderse, cambiar de forma y borrarse luego; las grandes manchas duran mucho tiempo.

«Aunque estas manchas cambian de forma, se desvanecen y reaparecen, están formadas de grandes masas sólidas, estables en medio de la superficie del sol, como lo son las montañas en nuestros continentes, o los grupos de islas en medio del océano.»

»Además, vista la superficie del sol a través de los anteojos aparece como un mar agitado. Creeríase ver ondas enormes rodando, persiguiéndose, chocando entre sí, como olas del mar durante una tempestad; pero las del sol son olas de fuego. Y, en efecto, esta superficie que vemos como envoltorio de llamas, es decir, de gases ligeros, *ardientes*

y *luminosos*, rodeando por todas partes la masa del globo inmenso, menos luminoso y probablemente *líquido*; este envoltorio, esta *atmósfera* brillante, está sin cesar agitada como una llama avivada por el viento. En ocasiones surgen de ella enormes surtidores ardientes; otras veces torbellinos de vapor que parecen venir del fondo de esta atmósfera de fuego, elevándose a través de la superficie ardiente, hundiéndola, desgarrándola, abren como un enorme hoyo en la llama. Obsérvase entonces este hoyo en forma de embudo, cuyo fondo es oscuro en comparación de los bordes deslumbradores de luz: *eso es lo que produce estas manchas que hemos observado en el disco del sol.*»

☒

¿Agoniza nuestro astro central? ¿Significan esas manchas que su actividad disminuye? ¿En cuántos años, en cuántos siglos, en cuántos milenios, la hoguera benéfica de donde dimana la vida se apagará en la negrura del vacío?

«Pocos problemas—dice el eminente astrónomo francés Charles Nordmann—son más angustiosos para la humanidad.»

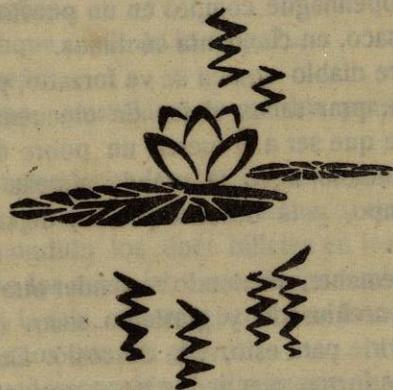
El calor que el sol pierde en el espacio—según cifras calculadas por muchos astrónomos y que reproduce Nordmann—bastaría a alimentar continuamente una máquina de 580 trillones de caballos de vapor. ¿Qué es, pues, lo que regenera sin cesar ese prodigioso foco de energía cuya potencia no parece haber disminuído desde el origen de los tiempos históricos?

La contracción progresiva del sol basta, cuando menos en buena parte, a alimentar esta energía. La caída de materiales hacia su centro, bajo la influencia de la gravitación, engendra, en efecto automáticamente calor, como lo demostró el gran físico Helmholtz. Basta con que cada año, por el efecto de esta concentración, el diámetro del sol (que es de 1.391.000 kilómetros) disminuya en 150 metros únicamente, es decir, en un poco más de la diezmillonésima parte de su valor, para regenerar sin cesar el calor perdido. Esto supuesto, se necesitarían *treinta mil años* para que el radio solar disminuyese en una cantidad apreciable para nuestros instrumentos más delicados. Se puede, por tanto, calcular que antes de que sea demasiado denso para impedir la eficacia de esta concentración, el sol nos enviará todavía durante *seis u ocho millones de años* sus efluvios.

Hay además otra fuente de energía, y es la cantidad inmensa de aerolitos que caen continuamente sobre la hornaza, como gigantescas paletadas de carbón que arroja una inmensa mano invisible. Y hay, por último, otra fuente de energía más misteriosa: *el radium*; el radium debe existir, existe, según indicios ciertos, en grandes cantidades en el sol, y ¿sabéis con qué porción de radium habría bastante para restituir al sol todo el calor que pierde? Pues bastarían dos gramos de radium por tonelada...

Hay, pues, luz solar para rato, y el astro milagroso divinizado por los antiguos, tendrá tiempo de contemplar aún muchas locuras humanas, quizá

muchas guerras como esta espantosa guerra... Pero también, un día, se levantará sobre un mundo regenerado, en que los hombres, serenos, piadosos, nobles, sabios, sean la verdadera joya del planeta y la imagen verdadera de la *perfección invisible*, del *ideal absoluto* al cual nos convidaba Cristo, diciendo:—*¡Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto!*





LOS DOS «SACOS»

HACE dos años, poco más o menos, un trabajador de Copenhague compró en un puesto de ropa vieja un saco, en cincuenta céntimos.

El pobre diablo—quien se ve forzado, para vestirse, a comprar sacos viejos de cincuenta céntimos, tiene que ser a la fuerza un pobre diablo—; el pobre diablo llevó la prenda aquella durante algún tiempo, y la desechó por fin, dejándola en un rincón.

Recientemente, queriendo remendar otra prenda, buscó el archiusado y grasiado saco, que aún podía servirle para esto, y lo descosió. Cuando le quitaba los forros, sus dedos tropezaron con unos papeles.

Eran doce billetes de mil francos. ¡Doce mil francos que surgían como por encanto del mísero y despreciable trapo viejo!

El trabajador quedóse, como es de rigor, aturdido por la súbita riqueza.

¿Qué hacer? ¿Guardársela? ¿Entregarla a la policía?

El trabajador vaciló un momento...

Perdonadlo... era un pobre diablo; pero sólo vaciló un momento. La honradez nativa se sobrepuso, aun siendo tan poco el valor que da el mundo a esa virtud cuando anida en el alma de un infeliz—la honradez nativa se sobrepuso, y el dueño del saco viejo fuése a ver al comisario y le entregó los doce billetes.

El comisario se quedó estupefacto ante aquella demostración de probidad. En su larga carrera *las había visto gordas*; pero no tanto...

—¿De suerte que usted... devuelve esto?...

—Sí, señor...

—¿Aunque nadie se lo exige?...

—Sí, señor.

—Bueno, anunciaremos en los periódicos el hallazgo.

Y se anunció con las debidas reservas. Pero, de seguro, el primer propietario del saco, el avaro que había escondido los doce billetes en los forros, y que acaso los acariciaba con dedos temblorosos a través de la tela, mientras pedía una limosna, hacía muchos años que era polvo!

¿Se puede concebir de otra suerte que un avaro abandone su tesoro?

Así, pues, nadie en el plazo designado se presentó a reclamar la pequeña fortuna.

Entonces, el comisario dijo al trabajador:

—Guárdese usted ese dinero, que bien lo merece.

Y el trabajador, como en los cuentos de Grimm o del *Almacén de los niños*, respondió:

—Gracias, muchas gracias, señor. Ahora sí que es mío este dinero. Antes no lo era. Soy muy pobre, pero sólo quiero lo que me pertenece. Si hubiese guardado ese dinero, no habría dormido tranquilo. La riqueza es una cosa excelente. Pero no hay oro que pague la tranquilidad de nuestra conciencia.



Esta es la historia del primer saco. Ahora oigan ustedes la del segundo:

Un muchacho americano entró en cierto gran almacén de ropa hecha, de Boston, y escogió un saco, que poco después le llevaron a su casa.

Habiéndoselo puesto, encontró en una de las bolsas un billetito que decía:

«¡Ojalá que este saco sea comprado por un muchacho fino y distinguido, que corresponda a la pureza de mis sentimientos!»

El muchacho, sorprendido, apresuróse a responder, dirigiendo una carta a la apasionada dama, empleada en el establecimiento donde había adquirido la prenda.

La respuesta no se hizo esperar. Era de este tenor:

«Mi mujer recibió la carta de usted y me encarga que le responda. Hace quince años, cuando era simple costurera, es posible que tuviese cualquier fantasía... muy natural en su edad. Hoy es casada: es mi mujer, y madre de seis hijos. Si usted, en vista de esto, nos deja en paz, mejor que mejor. Si no... le cortaré las orejas con mis tijeras de sastre!»



¿No ven ustedes en estas dos aventuras asomar a la Suerte, la irreductible, la enigmática, la que en el mundo quedará siempre por explicar, a pesar de todos los análisis; la que seguirá en la sombra del misterio, a pesar de toda la luz de nuestro siglo?

Dos hombres compran dos sacos: el primero halla en el suyo doce mil francos, el segundo un billete de amor de hace quince años y la promesa... de una mutilación de orejas...

Dos jorobados, en la vieja leyenda, entran al mismo bosque (el segundo sugerido por el primero). Al uno los duendes le quitan la joroba. Al otro se la aumentan.

Un mozo refiere cierta historia: desesperado porque nadie entraba a comprar a su tienda, decidió ahorcarse. En el supremo instante se le apareció una celeste hurí, quitóle el dogal del cuello y le hizo un don: dióle *ángel*, simpatía. El mozo se enriqueció.

Entonces otro mozo, que lo supo, para mejor lucrar, púsose también la soga al cuello.

Y se le apareció no la hurí, sino una furia, que le quitó el poco *ángel* que tenía, con lo que tuvo después que ahorcarse de veras.

Pedro va a embarcarse para América; Juan, en cambio, vive tranquilo en España. Pero la suerte de Pedro acumula obstáculos para el viaje, y lo obliga a quedarse. En cambio, a Juan le sugiere su Destino una travesía imperiosa... y el buque en quenavega da contra el filo de una roca y se hunde...

«El misterioso problema de la suerte—dice el

sutilísimo Maeterlinck—no se ha modificado desde que el hombre comenzó a interrogarlo.

»Nosotros poseemos nuestros pensamientos, que nos fabrican una dicha o una desgracia íntimas, y sobre los cuales los incidentes de fuera tienen más o menos influencia. En algunos hombres, esos pensamientos se han vuelto tan poderosos, tan vigilantes, que en lo sucesivo nada puede ya, sin su consentimiento, penetrar en el edificio de cristal y de bronce que han sabido llevar sobre una loma que domina la senda habitual por donde vienen las aventuras. Poseemos, asimismo, nuestra voluntad, que, nutrida y sostenida por nuestros pensamientos, logra alejar un gran número de sucesos inútiles o adversos.

«Pero alrededor de esos islotes, más o menos inexpugnables, más o menos seguros, se extiende una región tan insumisa, tan vasta como el océano, donde parece que sólo reina el azar, como el viento sobre las olas»...

De esa región arcana, insondable, de que habla Maeterlinck, vienen para éste la herencia o el billete de lotería premiado; para el otro, la pulmonía o el tifo; para el mozo número uno, la huri; para el mozo número dos, la furia; para Juan, que no pensaba en viajar, el naufragio; para Pedro, que pensaba en viajar, la seguridad...

De esta región misteriosa, por último, vienen los dos sacos: el que trae en los forros doce mil francos, y el que trae en la bolsa la posibilidad de un corte de orejas...



¡VAYA USTED A SABER!

MADRID está haciendo esfuerzos supremos por librarse de una suprema plaga: la mendicidad.

Su lucha es verdaderamente heroica, pero a veces descorazonadora.

Ejemplos: un individuo que embiste a los transeuntes mareándoles con sus plañidos, sus bendiciones y su mal olor, es detenido y llevado a un asilo.

Una hora después se presentan cinco personas de «su familia» y prueban hasta la evidencia que aquel señor tiene amplios medios de vida. Posee un olivar y dos viñedos.

—¿Pues por qué pide, entonces?

—¡Por manía, señor! desde que le dió el tifo...

—Bueno, que le déjen libre, y que no vuelva a pedir.

El individuo vuelve a pedir en otro barrio y ligeramente disfrazado.

El alcalde, urgido por una mendiga bien vestida, le recuerda que hay un bando que prohíbe la men-

dicidad. La mendiga insiste; la aprehenden y se descubre que tiene en la calle Mayor un piso, por el que *paga cuarenta duros*.

—Pide por manía... desde que le dió el tifo...



Hay actualmente dos grandes palabras que lo disculpan todo: la manía y el deporte.

La manía toca los dinteles patológicos. En los ricos y los artistas es *neurastenia*. La neurastenia se puede tener decentemente.

Cuando un pobre roba un pan, ya sabemos que es ladrón.

Cuando un hombre chic se lleva un objeto de una tienda, es neurasténico: cleptómano, si a ustedes les parece mejor.

Lo propio acontece con la mendicidad.

Hay un Creso, cuyo nombre no diré, que empezó pidiendo limosna en no sé qué aldea del norte de Europa.

La sugestión de este recuerdo es en él superior a todo. Cuando se *acuerda* demasiado, deja su hotel, la obsequiosidad de sus lacayos, la molicie de sus alfombras y de sus caloríferos, la Síbaris de su cocina, y se va a su aldea, como emigrante, en la bodega apestosa de un trasatlántico, vestido con los desechos de su ayuda de cámara.

Y con frío y con hambre y sed tiende la mano... hasta que un gendarme lo aprehende; se averigua todo; se echa tierra al asunto y vuelta al palacio maravilloso, donde las bodegas repletas encierran,

en botellas generosas, alegrías viejas de cien años y donde las más raras orquídeas se desmayan de placer en la tibieza de las estufas...

El señor esé es neurasténico. Pide... por deporte, por manía ¡Dios le bendiga!... San Francisco, que por amor a Jesús vivió en la pobreza, no había presentido esto. ¡Le faltó la neurastenia! Cuando, subido en un andamio, llamaba a los transeuntes para que le ayudasen a edificar un santuario, un convento, un hospital, lo hacía por amor de Dios.

¡Poverello!



¡Y cómo va a acabarse así con la mendicidad ni con nada!

En Nueva York, en los grandes almacenes, se cuenta que hay departamentos especiales donde... se azota a las cleptómanas.

No os alarméis, hombres humanitarios. Se las azota *después de consultarlas*. Ellas prefieren el látigo a la vergüenza... cuando no son mujeres de mundo. Cuando lo son, no hay vergüenza, al contrario: se trata de un chiste, de una apuesta hecha en un *hall*, a la hora del café y del pitillo egipcio...

No faltará quien les envidie su aventura, que las crece en cien codos ante los *snoobs* y que hace morir de envidia a los cursis.

Con razón dice Emile Faguet que no hay cosa más inútil que los moralistas.

¡Véngame usted con su aceda ética, señor *Todoelmundo!* La moral (¿no lo expresó Anatole France?) es lo que se usa.

Yo añadiría: la moral suprema es lo *chic*. ¿Y qué es lo *chic*? ¡Pues lo que hace la gente elegante, rica, sea lo que fuerel!

Démonos de santos si no se le ocurre a la mitad de la aristocracia del mundo pedir limosna en las calles por snobismo... como al Creso de marras; porque, señores alcaldes, buena la vais a haber *en esta de Roncesvalles!*

¡Qué contrasitado más delicioso el de nuestra época! ¡Y pensar que hay aún tontos que se aburren!



LA OFICIALA

ERASE que se era un sastre remendón; uno de esos sastres de quienes hay que echar mano para que os arreglen alguna prenda, hecha en el extranjero (porque es a saber que nada hiere tanto la dignidad de vuestro sastre como encomendarle el arreglo de un traje que él no hizo).

Trabajaba el sastre remendón detrás de un exiguo mostrador. En los muros de la sastrería, pegados con chinches, veíanse los suplementos de vagas revistas de Londres con el consabido letrero: *London Fashions*.

Entre el mostrador y la puerta de la calle, unas humildes sillas a lo largo de las paredes. En las sillas, inclinadas, ya sobre un chaleco, ya sobre un pantalón, ya sobre las mangas de una americana, tres oficiales. Bonitas las tres; aunque la una más bonita que las otras dos. Un par de ojos grandes, oscuros y luminosos al propio tiempo, llenos de resignada melancolía (según me parecía a mí); fac-

ciones nobles y graciosas, cuello largo, cuerpo de una esbeltez rayana en el raquitismo.

Todos los días pasaba yo varias veces frente al sastre para llegar a mi casa o salir de ella, e invariablemente la oficiala de los grandes ojos, inclinada sobre un pedazo de casimir, cosía...

Acabamos por saludarnos.

Ella levantaba los ojos para verme pasar y yo sonreía e inclinaba ligeramente la cabeza.

Así, pues, cuando hube de reclamar los servicios del remendón para el arreglo de un *saqué* (como dicen en Madrid) hecho en Londres, la oficiala y yo nos saludamos como viejos conocidos.

—Siéntese usted—me dijo, mientras otra de las compañeras iba a hablar al sastre, que estaba en la trastienda, muy ocupado.

Liamos el palique de rigor:

—¿Hasta qué hora trabaja usted?

—Hasta las doce de la noche.

Dí un salto en mi asiento:

—¿Hasta *las doce* de la noche...?

—Sí, señor; tenemos que velar, porque hay mucho que hacer.

—¿Y desde qué hora viene usted a la sastrería?

—Desde las ocho de la mañana.

—¿Y cuánto gana usted?

—Tres pesetas diarias.

—¡No hay derecho!—exclamé. ¿De suerte que trabaja usted desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche?

—Menos dos horas para almorzar y comer—me interrumpió ella.

—¡Menos dos horas para almorzar y comer! ¡Y gana usted tres pesetas!

—¡Sí, señor!

—¡Y lo dice usted así tan fresca, y no se le ha ocurrido jamás unirse a todas las oficialas de Madrid y colgar a media docena de sastres, por lo menos, de la farola de la Puerta del Sol!

Sonrió:

—Mi pobre patrón gana poco—dijo.

—Y aun le defiende usted, estupenda criatura...

Un torrentoso, un turbulento desfile de ideas cruzó por mi mente. ¿Cómo podía el mundo marchar así? ¡Qué tremenda injusticia la de esta sociedad infame!

Ahí, a un paso de la sastrería, en la Castellana, los autos señoriales, las victorias, las berlinas, paseaban a una infinidad de necios inútiles, sin los cuales el planeta, aligerado de mentecatez, podría perfectamente seguir rodando, *por el piélagos inmenso del vacío*; esos necios, aburridos de su perpetua holganza, iban bostezando hasta las orejas de puro tedio... Y la pobre oficiala, en tanto, cose que te cose, matándose los ojos y los pulmones para no morir de hambre...

Sentí vergüenza de mi sueldo, de mi bienestar relativo. Estuve a punto de ofrecerle la mitad de mi mensualidad, para que se fuese a pasear a la Castellana como las otras... Pero contuve prudentemente mis ímpetus redentores, y seguí el diálogo:

—¿Y los domingos?

—Los domingos me levanto tarde. Mi madre me lleva el desayuno a la cama. Soy más feliz... (y se

le iluminaban los grandes ojos pensativos); almuerzo con mi novio, y por la tarde solemos mi madre, él y yo irnos a merendar al campo: a la Moncloa, a la Dehesa de la Villa, a la Puerta de Hierro...

—¿Y se divierte usted?

—Toma, la mar.

—¿Y se siente usted bien?

—Anda, divinamente.

Modifiqué mis ideas.

No cabe duda de que la oficiala debía ganar más; pero en cuanto a hacer de ella una chica baldía, que bostezase de tedio en la Castellana, francamente, tampoco había derecho...

Qué sabor tendrían entonces para ella el dominical desayuno en la cama (chocolate con churros, según precisó), el almuerzo con el novio y la merienda en la Dehesa de la Villa.

En esto llegó el sastre; arreglé con él lo de la prenda hecha en Londres, y al despedirme saqué unos bombones (jamás faltan en mis bolsillos) y se los dí a la oficiala como una compensación de mis injustos privilegios sociales.



SOBRE EL MISTERIO

COMO ustedes saben o deben saber, el doctor Alexis Carrel, del Instituto Rockefeller, de Nueva York, el mismo que extrae entrañas enfermas y las substituye por entrañas sanas; el mismo que hace vivir, alimentarse y digerir el estómago y los intestinos de un gato decapitado, metidos en una vasija especial, acaba, tras múltiples experimentos, de comprobar que las células de nuestro organismo, sobre todo las que forman nuestros tejidos, pueden cultivarse de la misma manera que los microbios.

Había demostrado ya Carrel que un fragmento de corazón del feto de un pollo *palpitaba* de una manera normal, *más de tres meses* después de su extirpación, y que algunos cultivos de tejido conjuntivo crecían rápidamente al principio *del quinto mes* de su existencia fuera del organismo.

Varias colonias de células conjuntivas, provenientes de ese mismo fragmento de corazón, extirpado hace más de catorce meses, se desarrollan en

la actualidad con una actividad considerable, después de haber experimentado los 166 a 167 cambios de medio.

La rapidez de la multiplicación celular depende de la composición del medio en el cual están colocadas las células.

El doctor Carrel ha llegado, merced a métodos pacientemente seguidos, a obtener crecimientos celulares rapidísimos. Pero, en estos últimos ensayos, no se trataba ya de fenómenos de supervivencia análogos a los que habían sido observados por el sabio en cuestión y por otros experimentadores, sino de un hecho nuevo: de células conjuntivas que viven y se multiplican de un modo indefinido, en su medio de cultivo, exactamente como los microbios.

Colonias enteras de células conjuntivas, que habían vivido *más de un año* fuera de su organismo, conservaban aún la facultad de aumentar de volumen y de originar muchas otras colonias.

Así, pues, merced a ese formidable descubrimiento, podrá en adelante—según las revistas científicas que lo reseñan—ser estudiado en los laboratorios, con nuevos métodos, el fenómeno misterioso de la vida. Las células que forman nuestro cuerpo, aprisionadas en tubos de vidrio, según les plazca a los biólogos, crecerán o morirán...

Se tiene por tanto a la mano, dócil a toda reacción, ese elemento microscópico de que estamos

hechos... pero no por ello descubriremos el gran secreto.

La célula, por pequeña que se la considere, es ya un individuo complejo y arcano.

Ramón y Cajal, el gran sabio español, ha probado que cada una de ellas tiene como si dijéramos un cerebro autónomo, una inteligencia individual...

Suponiendo que en un organismo humano haya sólo dos millones de células, resulta que cada uno de nosotros lleva consigo dos millones de inteligencias distintas, es decir, dos millones de *yoes*.

Esas inteligencias se dividen el trabajo de un modo admirable.

Las células que forman los huesos, saben perfectamente en qué punto, en qué instante preciso del desarrollo, hay que seguir una curva.

Las células que forman los cartilagos, se detendrán en el momento preciso en que pudiera producirse la osificación.

Sin embargo, hay células rebeldes, como en la sociedad hay revolucionarios.

Por motivos que el microscopio no puede aún revelarnos, ciertas células de estas *de las extremas izquierdas*, no quieren obedecer al trazado, al plan general, y producen, ya protuberancias óseas, ya desviaciones del esqueleto en tal o cual parte, ya hipertrofias de los órganos.

Otras *se niegan* a trabajar y su ociosidad causa serios trastornos en la salud.

Pero, en suma, es ley, rara vez burlada, que todas se disciplinen y, merced a su asociación leal y

resuelta, produzcan esta república ambulante que se llama el hombre, sosteniéndola con un denuedo conmovedor, a veces hasta un siglo, no obstante todos los tropiezos del camino...

—¿Quién las guía? ¿A quién obedecen? ¿Qué ser, qué voluntad escondida las rige casi sin apelación? ¿Dónde reside ese imperioso e invisible *poder ejecutivo* que las congrega, las selecciona, las impulsa, las utiliza, las distribuye, las asocia y, si es preciso, las mata?

—¡Oh Arcanol! ¡Tú lo sabes! ¡El hombre no sabe nada!

—La ciencia es como una montaña: a medida que ascendemos, los horizontes se amplían, se ensanchan hasta el vértigo, y mientras el necio, abajo, en la hondonada, pretende comprenderlo todo, Isaac Ne ton, allá arriba, muy arriba, exclama:

«Lo que el hombre sabe, en comparación de lo ignorado, es como un grano de arena en comparación del mundo.»



UN ADMIRABLE SINCRONISMO

Todos los que asistimos desde hace ya algunos años a los éxitos del cinematógrafo nos hemos preguntado: ¿Cuándo podrá unirse en alguna forma a este admirable aparato otro más admirable aún: el fonógrafo? Y hemos imaginado lo que sucedería entonces. La historia del mundo referida—¡por fin!—tal cual es y no tal cual la han cocinado y aderezado los hombres.

—¡Ah!—hemos exclamado—. ¡Qué lástima que en los tiempos de Alejandro, de Augusto, de Napoleón siquiera, no se hubiesen inventado aún el cinematógrafo y el fonógrafo!

Pues bien, los dos aparatos se han unido, y la otra noche, en Madrid, pude asistir a los experimentos de perfección impecable hechos con un cinematógrafo y un gramófono alemanes, sincronizados por medio de otro aparato, muy sencillo por cierto, y que es invento de una berlinesa.

Al propio tiempo que se tomaron las películas, todas de escenas teatrales líricas o dramáticas, se

imprimió en los discos la voz del actor o de los actores, y cada cinta y cada disco correspondiente se sincronizan después por medio de un simple hilo eléctrico y de un ingenioso aparato regulador.

El gramófono y el cinematógrafo empiezan a marchar en el mismo instante, lo cual se logra con suma facilidad; pero si por error de un segundo no marchan sincronizados, si la voz se oye antes o después de verse el respectivo movimiento de los labios que las articulan, el regulador lo arregla todo, haciendo correr un poco más de prisa el disco o la cinta hasta que la identidad es perfecta.



Como se trata de una excelente gramófono y de un excelente cinematógrafo; como aquél está perfectamente disimulado tras la pantalla, de suerte que el público no lo ve; como, por último, merced al alejamiento normal de doce metros, el espectador contempla las figuras de tamaño natural, la ilusión es completa, la boca que se mueve para articular una palabra conocida parece pronunciar en aquel instante la palabra misma.

Escuchamos «con los ojos» y con los oídos...

Añádase a esto las películas coloridas, y ahí tenéis la realidad, la vida, que pasa frente a vosotros, tal cual es, tal cual fué, mejor dicho. La pereñidad del instante efímero, lograda para los pósteros. La historia de este siglo nervioso, creador, tan lleno de sorpresas, estudiada sin error posible, a la vista de las masas y a la medida de su comprensión.

Pastores de pueblos, apóstoles de ideas, coordinadores y asociadores de fuerzas, inventores de mecánicas peligrosas, héroes, mártires: ya no más seréis calumniados, mal conocidos, pospuestos, supeditados a glorias de oropel.

Un disco y una cinta de materia frágil, pero indestructible al propio tiempo, han bastado para guardar al par de los bronces vuestra fisonomía, vuestra actitud, vuestras palabras y vuestros hechos para el porvenir.

El hombre es imperecedero ya, merced al sincronismo de dos aparatos familiares. ¡La muerte ha sido vencida!

¡Seguiremos viendo y oyendo a los seres que admiramos y amamos, y será como si no se hubiesen extinguido!

Que el fantasma se mueva y hable gracias al sortilegio de una cinta y de un disco, o que hable y se mueva gracias a ese otro sortilegio de la energía almacenada en un cuerpo, y que constituye la vida... ¡Qué más da!

Los mismos sentidos que se dieron cuenta de que existía; los mismos sentidos, gracias a los cuales existió de hecho para nosotros, seguirán dando fe de que se mueve, de que sonríe, de que gesticula, de que habla, con la propia unidad con que ejecutaba estos actos antes de volverse polvo...



LA TEMERARIA AVENTURA

SE ha dicho muchas veces que el hombre, hastiado de la monotonía de la tierra, acabará por excursionar en la luna.

Según un curioso estudio de Mr. Ernault Pelteric, harto conocido por sus trabajos sobre la aeronáutica, el viaje a la luna podría hacerse en tres etapas. La primera etapa sería de la superficie de la tierra al límite de su atmósfera; la segunda, hasta las fronteras de atracción de nuestro globo; la tercera, desde allí hasta la luna.

Se necesitaría un motor que produjese reacciones, por el estilo del cohete. En efecto, el cohete no se apoya en la atmósfera. Colmado de pólvora que arde poco a poco, va proyectando sus gases hacia el suelo, y se eleva utilizando el reculón correspondiente. No se detiene sino cuando se agota la provisión de pólvora.

Suponiendo, pues, un vehículo de este género de una masa de mil kilos, se necesitaría dar a su máquina propulsora una potencia de «cuatrocientos mil caballos» y encontrar un combustible que

desprendiese medio millón de calorías por kilogramo, es decir, 360 veces más que la nitro-glicerina y 130 veces más que la mezcla de hidrógeno y de oxígeno.

Si bien es cierto que no hay mucha esperanza de encontrar en una combinación química una reserva de energía semejante, el radium, en cambio, contiene «cinco mil veces» más de la que sería necesaria. Pero la dificultad está en libertar a nuestro arbitrio esta fuerza.

Quizá nuestros bisnietos sabrán disponer de la energía interna de los átomos, como ahora se dispone de la de las moléculas. Entonces se podrá ir a la luna... ¡en cuarenta y nueve horas!

A Venus se podrá ir en cuarenta y siete días, y en noventa a Marte.

El motor de reacciones es susceptible de modificar sus trayectorias en plena ruta, ya haciendo variar la orientación del cohete propulsor, ya uniéndose cohetes laterales que puedan ser accionados en un momento preciso.

Es posible que los americanos del Norte sean los primeros que intenten el viaje, y, por lo menos, las dos o tres excursiones de ensayo, estarán llenas «de imprevisto».

Después, la Agencia Cook se encargará de todos los detalles.

Se almorzará en el Circo de Copérnico, se comerá en Tico-Brae. Habrá en todos los sitios her-

mosos un Palace Hotel, un Ritz o un Carlton... y el tedio volverá a enseñorearse de los viajeros.

Esta es la ley.

Veamos, por ejemplo, lo que pasa en el Sudán.

Antes, para ir al Sudán, se necesitaba casi la voluntad blindada de un Stanley.

En cambio, al volver, las gentes lo señalaban a uno con el dedo, exclamando: «¡Ese hombre ha vuelto del Sudán!» No de otra suerte que las madres toscanas, según el poeta, al ver pasar por las calles de Florencia la silueta escarlata del Dante, diz que decían a sus hijos, apretándolos miedosamente contra su corazón:

—¡Ese hombre ha vuelto del Infierno, hijo mío! Mientras que hoy...

Hoy cualquiera «snob» va al Sudán.

De Londres, París y Madrid, todos los inviernos parten una o dos docenas de millonarios.

Cierta compañía inglesa, de Thos, Cook & Co., por la suma de dos mil libras, o sea cincuenta mil francos, admite viajeros.

Dos mil libras no es muy barato, vamos; pero hay que ver lo que dan por ese dinero.

Un barco, ultralujoso y confortable, lleva a los viajeros por el Mediterráneo «ensoñador», hasta el Mar Rojo.

En uno de los principales puertos africanos de este Mar, en Puerto Sudán o en Suakin, por ejemplo, el barco-palacio se detiene.

Los viajeros se preparan entonces para excursionar en el interland.

¿Cómo?

Pues metiéndose en el «Sleeping». Si, señor; en el «Sleeping», porque en el Sudán hay ya ferrocarril.

Duermen bien, comen bien; contemplan la tierra amarillenta e inhospitalaria, detrás de los cristales de las ventanillas, y llegan así a Khartum o a alguna otra estación convenida.

Allí los esperan ciento cincuenta negros, escogidos entre los mejores.

Como la raza no es muy fuerte que digamos (entre otras cosas, por la mala alimentación), cada bestia humana de aquellas puede cargar unos cuarenta kilos.

¡Ay del que enferma en el camino! se le deja abandonado y muere solo, en la infinita soledad del desierto, mirando acercarse los buitres y las hienas; los buitres, que empezarán por reventarle los ojos; las hienas, que rondarán ahullando, en espera del festín.

Pero no hay que pensar en estas cosas, y los señoritos no se preocupan de ellas.

Ciento cincuenta hombres, a razón de cuarenta kilos por hombre, transportan seis mil kilos.

¿Seis mil kilos de qué?

Pues de tiendas confortabilísimas, de víveres exquisitos, de vinos de Burdeos y de Borgoña, de Champagne «extra dry», de máquinas que fabrican hielo (para el burdeos, el borgoña y el champagne); de exquisitos habanos, de café más exquisito aún; de armas de precisión, de trajes adecuados, etc., etc.

Los señoritos comen y duermen... como si estuvieran en el Ritz de Londres.

A las cinco, el té: de lo mejorcito de Ceylán.

Se acuestan bajo mosquiteros perfeccionados, y como estos viajes se hacen, naturalmente, en invierno, gozan de una temperatura ideal.

Como van a cazar, se les permite, por las mismas dos mil libras, matar dos elefantes (que ya están numerados); dos leones y dos tigres, pudiendo conservar los colmillos de los primeros y las pieles de los segundos, para que después los amigos de Madrid o de París los admiren.

Estos elefantes, leones y tigres, se pueden cazar desde una mecedora, mientras se toma el *lunch*.

Por la noche, algunas hienas (amaestradas), ahullan alrededor de las tiendas, a fin de que el temerario explorador se sienta dentro del ambiente africano.

Como en el Congo, limítrofe del Sudán, abunda la mosca «tze-tze», que produce la enfermedad del sueño, no se permite a los intrépidos viajeros penetrar en ese vastísimo «Estado Libre».

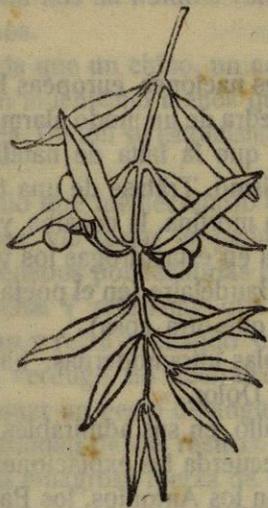
La Compañía, por las dos mil libras, se compromete a alejar todo peligro de la excursión.

El agua que se bebe es hervida y filtrada. No hay mosquitos; pues se ha acabado con ellos merced al petróleo, y los mosquiteros sólo sirven por si queda algún cínife superviviente y temerario.

Después de dos o tres meses de esta vida, los excursionistas, en perfecta salud, regresan a sus casas.

Como en los versos de Díaz Mirón, para cada uno de ellos, al volver, «invicto y satisfecho al patrio hogar, la admiración curiosa sale a la puerta y se encarama al techo»...

Yo he tenido la alta honra de estrechar la mano de uno de esos admirables «boy scouts», y parecióme que para este «shakek hand» tenía que empinarme... más y más. ¡Cuán grande veía yo su silueta bajo la radiante y remota majestad de las estrellas!





EL MIEDO AL DOLOR

EN las grandes naciones europeas ha surgido de años atrás y medra de un modo alarmante, una nueva plaga, peor que la falta de natalidad y que el propio alcoholismo. Trátase de una trinidad lívida, que se llama la morfina, la cocaína y el opio. Medio París busca en estas drogas los viejos paraísos artificiales de Baudelaire (en el poeta más ingenuos y «esnóbicos» que otra cosa).

Entre las fobias ultramodernas, hay una inmensa: el miedo al Dolor.

Gómez Carrillo, en sus admirables *Flores de Penitencia*, nos recuerda las expiaciones espantosas a que se sometían los Antonios, los Palemones y los Pakomios en las Tebaidas, y cuando leemos esas páginas, parécenos que los hombres que realizaban tales mortificaciones no eran de este planeta: los hombres de ahora no sólo huyen aterrorizados ante la menor de las penitencias, sino que, en cuanto desaparece la armonía de sus funciones orgánicas,

Obras Completas

la euforia de su vida, corren ansiosamente a buscar la pastilla de cocaína o la pipa de opio que adormezca su mal.

¿Es que hemos olvidado el divino secreto de sufrir con resignación? ¿Somos por ventura inferiores en quilates de voluntad a los antiguos bárbaros?

No, yo no creo esto; creo por el contrario que somos superiores a ellos y que nuestro miedo al Dolor no viene sino de la afinación cada vez más extraordinaria de nuestro sistema nervioso.

La civilización nos ha traído a este punto. No se lo agradezcamos.

No cabe duda que un chino, un negro o un australiano, sufren muchísimo menos que un hombre de raza europea. De allí su estoicismo ante el dolor físico.

Un amigo mío que fué secretario de nuestra Legación en China, vió cortar en pedazos a algunos celestes, condenados por fechorías considerables a esta odiosa pena. Y referíame que antes del suplicio charlaban y reían y cuando éste empezaba, el cuchillo del verdugo no acertaba a arrancarles un grito y a poner un gesto de angustia en la amarillenta impasibilidad de sus rostros. ¿Se trata por ventura de una milagrosa fuerza de voluntad? No. Se trata sólo de organismos extraordinariamente menos sensibles que los nuestros.

Comparemos a un hombre de esos, capaces de reirse del *Jardín de los Suplicios*, de Mirbeau, con un europeo sibarita y refinado, a quien el menor cambio de temperatura le produce una bronquitis.

Se refiere que, cuando el barón de Montcalm visitó las cataratas del Niágara, era en lo más crudo del invierno. La milagrosa cabellera de la catarata estaba helada. El barón iba envuelto en pieles y le acompañaba un indio, guía, casi desnudo, que no daba la menor señal de frío.

—¿Cómo es que puedes resistir una temperatura semejante, sin cubrirte?— le preguntó el barón asombrado.

Y el indio a su vez le dijo:

—¿Por ventura tú tienes frío en la cara?

Respondió el barón:

—No, por cierto.

—Pues yo todo soy cara—replicó lacónicamente el indio.

Y nosotros éramos cara también; pero vino el regalo. La industria nos trajo el confort, los caloríferos respiraron su tibio aliento en nuestros hogares... y ahora inermes ante la intemperie, apenas si con los deportes logramos paliar un poco nuestra inadaptabilidad a los cambios y nuestra excesiva y vidriosa sensibilidad ante las menores molestias físicas.

En tanto, el berebere corre aún con los pies desnudos sobre las zarzas y los espinos y el indio del Norte expone impunemente su piel cobriza a todos los cierzos.

Las cincuenta mil tazas de café de que moría Balzac, la perpetua vibración moderna, el «aprisismo», el mercurialismo de nuestra vida, el vértigo de los negocios, reestiran, casi hasta reventarlas, las finas cuerdas doloridas de nuestro sistema nervioso.

Ya los aristócratas europeos no pueden más. El menor soplo exterior destruye el inestable ritmo de sus funciones. La menor contrariedad acaba con sus quebradiza paciencia. Tres minutos de retardo en el sacramental *Madame est servie*, sumen en la desesperación más profunda al ama de casa. Nuestra Señora la Neurastenia pasea su espectro verde por la vida prócer y aun por las vidas humildes; y millares de seres buscan en el éter, en la morfina, en el opio, un lenitivo para el terrible mal de vivir.

Sabemos ciertamente muchas cosas; pero ya el Eclesiastés nos dijo que «quien añade ciencia, añade dolor»...

Al opio se acude especialmente porque, según los que lo han tomado, produce una serenidad de Dios.

El alma parece desligarse del cuerpo, flotar en una atmósfera de misterio apacible... La pequeñez de la vida la hace sonreír. Se cree manumisa... Ha vencido al dolor... Una suprema indiferencia amable reina en ella y la satura de paz... Se cierne en un plano milagroso, desde el cual el universo aparece como en una perspectiva confusa y ultralejana. Ha entrado en el mundo de la verdad... Se ha sustraído al número y al espacio... ¡Qué mísera es la humanidad! ¡Cuántas nimiedades la preocupan... Ella sí que descubre ahora el verdadero sentido de la existencia!

...Pero, hay que aumentar diariamente las dosis. Una pipa, dos, diez, veinte, hasta cincuenta diarias, llegan a ser precisas para mantener el éxtasis. En Tolón hay mujeres que fuman hasta ciento y que

en un año, en dos, no han pisado los umbrales del fumadero para salir a calle. El mundo exterior no las interesa. ¡Para qué contemplar el fastidio eterno del sol!

En la aperlada penumbra de la estancia escondida, pasean diáfanos, casi ingravidas, mostrando una palidez que ya no parece de este mundo. O bien yacen entre cojines de seda, con la mirada fija en un edén lejano... Sólo sus ojos, unos ojos desmesurados, tienen vida en aquel cuerpo de cera... Son ojos que parecen añorar olimpos remotos... No les habléis. Su reino ya no es de este planeta... Pertenecen a otra dimensión. ¡Están más que muertas!

El despertar es espantoso. Hay que volver cuanto antes a la droga despótica... El cerebro ha naufragado... El hombre que fuma tres veces opio, se vuelve fantasma... La voluntad en él es impotente hasta para mirar...

He aquí lo que la «civilización» hace de los pueblos. ¡Cuándo, oh gran Bergson, la humanidad cansada de la mentira, volverá al sabio instinto ancestral tan lleno de medida, de sabiduría y de dignidad!

¡El Dolor! Tenemos un mido indecible al dolor y estamos muy lejos de exclamar como María Alacoque: *Il n'y a que la douleur qui me rende la vie supportable*, o como Santa Teresa: *Padecer o morir*.

Y, sin embargo, el Dolor es la razón esencial de la vida. El objeto de la vida es el conocimiento

(cuando descubrí esta verdad, dice Nietzsche, me llené de alegría), y el conocimiento sólo se adquiere por medio del Dolor.

No podemos ni imaginar siquiera un mundo sin dolor. Tendríamos que suprimir en ese mundo la Belleza, la elevación del alma, el Amor... todo lo que aquilata y ennoblece los instantes...

Sólo el Dolor crea, y es mil veces preferible su fecundidad todopoderosa que sostiene los mundos, a los aburridos deliquios de los paraísos...

Al Dolor y a la Muerte hay que verles cara a cara; son dos océanos imponentes y terribles desde la orilla; pero cuando en ellos nos sumergimos resueltamente, cada una de sus olas nos trae una delicia nueva.

El alma humana está hecha de manera que se familiariza con las inmensidades, porque no hay abismo superior a los abismos de que está hecha... El Dolor y la Muerte son inferiores a ella; sólo el Amor es de su tamaño y por eso vence todas las muertes y todos los tormentos.

La moraleja de estas filosofías debiera ser, por tanto, no huir jamás del Dolor ni temer a la Muerte: este es el verdadero opio que produce la serenidad.

Así como frotándose con hielo se deshielan los miembros congelados, así sumergiéndose virilmente en el Dolor se mata el Dolor...



MUCHO RUIDO...

LA *Pisanella*, de D'Annunzio, que acaba de estrenarse en el Chatelet, viene a confirmar (después del *San Sebastián*, del mismo, y del *Chantecler*, de Ros-tand) la eficacia del sistema moderno para obtener éxitos teatrales, y, en general, éxitos literarios, científicos y artísticos. La receta es ultra-sencilla: reclamo, reclamo y reclamo. El mérito de la obra no tiene la menor importancia. Basta con que ella sea de un autor célebre, a fin de no perder el tiempo en volverlo célebre primero.

Todos estamos de acuerdo en que el *Chantecler*, salvo tres o cuatro fragmentos aceptables, es de una inferioridad enorme con respecto a *La Samaritaine*, *Los Romanesques* y al *Cyrano*, obras todas bonitas, a veces delicadas; pero que no revelan, ni mucho menos, un espíritu genial del tamaño del reclamo que se les ha hecho. Mas, ¿qué importa esta minucia? Los empresarios de la Porte Saint Martin tenían «buena prensa», como la tienen ahora los del Chatelet, y la obra alcanzó un éxito «kolosal» (así, con *k*, como escriben y exclaman la palabra los alemanes). *La Pisanella*, seguirá una

suerte análoga. Los críticos de París son omnipotentes.

Suele suceder con estas piezas, que no gustan al público; pero ¿saben ustedes por qué no le gustan? Pues porque el público (si se trata de extranjeros) «no comprende los matices y las delicadezas del francés»; sobre todo un idioma como el de *La Pisanella*, escrita «en versos libres franceses, al estilo de *Honorato de Urfé*, que floreció allá a fines del siglo xvi...» y si se trata de un público francés, porque quienes critican son unos burgueses sin remedio, unos *pot-au feu* vitandos y despreciables.

Repito que no juzgo la obra de D'Annunzio, porque no la conozco. Es probable que sea bella y quintaesenciada, ya que D'Annunzio es un admirable poeta. A quien ha escrito *La Nave*, hay que tratarle con respeto. Pero para el caso, lo mismo sería que *La Pisanella* estuviese a la altura de cualquier obreja de género chico. Triunfará porque «tiene buena prensa», y la humanidad, salvo rarisimas excepciones, gusta de que le den ya hechos *de toutes pieces* los juicios y las opiniones. No hay tiempo, cuando se tiene criterio propio, para enterarse personalmente de todo en este mercurial jaleo de la vida moderna, y cuando no se tiene criterio propio, ¿de qué sirve el tiempo?... Los tontos desde antes de morir se sustraen a sus leyes; puesto que siendo él factor por excelencia del aprendizaje, nacen instintivos e instintivos vuelven a la eternidad.

Yo, en la piel de D'Annunzio, realmente sentiría vergüenza de tanto *bluff*, de tanto bombo, de tan-

to estruendo. Esta ensordecedora balumba debería sólo ser buena para los «arrivistas», pero no para el óptimo artifice de *Il Fuoco* y de las *Odas Navales*. Y si, como es posible, *La Pisanella* vale y vale mucho, más vergüenza sentiría aún de que en el mismo *humbugh*, en el mismo grito, en el mismo tamborazo, la confundiesen con el éxito de *Car-pantier*, que supo pegarle al formidable *Wells*, ganando el campeonato de Europa a puñetazos.

Se me dirá que sólo con el reclamo se vive; que sin él la existencia es pobreza y penumbra; pero el artista de verdad, el poeta de pura sangre, de verdadera raza, debe preferir siempre la santidad deleitosa de esta penumbra y de esta escasez; debe estar resuelto, si no tiene medios propios de vida, a desposarse con la pobreza como San Francisco de Asís y a amarla con toda su alma. El verdadero poeta es un dios y los dioses ya se sabe que vienen a padecer hambre, frío y soledad. Son voceros e intérpretes de cosas arcanas, son receptores de flúidos invisibles y en sus desasimientos de todo lo que no es majestad serena y augusta de la Poesía, muestran la alteza de su origen... ¡Cómo es posible ir a vociferar nuestros versos, ardorosamente forjados en la soledad, por las calles y las plazas, como si fueran la más vil de las mercancías! Cuando los jóvenes líricos franceses escogieron a León Dierx para príncipe de los poetas, recuerdo que el razonamiento supremo que motivó el voto, fué esto: *A cause de la dignité de sa vie...* En razón de la dignidad de su vida... Y yo aplaudí con toda mi alma la noble frase, que me reconcilió con los líricos de

la última hornada (ahora debe decir de la penúltima, puesto que la última fué la que eligió a Paul Fort).

¡Oh, amigo D'Annunzio, hay que procurar que no se acorte la distancia que existe entre tu nombre y el de Marinetti el futurista. Quédate con tu docena de perros en Arcachón y mata al simio ese que se llama esnobismo. Adéntrate de nuevo en el claro caudal de tu poesía. En ella sola están tu dignidad y tu grandeza!...

París te hace mucho daño, ¡oh Aeda! Mejor hubiese sido aceptar la casita con jardín que te regalaban tus amigos de Pisa...

¡Y luego para lo que te queda a tí de todo ese dinero que ganas!... Y para lo que te divierte la vida que llevas... El esnobismo, tú mismo se lo has confesado a un amigo, «es muy fatigoso»...

Yo sé de esnobs que se mueren de neurastenia. Otros se suicidan de tedio. Tú comprendes, el esnobismo casi nos traslada a las selvas vírgenes del Estado libre del Congo, por aquello del antropoidismo que significa el vivir rodeado de muñecos.

¡Ah! pero preveo que me pasará lo que a cierto amigo mío que en sus crónicas políticas daba consejos al Sultán de Turquía, y después de una semana solía escribir: «Si el Sultán hubiese oído nuestro consejo, no le habría pasado esto o aquello... pero no lo oyó.»

Tú tampoco oirás el mío, poeta. De seguro no sabes ni que existo; pero créemelo, cuando nos encontremos en «la cuarta dimensión», verás quizá que mi penumbra y mi silencio valían más que tus pífanos y tus címbalos ensordecedores... *sojo cont*



LA MUERTE DEL ATEISMO

UN trabajo que hará época—relativamente, es claro, dentro de lo efímero de la actualidad periodística—es el intitulado *El ateísmo se muere*, de Jean Finot, director de *La Revue*, en el número correspondiente a la segunda quincena de junio.

El ateísmo de nuestros días no es, dice Finot, más que una palabra vacía de sentido.

Un hombre culto no puede ya proclamarse ateo (conforme a la antigua definición). No puede ya negar la influencia de fuerzas que escapan a su cerebro y de principios que ignora.

La ciencia, en efecto, desde algunos años, se encuentra «invadida por la fe». Hay, desde luego, una ley universal que rige todo el mundo cósmico, y esta ley destruye nuestra fe en la materia: tratase de la ley soberana de la gravitación. Las miríadas de mundos que nos rodean (comprendidos los ciento veinte millones de estrellas que ante nuestros ojos maravillados descubren los grandes te-

lescopios modernos. («Vastas y ardientes hogueras que, casi todas, arrastran mundos, muchas veces más grandes que los del sistema solar.») *No están, sin embargo, sostenidos más que por una fuerza espiritual e invisible.*

¿Cómo se mantienen todos esos orbes? ¿Cómo funcionan, si las fuerzas y leyes que los rigen son *inmateriales*? Leyes, abstractas, cuyo alcance y cuyo significación no comprendemos y que tienen, no obstante, una realidad innegable.

Las nuevas concepciones, relativas a lo infinitamente grande y a lo infinitamente pequeño, se han metido de rondón en todas las ciencias exactas y han ampliado hasta el vértigo el horizonte de nuestras ideas.

El infinito se ha mezclado en nuestros cálculos; llena nuestras visiones, anima nuestras esperanzas...

Vemos mucho más lejos que los hombres de hace cincuenta años. Hemos comprobado—científicamente—la existencia de agentes, de fuerzas, de energías (rayos X, luz ultravioleta, radium, ondas hertzianas, energía intra-atómica en general) *absolutamente invisibles*.

Por otra parte, a medida que aumenta el poder de nuestros ultra-microscopios, la materia se empequeñece; la célula nos resulta un compuesto de complejidad extraordinaria... tenemos que ir más allá, siempre más allá..., y si un día encontramos el átomo, el átomo mismo, se disociará en quién sabe cuántos elementos, hasta llevarnos al seno de lo invisible absoluto...

Meditando en estas cosas tan hondas y buscándoles una sencilla expresión rítmica y mnemónica, escribía yo no ha mucho en una página de mi libro *Serenidad*:

Celulas, protozoarios, microbios... Mas allá de vosotros, ¿hay algo?

Pronto nos lo dirá el microscopio, intruso, pertinaz y paciente.

Y tal vez la materia se empequeñecerá tanto bajo su lente.

Que un día, como espectro, se desvanecerá ante el ojo del sabio, quedando solamente la fuerza creadora, cuyo oleaje va y viene omnipotente.

Y fuera de la cual nada es ni será...

El espíritu y el misterio penetran por dondequiera, sigue diciendo Jean Finot. Florecen hasta en el dominio, considerado como exclusivamente materialista, a saber: el dominio de la riqueza. La concepción de la riqueza ha cambiado, en efecto, radicalmente. La economía política de nuestros días no es ya la de los fisiócratas, que no veían la riqueza sino en un elemento palpable, en el producto de la superficie o de las profundidades de la tierra. No es ni siquiera la de los socialistas, que quieren identificar la riqueza con el trabajo manual.

Cada día comprendemos más que el precio de los objetos depende, en primer lugar, *del deseo, que es el que les da valor*. La riqueza se vuelve, pues, de esta suerte *algo de esencia psicológica*. Está en el hombre porque está en sus deseos.

Ahora bien, ¿qué es un deseo, sino la fe que te-

nemos de que el objeto ambicionado debe procurarnos cierta cantidad de servicios o de placeres?

El deseo reposa así por entero en la creencia. Y un Espinas podrá decir con razón que el porvenir estará hecho *de aquello en que más hayamos creído*.

La riqueza es, por otra parte, el crédito. Ahora bien, el crédito es la confianza, es decir, una cosa vaga, creada y limitada para la fe.

Es el crédito el que levanta las montañas de la vida moderna, cuyo mecanismo reposa *sobre un acto de fe*. Así vemos, pues, que en el dominio de la economía política el principio espiritualista reina como amo y señor. ¡Crea la riqueza y le da valor!

Finot piensa que los espiritualistas y los materialistas acabarán por llegar a la conciliación en el terreno científico. Yo lo creo también firmemente.

En realidad, todos los grandes filósofos modernos—Bergson entre ellos—esperan de la ciencia la fórmula religiosa del porvenir.

Miers, en su libro, ya clásico, sobre la supervivencia de la personalidad humana, dice:

«Yo creo que existe un método para llegar al conocimiento de las cosas divinas, con la misma certidumbre y la misma seguridad tranquila, a las cuales debemos el progreso en el conocimiento de las cosas terrestres. La autoridad de las religiones y de las Iglesias será de esta suerte reemplazada por la de la observación y de la experiencia. Los impulsos de la fe se transformarán *en convicciones razonadas y resueltas*, que harán nacer un ideal superior a todos los que la Humanidad ha conocido hasta ahora.»

¿Quién sabe si el siglo actual—añado yo—vea el alborear de una religión universal, eminentemente científica, de la propia manera que lenta, pero seguramente, va progresando el Esperanto, que hará en breve que nos entendamos los hombres de todas las regiones de la tierra?

El día en que esto suceda desaparecerán las patrias, el planeta será como un gran nido fraternal y, por fin, a través de los milenarios, se habrá realizado la comunión de las almas.



LA EUTHANASIA

ENTRAMOS en la vida llorando (esto de puro sabido se calla); entramos furiosos, a grito herido; se diría que el país de donde venimos es tan placentero y luminoso, que por contraste aquí sólo hay obscuridad, dolor y tristeza. Cuando la señora Piper volvía de sus «trances», solía decir palabras como éstas: «Qué oscura está la habitación»... «Qué fealdad la de la gente que me rodea»... «He regresado de allá *en una cuerda de plata*»... «Abrid las ventanas... más luz» (1).

Sí, quizá con harta razón, entramos en la vida retorciéndonos y chillando; quizá la tragedia verdadera está en las cunas y no en los sepulcros. Esto lo sabremos un día... Pero, ¿porque si entramos llorando no salimos riendo? Pues por culpa de los médicos; por el atraso, por la crueldad o por la ignorancia de algunos médicos, que son productores de dolor; que se complacen, basados en ultrahipotéticas esperanzas de vida, en inyectarnos acei-

(1) P. R. S. Proceedings.

te alcanforado, coñac, café... para prolongar atrozmente nuestra agonía, con torquemadismos espantosos...

Oid cómo se expresa el admirable Maeterlinck acerca de esto, en su austero y hondo libro sobre la muerte, recientemente publicado:

«Hace mucho tiempo, decía Napoleón, que los clérigos y los médicos hacen la muerte dolorosa.» *Pompa mortis magis terrat quam mos ipsa* (afirmaba, por otra parte, Bacon, refiriéndose a las tristes solemnidades de que se rodean los últimos instantes).

»A medida que progresa la ciencia, se prolonga la agonía, que es el momento espantoso por excelencia (cuando menos para los que asistan a él), la cima más alta del dolor y del horror humanos. Todos los médicos estiman que el primero de sus deberes es prolongar tanto como se pueda las convulsiones más atroces de la agonía más desesperada. ¿Quién de nosotros, a la cabecera de un moribundo, no ha querido veinte veces, sin atreverse jamás arrojarse a sus pies para pedirle misericordia?

»Un día este prejuicio (de los médicos) nos parecerá bárbaro. Como que viene del miedo que han dejado en el corazón las religiones antiguas, muertas ya hace mucho tiempo en la razón de los hombres; miedo que nadie se atreve a confesar. He aquí por qué los médicos cobran como si estuviesen convencidos de que no hay tortura conocida que no sea preferible a las que nos esperan en lo desconocido. Parecen persuadidos de que todo minuto,

ganado entre sufrimientos intolerables, nos ahorra sufrimientos más intolerables aún, reservados a los hombres por los misterios de ultratumba, y entre dos males, para evitar uno que saben bien que es iuaginario..., escogen el único que es real.

»Por lo demás, si retardan así el fin de un suplicio (el cual, como dijo el buen Séneca, es lo que el suplicio tiene de mejor), no hacen más que ceder al horror unánime que remacha cada día el círculo vicioso en que se encierra. La prolongación de la agonía aumenta el espanto de la muerte, y el espanto de la muerte exige la prolongación de la agonía...»



Pero, no es ya sólo el poeta el que se conmueve a la consideración de estos suplicios: son los pueblos civilizados: el Parlamento alemán va a discutir en breve un proyecto del *Siglo monista*, órgano de las sociedades del monomismo alemán. Este proyecto es como sigue, a grandes líneas:

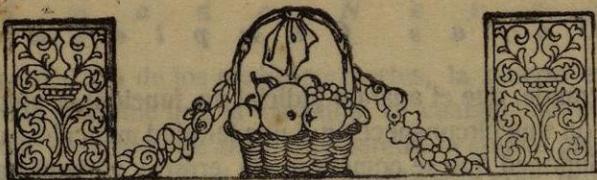
«1. Toda persona atacada de enfermedad incurable, tiene derecho a la Euthanasia (o sea la muerte bella, la muerte agradable, sin el menor dolor, la muerte que se parece a un manso dormirse después de la labor cumplida...).—2. El tribunal correspondiente recibirá la solicitud del enfermo y dará el derecho de morir.—3. Una comisión médica, a instancias del tribunal, examinará al enfermo. Si éste lo desee, otros médicos podrán asistir a la consulta.—4. El acta del examen dirá si, según la

convicción de los médicos expertos, la muerte es más probable que la curación, o, cuando menos, que un estado de alivio que permita la aptitud para el trabajo.—5. Si el examen establece la gran probabilidad de un desenlace mortal, el tribunal concederá al enfermo el derecho a la Euthanasia; en caso contrario, no se admite la solicitud.—6. Cuando se mata a un enfermo sin dolor, a petición formal suya, categóricamente expresada, el autor de la muerte no podrá ser perseguido (siempre que el enfermo haya obtenido el derecho a la Euthanasia, y supuesto que la autopsia establezca que su enfermedad era incurable).—7. El que mate a un enfermo sin su voluntad formal y expresa, será castigado con reclusión.—8. Los párrafos uno y siete, pueden, llegado el caso, aplicarse a los valetudinarios y lisiados.»

Comentando lo anterior, un escritor francés dice: «Nada es más fácil, al parecer, que dar el derecho de matarse a los incurables que a gritos piden la muerte. Es esto, permitir una obra de misericordia, una obra pía. La idea parece, en efecto, simple y generosa. Su aplicación encuentra, sin embargo, numerosas y serias dificultades. El año pasado, el Congreso de Washington tuvo que ocuparse de un proyecto análogo, y no lo votó. Su discusión provocó en la Prensa y en la opinión apasionadas controversias. La intervención de los médicos y de los jueces no facilita la fatal transición; ésta constituye, por el contrario, una formalidad complicada y peligrosa. La Euthanasia exige tales garantías científicas y legales, es un acto de una importancia tan

grande, que el aparato judicial no funcionará sino con una circunspección y una lentitud meticolosas. Suponed que se cometiese un error, y ya tenéis a la institución comprometida para siempre. Para ser eficaz, necesitaría ser rápida, y el procedimiento no tendría esta indispensable rapidez...» Es cierto, y lo es también que el hombre no ha llegado aún a un grado de cultura suficiente para resolver tamañas dificultades; pero deseemos, deseemos con toda nuestra alma, que en un día no lejano, los médicos, que tan rara vez curan, cumplan siquiera con el que debía ser su oficio por excelencia: suprimir el dolor, ya que los adelantos científicos les permiten lograr fácilmente esta supresión. Deseemos igualmente que los Gobiernos civilizados faciliten tan santa tarea, llenándola, es claro, de las garantías indispensables.

De esta manera, si la humanidad no llega a realizar la promesa de Metchnikof, de siglo y medio de vida, tras del cual vendría el fin fisiológico, cuando menos lograremos que se supriman la agonía, el horror, el gesto trágico de los últimos momentos, y podremos entrar a lo Invisible, con la serenidad antigua, con la majestad humana que conviene a los actos solemnes, con la placidez crepuscular de quien se duerme sin dolor en la blanda almoha de¹ Misterio, casi con la ufanía que debe mostrar el que pasa bajo *ese negro arco de triunfo de la muerte...*



EL TERMÓMETRO

No sé quién dijo—y la frase volvióse ya lugar común—que la Prensa es el termómetro de la cultura. En la actualidad—desde que en México empezó el movimiento revolucionario que ha amenazado acabar con una Patria tan bella—, la Prensa es el termómetro *de la tortura* para los mexicanos que vivimos en lejas tierras y que, por decirlo así, tenemos nuestra alma temblorosa en conexión con la electricidad del cable submarino...

Si alguno de vosotros ha visto luchar con la muerte a un ser amado, sabrá el horror que se encierra en ese tubito de vidrio por donde asciende y desciende el mercurio, midiendo los grados de nuestra angustia.

Nunca en más pequeño espacio se encerró mayor cantidad de dolor.

Por las mañanas, la columna mercurial baja: al retirarla de la carne adorada, notamos que apenas si excede de los 37,0. Sentimos entonces un consuelo infinito. Desearíamos que el fervor de nues-

tras bendiciones llegase hasta Aquel que hace y deshace nuestras vidas con impasibilidad divina, y le produjese un placer...

Anhelaríamos que ese ser desconocido tuviese manos, para besárselas con transporte de incontenible gratitud... Pero avanza el día... y la columna espejeante del mercurio va ascendiendo irrimisible, fatalmente. Cada vez que la aplicamos a las axilas calenturientas del enfermo, acusa algunas décimas de más...

Nuestra inquietud se encrespa... El fatídico 40 está cerca ya del límite superior del mercurio.

Ese horrible cero que sigue al 4, es un abismo. Detrás de esa ventana circular asoma la muerte...

Un grado... dos grados más y el enfermo que idolatramos se despeñará en la eternidad. Los pulsos, tras un galopar furioso, al que acompaña la respiración, empezarán, cansados, a indicar la aritmia de la entraña nobilísima en que los antiguos hacían residir el amor... ¡Ah! sí, muchos de vosotros sabéis de estas cosas... Muchos de vosotros conocéis el momento trágico en que, agotados los estimulantes, hay que recurrir al oxígeno... para que no detenga su ritmo vital el órgano por excelencia...

¡Qué aparato inquisitorial ha visto más agonías que el termómetro!

Yo guardo uno en el íntimo museo de mis recuerdos, que ha medido con sus oscilaciones las agonías mayores de mi vida...

Pues bien: la Prensa, con ese adorable enfermo que se llama la Patria, la angusta Patria, hace oficios de termómetro para los mexicanos ausentes.

En Madrid, donde los diarios se ocupan tan poco del extranjero, se necesita esperar los diarios de París, que llegan con dos días de retraso, para saber algo definido. Y es indecible la angustia que hay en esta expectación. Aquí, en la frontera, por la noche, ya tarde, se reciben los periódicos de la capital de Francia. Han corrido todo el día, a razón de 80 kilómetros por hora, para llegar a San Sebastián a las once, a veces a la media noche.

¡Quién tendría el valor de recogerse antes de leerlos!... Ellos van a decirnos la temperatura del enfermo querido...

Feliz la noche en que un optimismo asoma entre las rejillas de las líneas impresas...

Con qué descanso interior nos entregamos al sueño...

Pero esto es lo excepcional. Lo común es el ascenso de la columna termométrica, la alarma brusca, que mantiene el espíritu en una tensión febril, que sólo el esfuerzo continuo y soberano de la voluntad puede vencer.

Y va para tres años de esta auscultación penosa del corazón de la Patria; tres años de una tortura inútil para los que nada podemos hacer!

¡Escribir! Para qué, si la gran masa no lee y tantos de los que leen no quieren comprender...

Hay, ha habido sin embargo ciertos espíritus capaces de sobrenadar en el parcial eclipse de la conciencia pública, y estos espíritus son inmensamente dignos de respeto. Alrededor de ellos se agrupan las esperanzas de salud y redención, aliadas, rotas, pero rebeldes al aniquilamiento de los que, a pesar de todo, nos obstinamos en vivir!

Alrededor de ellos, en estos últimos días, un resplandor de patriotismo, casi unánime, ha iluminado la negrura...

Y a su luz hemos vuelto a soñar en un México reconstituido, que restañe sus heridas y torne, de cara al sol, a abrir el surco y a desparra mar la simiente.

Hemos soñado, por fin, que una lucidez bendita se filtra por entre los apasionamientos, las ignorancias y las avideces, y que un gran impulso de dignidad nacional enlaza todas las almas y une en el mismo vigoroso ritmo vital los corazones todos de los mexicanos!



CERVANTES, NATURAL DE CÓRDOBA

Don Francisco Rodríguez Marín, académico y director de la Biblioteca Nacional, es seguramente el cervantista más ilustre de la España actual. Hace por lo menos treinta años que con un amor y un entusiasmo «místicos»—que es como deben ser los grandes amores y los grandes entusiasmos—hurga los archivos, buscando datos inéditos relativos a su ídolo. Y su instinto, su olfato es tan seguro, que logra encontrar lo que en vano buscaron con benedictinismo loable otros investigadores afortunados.

Uno de los problemas cervantinos fundamentales, el problema fundamental por excelencia, la cuna de Cervantes, ha hecho correr mucha tinta. ¿Dónde nació Cervantes? Puede darse ya por comprobado entre los eruditos y los que no lo somos, que nació en Alcalá de Henares... Sin embargo, Cervantes mismo se dijo «natural de Córdoba». ¿Natural de Córdoba?—preguntarán ustedes asom-

Obras Completas

brados:—¿pues y la fe de bautismo, la partida famosa que se nos muestra en Alcalá, juntamente con la pila en que recibió las aguas regeneradoras?

Ya se verá más adelante que no hay en esto contradicción. Pero es el caso que en un pleito seguido por Tomás Gutiérrez—farandulero listísimo y buen amigo de Cervantes—en el año de 1593, y dado a conocer hace unos cuantos meses por el distinguido político don Alfonso Rodríguez Jurado, Miguel de Cervantes manifestó bajo su firma, en dos declaraciones que prestó a 4 y 10 de junio de dicho año, «ser vecino de la villa de Madrid y natural de la ciudad de Córdoba». Esta afirmación de Cervantes hizo que el dicho Rodríguez Jurado, para conciliar extremos, ya que no puede negarse el testimonio definitivo de la partida bautismal de Alcalá de Henares, haya formado la siguiente ingeniosa hipótesis: «¿No sucedería que, muerto a poco de nacido el Miguel bautizado en Alcalá a 9 de octubre de 1587, sus padres se trasladasen a Córdoba, donde en las proximidades del año 1550 naciera otro hijo, al cual impusieran el mismo nombre de Miguel?» Empero no es necesaria tal hipótesis, pues (añade Rodríguez Marín), «como si Cervantes hubiese querido poner junto a su amistosa inexactitud una señal de que no había dicho verdad al llamarse natural de Córdoba, añadió: «... que es de edad de cuarenta y seis años, poco más o menos». Decía esto en junio de 1593, y para los que sabemos que nuestros rebisabuelos contaban como año de edad aquel en que se había entrado, aunque faltase mucho para completarle, los cuarenta y seis que Cer-

vantes declaró tener, atribuyen exactamente su nacimiento al año 1547, el mismo que consta en la partida de bautismo de Alcalá.»

«Obsérvese, pues—añade el ilustre comentador—, cómo Cervantes declaró la edad que en efecto tenía. Pero además, bien miradas estas cosas, no debemos resignarnos a creer que mintiese, aun haciéndolo por motivo levantado y generoso. Medio legítimo hay para declararle exento de esa leve culpa: el autor del *Quijote* pudo llamarse con verdad «natural de Córdoba», habiendo nacido en Alcalá de Henares, porque con la voz «natural» no solamente se significaba antaño la tierra o el pueblo en que se había nacido, sino también, en otra acepción, la tierra o pueblo de donde se era oriundo. Bien lo dejó entender Juan Castellanos, andaluz, en un pasaje de sus *Elogios de varones ilustres de Indias*.

Alonso Sánchez, éste se decía de Murcia «natural» y allí nacido.

De Córdoba fué originario, según las investigaciones de Rodríguez Marín, el licenciado Juan de Cervantes, abuelo paterno del autor del *Quijote*.

De allí era la mujer de éste, y abuela paterna de Cervantes, doña Leonor de Torreblanca.

Igualmente cordobés fué el bachiller Rodrigo de Cervantes, padre del mencionado Juan de Cervantes.

La mujer del bachiller Rodrigo de Cervan-

tes, bisabuela paterna de Miguel, llamada doña Catalina de Cabrera, perteneció a noble familia de Córdoba.

Cervantes era, por tanto, nieto y biznieto de hijos de Córdoba, y por sus venas corría sangre cordobesa.

¿No se ha buscado y encontrado, según los eruditos, la huella del «senequismo» cordobés, del «sustine» y «abstine» en el *Quijote*?

Inútil es decir la satisfacción de la antigua metrópoli arábiga, merced al resultado de tales investigaciones. El estudio de Rodríguez Marín, que acaba de publicarse y que inspira estas cuartillas, fué premiado en los juegos florales y certamen que se celebraron recientemente en Córdoba, y tal ha sido el entusiasmo del Ayuntamiento y de la población culta, que, a lo que parece, va a ponerse a una de las calles de la ciudad el nombre de Rodríguez Marín. Bien lo merece el cultísimo y simpático cervantista que ha revelado a la vieja ciudad de la mezquita una gloria muy superior a la... del «Guerra», ídolo único y monopolizador, ávido de todo homenaje, entre gente cordobesa, desde que con una sabiduría y una mundología muy raras entre los hombres, supo retirarse a tiempo del «ruedo».

¿Vivió Cervantes en Córdoba?

Puede buenamente conjeturarse que sí, porque en sus obras abundan las alusiones cordobesas,

algunas de las cuales son tan puntualizadas, que no parece se deban a propia y personal observación. Sin salir del *Quijote*, hallamos no pocos recuerdos de Córdoba, ya enumerados por Rodríguez Marín en el discurso preliminar de su edición de *Rinconete y Cortadillo*: «A la nada buena obra de mantear a Sancho, coadyuvaron dos agujeros del Potro; cordobeses son, a no dudar, aquellos finos amantes Luscinda y Cardenio; en más de un pasaje se encarece la justa fama de los caballos de aquella tierra; del odioso caño de Vecin guerra se hace memoria en otro lugar; cordobés era el loco que despertaba con un canto (no musical ni de tierna hogaza) a los perros vagabundos; fuese o no este loco el Luis López, a quien Cervantes mentó en el prólogo de sus *Comedias y entremeses*, ya que parece ser distinto de aquel Olivera que otros escritores mencionan».

Pero si Miguel de Cervantes vivió alguna vez en Córdoba, ¿en qué ocasión u ocasiones aconteció esto? ¿Antes de la muerte de su abuelo, ocurrida... en mayo de 1556? Entonces el nieto no había cumplido los nueve años de su edad. ¿Después de aquel tiempo...? Nada de ello se sabe, hoy por hoy, y en este punto cada cual puede manchar el lienzo, pintando lo que mejor cuadre a su fantasía. Mas esto no será historiar lo sucedido, sino relatar lo imaginado.

■

Yo me figuro la sorpresa de Cervantes, si supiera la maravillosa erudición con que se busca ahora

la menor huella de su paso. El pobre, que de hambriento, triste y despreciado, casi no dejaba huella en ninguna parte!

Bien sé que algunos eruditos pretenden lo contrario, imaginando; porque imaginar es que Cervantes fué comprendido en su tiempo. No puede negarse que el *Quijote* produjo, al aparecer, agradable impresión, como la hubiese producido cualquier libro de entretenimiento, pero en realidad (y lo decía no ha mucho Baldomero Villegas), fué despreciado por los españoles del siglo de oro, quienes lo rebajaron con diatribas y sátiras vejatorias, a tal punto, «que el cura y maestro del saber de aquella edad dijo de él «que no había nadie tan necio que alabase el *Quijote*, y uno comparaba al autor con los mozos de mulas y otro escribía de él:

.....
para que no escribieses, orden fué
del Cielo que mancases en Corfú;
hablaste, buey, pero dijiste «mú»;
¡oh, mala qui jotada que te dé!

Y otro pronosticaba:

Ese tu Don Quijote baladí
de cu... en cu... por el mundo irá
vendiendo especias y azafrán rumí.

Y hasta el confesor del Monarca, tomando el seudónimo de Avellaneda, se lanzó contra Cervantes y su libro inmortal.

Más aún: pocos años después de la aparición del

Quijote, en la Real Academia Sevillana de Bellas Letras se afirmaba que Cervantes «había emponzoñado la fuente de los sentimientos caballerescos de lo esencialmente bueno» en España, y fué tan honda y tan tenaz la labor contra él y su libro, que dos siglos después de publicado éste, el sabio, erudito y eminente crítico Feijoo no cita en los catorce volúmenes de su grande obra, en que menciona centenares de autores y de libros, ni a Cervantes ni al *Quijote*, ni tan siquiera una frase ni un pensamiento de ellos.

Estas y otras vejaciones, absolutamente históricas, causan un gran remordimiento de conciencia a los cervantófilos, quienes, con obstinación simpática, tratan de desvanecerlas. Pero yo no veo la razón ni del remordimiento ni del prurito. Que el *Quijote* cuando apareció no fué comprendido. ¡Y qué! Los libros comprendidos inmediatamente, los que responden a las tendencias populares y a los gustos comunes de una época, mueren con ella. Esto de puro sabido se calla.

La Dama de las Camelias fué muy comprendida y gustada en su tiempo. Las mujeres elegantes bebían vinagre y tosían suavemente para que su palidez y su tos las asemejasen a Margarita Gautier. ¿Y quién lee ahora *La Dama de las Camelias*? Ya ni en la ópera se la soporta.

Las obras geniales deben ser inactuales. ¿Qué es el genio sino una inactualidad?

Frecuentemente se oye decir: «¡Ah, si las iglesias fuesen verdaderamente evangélicas! Pero no comprenden el sublime espíritu de Jesús...»

Pues no lo comprenden precisamente porque es sublime. La maravillosa semilla de ideal que sembró Cristo y que, depurados los sinópticos de toda escoria, queda en el fondo de sus páginas, no puede fructificar aún. El mundo no está preparado para recibirla. La cultura humana se halla en la infancia. Dígalo si no la actual guerra europea. El Evangelio, pues, fué genial en la más alta acepción de la palabra; y es inactual todavía.

Claro que en el *Quijote* hay algo que no sólo no comprendió la España del siglo de oro, sino que no le pasó por las mientes ni al propio Cervantes... y es lo que algunos entusiastas quieren hacer decir al divino manco. Simbolismos traídos por los cabellos que recuerdan interpretaciones dadas por admiradores entusiastas a obscuridades literarias de Ibsen o de Mallarmé, interpretaciones que los maestros mismos interpretados se apresuraban a desautorizar, exclamando con todo el mal humor posible: «¡Yo no he querido decir eso!»

Rodríguez Marín no es de éstos. Muy al contrario; como indiqué al principio, debe considerársele como el más serio comentador de Cervantes en la actualidad. Pacientemente consultó una enorme cantidad de documentos y acendró una haz preciosa que se proponía utilizar en su gran edición proyectada del *Quijote*, de la cual la de *La Lectura*, en seis tomos, fué como un *avant gout*.

Pero últimamente percatóse mi ilustre amigo de

que a furto suyo, y con la más prieta intención, había quien hurgaba los legajos consultados por él y se prevenía a ganarle por la mano, frustrando así el fruto de treinta años de labor. Grande fué la amargura del sabio antè tan humana pequeñez, y hubo de apresurarse a publicar los dichos hallazgos con este título: «Nuevos documentos cervantinos, hasta ahora inéditos, recogidos y anotados por Francisco Rodríguez Marín, etc.»

En el prólogo del libro dice: «Deseaba conservarlos inéditos para «estrenar», en mi proyectada obra, las muchas especies nuevas que en ellos hay; pero he tenido necesidad de renunciar a mi propósito: el no infundado temor de que se me adelanten, dando a conocer algunos de estos documentos gentes que se andan a aprovecharse de la labor ajena, me ha obligado a no diferir su publicación, y aun a hacerla muy de prisa.»

Claro que el sitio natural de todos estos hallazgos sería la gran edición del *Quijote*; pero mientras ella viene no deja de ser interesantísimo consultarlo en el libro a que me refiero. Bien quisiera hablar de algunos. Pero lo mejor que de un documento de tal género puede decirse es reproducirlo. Por otra parte, me extendería demasiado rebasando el asunto de estas cuartillas, que se refieren, o deben referirse, únicamente a la «oriundez» cordobesa de Cervantes. Sólo, sí, caeré en la tentación de copiar, por curioso de todo punto, el «Poder de Miguel de Cervantes al librero Francisco de Robles para imprimir y vender el *Quijote* en los reinos de Portugal, Aragón, Valencia y Cataluña». Dice así:

«(Valladolid, 11 de abril de 1605.)

»En la ciudad de valladolid, a honçe dias del mes de abril de mill e seisçientos e çinco años, ante mí el escriuano público e testigos pareció miguel de çerbantes saavedra, rresidente en esta corte, a quien yo el dicho escriuano doy fee que conozco, e dixo quél tiene prebilegios de su magestad para ymprimir e vender el libro que compuso, yntitulado don quijote de la mancha, para los rreynos de portugal, aragon, valençia y cataluña, como costará de los prebilegios; por tanto, dixo que daua e dió todo su poder cumplido en causa propia a francisco de rrobes, librero de su magestad, espeçialmente para que en su nombre y para él mismo pueda, en rrazon del cumplymiento de los dichos prebilegios y de cada vno dellos, así dados por su magestad como por sus birreyes, hazer en los dichos reinos y cualquier dellos, él o quien su poder y sostitucion tubiere, todos los autos e diligencias y pedimentos que sean necesarios y que quisiere hazer para ynpedir que no se ynprima ni benda el dicho libro sin orden y consentimiento, y si él quisiere hazerle ynprimir e bender e hazer qualesquier conçiertos e cossas que quisiere e por bien tubiere, lo qual balga e sea tan firme, bastante e valedero como si él mesmo lo hiziera siendo presente, porque para ello le da poder cumplido en forma, con çesion de sus derechos y açiones, por rraçon de que al dicho francisco de rrobes le pertenecen los dichos prebilegios, y son suyos por conçierto que con él tiene hecho, y su

valor le tiene pagado, de que se dió por contento, y en rraçon de la paga rrenunció las açiones de la «no numerata pecunia» y leyes de la prueba e pagas y las demás que en este caso hablan, y se obliga de auer por firme esta escriptura y lo que en birtud della fuere fecho, so espresa obligaçion que para ello hiço de su persona e bienes auidos e por auer, y lo otorgó así y firmó de su nombre, estando presente por testigos a lo que dicho es, luis sanchez garçia y francisco perez y evgenio de medina, estantes en esta corte.—Miguel de cerbantes. Ante mí, Tomás de baeça.

»E yo el dicho tomás de baeça, escriuano del rrey nuestro señor, rresidente en su corte, fuí presente a lo que dicho es y en fee dello lo firmé e signé.—En testimonio de verdad, Tomás de baeça.»

¿No es verdad que en gracia de su sabor e interés valía la pena de reproducir este delicioso arcaísmo ortográfico?

El libro abunda en gentilezas del propio género, que acaso no muy tarde esmaltarán la edición más acabada del *Quijote* que se haya hecho en España, merced al admirable comentarista que se llama Rodríguez Marín.

Diciembre, 1914.



LA ESFINGE BLANCA

QUÉ peregrino misterio—me decía Carlos—hay en esos bloques de papel, tan comunes en España, que sirven de calendarios. Son 365 hojas hendidas por una ranura, en la cual entra una encorvada lámina de latón, sujeta a un pequeño atril de madera. A medida que van pasando los días, se vuelve la hoja de derecha a izquierda, deslizándola, merced a la ranura, a lo largo de la lámina metálica, de suerte que el aspecto del calendario es siempre el de un libro abierto sobre su atril.

»Con tinta negra están grabadas las cifras del día. Con tinta roja, si es festivo. Arriba de la cifra, el mes con el número de días que contiene. Debajo, el número de la semana, el día de la misma y el santo. A derecha e izquierda, en la parte superior de la hoja, dos cuadritos con el mes actual y el futuro.

»En los calendarios exfoliadores, no se puede hojear todo el año. Se despegarían las hojas. Hay que arrancarlas una a una y, después de leído el

colmo, el pensamiento, la dolora, el epigrama—comúnmente la sosería—que viene al dorso, arrugar despectivamente el papelillo y echarlo al cesto.

»En estos calendarios, no. Se vuelve sencillamente el día. El pasado queda a la derecha; el porvenir, a la izquierda...

»Ahora, por ejemplo, como van sólo tres meses del año, el pasado abulta apenas: el porvenir es enorme...

»No acertaría a explicar lo que me dice ese montón de hojas iguales... Todos los años, al comprar mi bloque, lo contemplo pensativo... Allí están los doce meses, las cincuenta y tres semanas, los trescientos sesenta y cinco días, que acaso voy a vivir... que acaso no voy a vivir.

»Si no voy a vivirlos todos, en una de esas hojas blancas se halla el día de mi muerte.

»Y esa hoja la he acariciado muchas veces, la he vuelto y revuelto con mis dedos. He visto su fecha, negra o roja; el día de la semana: lunes, martes, miércoles... el santo que está después. Y nada, ni el más leve relámpago de intuición, ni el más mínimo temblor de mis dedos, me ha advertido del inmenso, del capital suceso...

»*Omnia vulnerant: última necat*—decía la famosa leyenda del famoso reloj de sol: todas las horas nos hieren. La última nos mata...

»Así también estos rectángulitos de grueso papel blanco, a pesar de su albura inocente, nos hieren todos y uno de ellos nos ha de matar; sólo que no será forzosamente el último. Pero está allí, escondido, agazapado, en acecho...

»Tengo la pueril costumbre de señalar con una diminuta cruz de tinta—siguió diciendo Carlos—mis días malos. Cuando son muy malos, trazo dos cruces; cuando son pésimos, tres... Si la paz me ha sonreído un poco; si la mayor parte de las horas han sido serenas; si he acertado a aspirar una de esas florecillas piadosas que perfuman el día: pequeños goces, pequeñas satisfacciones íntimas, alguna lectura noble y amena, la contemplación apacible de un bello rincón de naturaleza, pues trazo una diminuta estrella...

»Hay muchos, muchísimos días de una cruz; bastantes de dos cruces; algunos de tres... ¡Qué raro aquel en que puedo trazar la estrella! Pero no me quejo. Así está bien. Sólo en el dolor se halla la plenitud de la vida. Día de pena es día ganado, por el mismo concepto que lo era para el máximo emperador Tito el en que podía practicar una buena acción. Porque, ciertamente, si el hacer bien es dorar el día, sufrir en él con paciencia pequeños o grandes dolores es incrustarlo de diamantes... «Cada uno me adora—dice el Eterno a Gabriel en un diálogo de Renán— por la resignación que pone en soportar la vida, para fines que yo solo conozco.

»Estamos de tal manera, tan estupendamente organizados para el dolor, que nos conserva jóvenes. Los hombres que han sufrido, pacientemente, mucho, envejecen tarde. Mira en cambio a tantos amigos nuestros ricos y con suerte para todo, que acabados están.

»... No, no me quejo. Mis únicos momentos de

elevación se los debo a la pena, y repito con Baudelaire:

La douleur c'est la noblesse unique

y con Musset:

Rien ne nous rend si grands qu'une grande douleur!

» Así, pues, en ese paquete de hojas está toda la suma de la vida, en un año; toda la resultante, toda la ganancia de las horas vagas... y quién sabe si los días con estrella son los días perdidos.

» Por la noche, antes de recogerme, vuelvo la hoja, pensando aquella palabra sublime del sermón de la montaña: Bástale a cada día su afán...

» Poco después, mi gran reloj suena unciosa y lentamente las doce. Empieza una nueva fecha...

» Allí está la hoja correspondiente: blanca, pero impenetrable. Verdadera esfinge de papel.

» Regularmente trazaré en ella, mañana en la noche, una cruz; quizás dos... acaso tres. Quizá no trazaré nada y una mano querida escribirá en cambio sobre el pequeño rectángulo de virginal albura: «Murió a... tal hora.»

»... Es inocente esta filosofía de almanaque, ¿verdad?—preguntó sonriendo Carlos—; pero no tenía otra que servirte para la hora del café.

» No, no es inocente—respondí—o, si lo prefieres, es inocente y honda, muy honda, como todas las inocencias. A mí me conmueve. Tiene ese bloque de papel los enigmas de las vidas nuevas, de

las vidas amadas que comienzan, cuando nos preguntamos mirando los ojos de un niño: «¿Qué será ¡Haced, por lo menos, Dios mío, que sea bueno, y si pudieses hacer que fuese un poco feliz!»

» ¡Cuánta claridad mañanera en esos ojos!, y, sin embargo, ¡cuánto, cuánto misterio!

☒

Y nos quedamos silenciosos frente a nuestra taza de café.

Mayo de 1915.





YA NO ESTAMOS DE MODA

CADA mes, por lo menos, se funda en Madrid una Revista literaria, y cada mes—¡oh Dioses!—muere otra Revista... literaria. Lo propio acontece en nuestra América.

Yo no sé qué admirar más: si la pertinacia de la mala suerte que se ceba en estas revistas, o la imperturbable obstinación de quienes las fundan.

Apenas un intelectual puede disponer de dos o tres mil pesetas, fragua su respectiva Revista literaria.

Ya se sabe que *el material* no ha de costarle nada. Irá de amigo en amigo pidiéndole algo, *inédito*, eso sí, porque todo el mundo quiere inédito y a nadie se le ocurre jamás pagarlo. Los poetas—como no servimos de nada—no tenemos derecho a que se nos remuneren nuestros versos. Vivamos, si podemos, como Leconte de Lisle: ¡de raíces... griegas!

Las dos o tres mil pesetas se gastan, pues, exce-

O b r a s C o m p l e t a s

sivamente en papel e impresión, y asegurados cuatro o cinco números de la Revista, ésta se echa a vivir.



A decir verdad, los únicos suscriptores que logra son los poetas mismos, a quienes se les pide *inédito*.

—Cuento con ustedes—les dice el fundador—. Si ustedes, *los que leen*, no se suscriben, ¡quién va a suscribirse!

Así, pues, estos pobres portaliras tienen la triple misión de colaborar en las revistas, de leerlas... y de pagarlas!

Algunos llevan su amabilidad hasta tomar dos suscripciones, una para ellos y otra para su novia... que no lee nunca.

A pesar de tanta abnegación, la Revista languidece a medida que se van acabando las dos o tres mil pesetas de marras.

Lo único vigoroso, firme, sostenido, es el canje. Llegan paquetes de toda la América latina: la *Revista del Chaco* y la *Revista de la Chaca*, la *Revista Lila* y la *Revista Verde*; *Crótalos*, *Ovulos*, *Trémula*, *Matices*, *Gérmenes*, *Adonis*, *Apolo*, *Orquideas*, *Crisantemos*, *Ninfeas*, etc., etc.

Aun después de muerta la Revista, este cambio fiel sigue llegando... llegando, y acaba por formar un rimerero de rollos y paquetes en un rincón de la imprenta (que era en realidad lo que pomposamente se llamaba *oficinas de redacción y administración*); paquetes y rollos que nadie abrirá y de los

cuales con un portaplumas arrancará el cuadradillo de los sellos algún cajista filatélico...



¿Por qué tanto desvío? ¿Por qué tan mala sombra? Pues porque ya nadie lee, aunque muchos fijan que leen aún.

Los magazines circulan por los grabados, por las estampas, viñetas, *cul de lamps* y los concursos que abren para los desocupados.

Las revistas que viven, débenlo a la manía de la colección. Los suscriptores apenas si las desfloran; pero como tienen todos los números anteriores, las guardan cuidadosamente hasta que completan el año, y así añaden un nuevo tomo empastado a los que adornan su biblioteca.

¿Creéis vosotros que hay aún quien lee la *Revue des Deux Mondes*? Yo desearía creerlo; pero la verdad... ¡ustedes han de dispensar!

¡Oh compañeros míos, postreros abencerrajes de la quimera: valor! ¡qué remedio, no estamos de moda! *Tempora mutantur...*

¿Y sabéis por qué no estamos de moda? Porque el ensueño se ha vuelto verdad.

¿A qué cantar a los pájaros, si ya podemos volar como ellos?

¿A qué evocar a las Hadas, si nos rodean con los nombres de *electricidad*, *ondas hertzianas*, *rayos X* o *rayos N*, *radium*, *selenium*, *materia radiante*, etc., etc.?

¿A qué pretender con versos la conquista de las

mujeres, cuando son tan armoniosos, bellos y eficaces los luses de oro, que, según el dicho francés, *gustan a todo el mundo?*

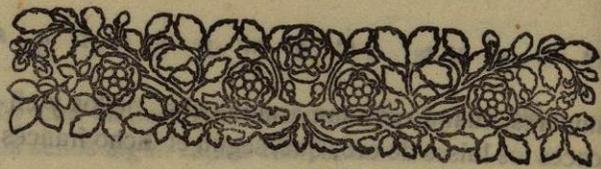
Escribamos para nosotros mismos, porque hay una honda voluptuosidad en escribir, ignorada de los ricos e imposible para muchos de ellos.

Sañemos para nosotros mismos, porque la ensoñación es un paraíso que todavía no puede comprar el dinero.

Leamos en la soledad estrofas admirables, porque cuando las leemos, nos melifican los labios y parece como que un Dios escucha cerca de nosotros...

Pero, francamente, ya no fundemos revistas... y si otros las fundan, no les enviemos versos inéditos.





UNA BRÚJULA

CON mucha frecuencia, lectores y lectoras de *La Nación* me preguntan qué libros deberían leer, qué moral ha de servirles de brújula en su vida.

Ansiarían, algunos de esos espíritus noblemente inquietos, una guía espiritual que les orientase plenamente en la borrasca y la obscuridad.

Muchos y muchas de los consultantes son jóvenes y revelan una sed verdaderamente conmovedora de verdad.

Parecería peregrino, a un escritor que no intentase ver el fondo las cosas, que en un país como la República del Plata, en que todas las energías y todas las audacias comerciales del mundo se han dado cita; en un país en que la lucha por la vida es tan febril; en un país de actividades prácticas tan poderosas, hubiese innumerables almas contemplativas, sedientas de ideal, ansiosas de conocer las supremas realidades. Pero esto no debe extrañarnos, porque es justamente característica de las naciones nuevas y vigorosas la persecución

O b r a s C o m p l e t a s

«integral» de las grandes finalidades humanas, en tanto que las naciones viejas y gastadas suelen, por hábitos que arraigaron ya en la entraña, ser unilaterales en su fin.

A fuerza de haber ejercitado durante muchas generaciones cierto género de actividades, acaban por seguir casi mecánicamente el mismo camino, y rehusan con obstinación ensayar nuevas formas y nuevos derroteros.

En Estados Unidos se verifica un fenómeno análogo al que se advierte en la República Argentina. Ningún país más «práctico» en el mundo, y ninguno, sin embargo, donde con más ardor se especule sobre trascendencias que están más allá de todo «provecho», tal como esta palabra se comprende en el siglo xx.

Al lado de un rey del petróleo o del hierro o de las conservas alimenticias, florece la maravilla de un Emerson o de un William James; surgen un Marden, un Trine, un Kerulworth; y junto a los rimeros de libros de estadística, de tejemaneje de la bolsa o de Dryfarming, las más puras flores de poesía y de espiritualismo difunden su esencia sutil y preciosa.

Pero volvamos a nuestros lectores argentinos.

Querrían éstos, en su mayoría, un código moral, sencillo, puro, cristalino, que sin chocar con dogma ninguno (ni tampoco basarse en ellos para dejar al espíritu la plena libertad que reclama en esta

época), no contradijese tampoco los elementales principios científicos que la civilización considera intangibles.

Los lectores que piden esta orientación pudieran entrar dentro de una categoría especial.

Hay empero otra no menos minuciosa y tan simpática como la primera; más atendible quizá todavía por el concepto del Dolor: y es la de los lectores (lectoras sobre todo) que ansían hallar en los libros un consuelo, un tónico, un cordial, para tener el valor de seguir viviendo esta vida moderna cada vez dura, cada vez más áspera, cada vez más tosca y despiadada.

¿Quién podrá dudar ni un momento de la intensa, de la profunda, de la amorosa predilección que experimento por las dos categorías de lectores?

¡Qué felicidad tan enorme la mía si a la primera pudiese darle luz y a la segunda consuelo, o mejor dicho, luz a las dos, ya que en la luz está todo: la verdad, el consuelo y la paz!

... Pero—y esta no es una falsa modestia—mis lectores me honran demasiado, atribuyéndome facultades que no tengo.

Yo soy un hombre que, como ellos, va a tientas por el camino de la vida. Que buscó justamente en los libros años y años una convicción sin hallar más que ligeras chispas de luz pálida, para recorrer el inmenso túnel negro...

Únicamente, ese hombre, ese viajero extraviado como todos en medio de la inmensa noche, juntando las leves luciérnagas tan pálidas de sus lecturas y las de sus propias reflexiones y hallando que

apenas alumbraban lo suficiente para no chocar contra los enormes obstáculos inmóviles, tétricos y oscuros, tuvo una idea, idea ingenua, sencilla, infantil, que tantos y tantos han tenido de fijo antes de él: y fué unir a la macilenta luz de las ideas otra más viva y eficaz: la de su amor, recordando acaso el proverbio latino que dice: cuanto más amor, más entendimiento.

Vió entonces que el túnel se volvía menos negro y que su paso era más seguro y firme. Lleno de alegría por el hallazgo, y una vez que hubo comprobado su eficacia, pensó ofrecer del aceite de su lámpara a sus hermanos, o más bien, en decirles en dónde podían buscar, dentro de ellos mismos, ese precioso aceite.

Naturalmente, la lámpara así apañada no lo alumbraba todo... Innumerables y toscas arquitecturas misteriosas seguían irguiéndose al lado del inacabable túnel.

¿Pero no es verdad que era ya mucho ver la línea estrecha y blanca del camino hasta cierta distancia?

El automóvil que marcha por la carretera solitaria en medio de la noche, lleva sus faros eléctricos o su luz de acetileno que permiten al mecánico ver cien metros de camino delantero. Poco es y es mucho. Cien metros de respiro para una maniobra... cien metros de seguridad... cien metros de terreno luminoso.

El caminante este no desdeña la luz de los libros y sigue afanosamente leyendo cuantos puede. Cree en las ideas. Adora las ideas. Pero comprende que ellas solas llevan al progreso unilateral de que hablaba al principio. Además, ciegan a los sabios; les llenan de soberbia y les hacen desdeñar toda otra función espiritual, como inferior.

Por lo que respecta a los libros de moral, están casi todos encauzados por el lecho de los prejuicios. Los libros religiosos no saben desprenderse de los dogmas y de los ritos. Hay gente piadosa nutrida en ellos, que por nada en el mundo dejaría de oír una misa de precepto y que muy tranquilamente permite que se mueran de hambre y de angustia tantas gentes a quienes pudiera salvar desprendiéndose nada más de algunas costosísimas futesas y vanidades.

Muchas almas buenas (en Inglaterra, en Francia, en Italia, en los Estados Unidos, en la República Argentina, en Chile, en mi Patria) han buscado en las tenías vedantas, ya la concordia necesaria entre la ciencia y una posible religión moderna, ya la ética por excelencia.

Todos saben mi simpatía por el vedantismo (simpatía que está muy lejos de la convicción; que es motivo literario de muchas de mis producciones, y que procura mantenerse equidistante de un panteísmo espiritualista exaltado y de un dualismo). Pero comprendo que hay en estas ideas, de seguro admirables, por una parte tan sutil metafísica, que parece, por lo afilada y fría, cloruro de etilo, y por otra una tan gruesa madeja de ocultismos y ma-

gias inferiores (caras a los espíritus mediocres), que no induciría yo a mis amigos a embarcarse en ese barco de bambú por el Ganges sagrado...

Pienso con Maeterlinck con respecto a la Reencarnación, por ejemplo, «cuánto es de lamentar que los argumentos de los teósofos y de los neo-espíritas no sean perentorios, porque nunca ha habido una creencia más bella, más justa, más pura, más moral, más fecunda, más consoladora y hasta cierto punto más verosímil que la suya». Pienso con el mismo autor que «sólo con su doctrina de las expiaciones y de las purificaciones se justifican todas las desigualdades físicas e intelectuales, todas las iniquidades sociales, todas las abominables injusticias del destino». (*La Mort.* Capítulo V, III.)

Pero juzgo al propio tiempo que hay un gran peligro para las almas jóvenes en no digerir estas teorías (a veces demasiado bellas y profundas) y en sufrir en pleno desarrollo el desgano de toda acción.

Acaso el vedantismo (sin Kabbalas ni cizaciones de sánscrito) es un dulce manjar para los hombres modernos, que ya empiezan a columbrar desde su barco la playa de la muerte...

Libros hay que con estas salvedades aconsejaría a los lectores y lectoras en cuestión; algunos de ellos han sido citados por mí en estas correspondencias; pero es quizá mejor que la abeja ya docta busque por sí misma, más tarde, las flores que han de darle mejor miel.

¿Qué nos queda, pues, en asunto de libros-breviarios, de libros-guías?

Marden es muy tónico; Trine, muy dulce y consolador.

Los antiguos estoicos siguen en su marmórea frialdad, siendo maravillosos.

A nuestros lectores he dicho lo que Rubén Darío hace muchos años me escribió, con motivo de un gran dolor:

«Lea usted a Marco Aurelio.»

Yo añado: «Lea usted a Epicteto.»

No sonriáis: hay infinitas gentes instruídas que no han leído ni a uno ni a otro.

Mas a todos y a todas las que buscan unas páginas concisas, diamantinas, eternas, les traduciré estas breves palabras de Tolstoi, que valen por un libro y que podrían copiarse en una simple hojita de vitela o de papel de hilo, para llevarlas siempre en la cartera... o en el bolso.

Leedlas y retenedlas en vuestro cerebro y en vuestro corazón:

«Desde que la Humanidad existe y transmite sus adquisiciones materiales, de generación en generación, ha elaborado principios morales que constituyen la base de su existencia y las reglas de su conducta. El hecho de que los ciegos no los vean no prueba en modo alguno que no existan. No se trata aquí de una determinada religión con sus particularidades y sus defectos, sino de aquella que comprende reglas obligatorias para las nueve décimas partes de la especie humana, una religión común a todos los hombres de nuestro tiempo. Si

los hombres no se han vuelto enteramente bestias fieras es porque los mejores de entre ellos, en todos los pueblos, siguen aún, aunque inconscientemente, esta religión...

»Las reglas de esta verdadera religión están de tal suerte en la naturaleza humana, que cuando se las hace conocer a nuevos adeptos se las asimilan como algo que les es familiar desde hace largo tiempo y que se sobrentiende. Para nosotros esta verdadera religión es el cristianismo, en aquellos de sus principios que están conformes con los principios fundamentales del brahmanismo, del confucionismo, del judaísmo, del budhismo y hasta del mahometismo. Así como para aquellos que profesan el brahmanismo, el confucionismo, etcétera, la verdadera religión será aquella cuyos principios concuerden con los de otras grandes religiones.

»Estos principios no son numerosos, son simples; inteligibles. Dios es el origen de todo, el hombre es una parcela de este principio divino, que puede acrecentar o disminuir según su género de vida; para aumentarlo es preciso rehuir nuestras pasiones y fomentar en nosotros el amor; el medio práctico de llegar a ello es obrar con los otros como queramos que ellos obren con nosotros.»

Lo escrito con bastardilla es «toda la ley y los profetas», pero aún cabría la condensación evangélica, que podría grabarse en una piedra preciosa:

Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.

Ella es la esencia pura del cristianismo, del cristianismo que según Salomón Renach (ateo tranquilo convencido y por ende poco sospechoso de parcialidad) es el ímpetu espiritual más poderoso que haya transformado las almas y continúa evolucionando en ellas.

Este es el espíritu del Evangelio, que según el abate Loisy constituye «la más alta manifestación de la conciencia humana, que busca la felicidad y la justicia».

No hay vida ni acto de la vida que no pueda normarse por las breves reglas condensadas por el grande anciano Tolstoi. Esos preceptos sucintos y diamantinos constituyen, pues, y constituirán siempre la brújula que tantos nautas angustiados piden a las estrellas; que tantos lectores y lectoras de *La Nación* me piden ingenuamente a mí.

Por su parte Faguet, en su *Iniciación Filosófica*, dice que el cristianismo «como moral presentó algo completamente nuevo y tan bello, que no es probable que la Humanidad pueda sobrepasarla nunca. Puede resumirse así, aunque incompleta e imperfectamente: Amor de Dios; no debemos temer a Dios en la forma en que lo hicieron los paganos y los antiguos judíos; es preciso amarlo, amarlo apasionadamente, como un hijo a su padre, y obrar siempre de acuerdo y en consideración a ese amor. Todos los hombres son hermanos, puesto que son hijos de Dios, y deben amarse como tales. Amad al prójimo como a vos mismo; amad a los que no os aman; amad a vuestros enemigos; no codiciéis los bienes de este mundo ni seáis ambicio-

sos, ni orgullosos; porque Dios ama a los pequeños, a los humildes, a los que sufren, a los necesitados, y ha de exaltar a los humildes y abatir a los poderosos.»





FRAY EJEMPLO

ENTRE los libros recientemente recibidos de la Argentina, que tengo a la vista, hay uno pequeño, cuyo autor, por su apellido, es de origen sajón (Fletcher); libro que lleva por título el sabio y bello proverbio romano, el *age quod agis*, traducido por cierto al castellano en una forma que a mí no me parece fiel, pues los romanos querían decir: «Haz lo que estás haciendo; pon toda tu atención, todo tu cuidado y tu esfuerzo en lo que estás haciendo; entregate por completo a tu obra»; y no lo usaban en el sentido de seguir haciendo lo que se hace: «Haz lo que haces», que es el sentido que parece darle su autor.

En este librito, no escaso por cierto de erratas lamentables de imprenta, hay cierto desenfado, cierta sagacidad, cierta audacia de pensamiento, cierta ironía y cierto escepticismo, que dan sabor a su lectura desencantada. Nada absolutamente nuevo nos dice, porque en suma nada nuevo hay que decir tampoco, cuando se filosofa. Muchos

miles de años hace que el hombre da vueltas a las mismas ideas en este planeta, y si antes ha estado por casualidad en algún otro y ha hecho lo propio que aquí, se comprenderá fácilmente que hallar una idea que no esté gastada es más difícil que hallar una aguja en un pajar; pero, si la novedad no es posible, cabe añadir algo, cualquiera cosa, al pergeño de las viejas ideas, y así vamos viviendo. Y este algo lo añade a veces en alguna página el señor Fletcher, que cocina sus lecturas con su gotita de salsa propia.

El autor de *Haz lo que haces* no cree en nada, o casi en nada, y con más método o más pulimento en el lenguaje, podría hombrearse con el ilustre Carlos Reyles, cuya *Muerte del Cisne* es una tan desolada negación de todo espíritu.

Ahora bien: entre las cosas que no admite (que son, como se deduce de lo anterior, casi todas) hállese la concordancia entre la moral que se escribe y la moral que se practica. Esta concordancia ni existe ni ha existido nunca.

En la práctica—dice nuestro escritor—se trastorna todo. Hay tantos y tan bellos libros por el mundo, tantas maravillosas ideas impresas, que si se llevasen a la práctica, podrían formarse varios mundos perfectos, y sin embargo, ¿de qué sirven tan sabias reflexiones si luego, dejando la pluma, hasta el propio autor hace lo contrario?

Esto me recuerda un cuento que oí hace años:

En un banquete había un señor que comía suciamente, casi con los dedos, mostrando unas horribles uñas enlutadas.

Bebía a pequeños sorbos ruidosos. Hinchaba horriblemente ambos carrillos al masticar y hacía otras lindezas que no son para escritas.

Alguien, escandalizado, preguntó: —¿Quién es ese individuo tan guarro e impresentable?

Y respondiéronle, produciendo en su ánimo la mayor estupefacción:

—Pues es nada menos que X... (el autor de un tratado de urbanidad conocidísimo, que todos repasamos, va para treinta años, en las escuelas...)

Por lo que ya hace muchos siglos se decía y repetía que el mejor predicador es Fray Ejemplo.

☒

¿Pero cabe volverse escéptico por esto?

De ninguna manera.

El ideal es flor de montaña. Lo miramos de lejos; nos seduce por su milagrosa belleza; nos enamoramos locamente de él... lo cual, entre paréntesis, ya es una gran prueba de superioridad; y pretendemos alcanzarlo. Entonces nos damos cuenta de la dificultad enorme de la empresa...

Vamos sangrando de malezal en malezal, de roca en roca. Todos los guijarros nos pinchan; todas las espinas nos desgarran. Sudamos sangre y angustia, y cuando creemos alcanzar la cima, nos encontramos con que apenas hemos traspuesto una parte mínima de la altura y seguimos mirando allá, en las inaccesibles cumbres himalayescas, el castillo Azul de la Perfección.

Al divisar ese castillo, antes de emprender la as-

cenación; al verle resplandeciente, rodeado de gloria, le cantamos un himno más o menos entusiasta... Al intentar la subida, deshechos de fatiga, nos quedamos en la falda. Pero ¿no significa una gran gloria sólo el haber intentado escalar aquellas cimas misteriosas? ¿No forma la falda una porción esencial de la montaña? ¿No es el esfuerzo de la ascensión una parte del gran esfuerzo total? Comenzar, según Hegel, equivale, en la plenitud de los tiempos, a acabar.

Jesús le dice a Pascal en las *Meditaciones*: *tu ne me chercherais pas si tu ne me possedais.*

«No me buscarías si no me poseyeses ya...»

Cuando buscamos, pues, el ideal, es porque ya le poseemos.

Cuando escribimos de él, es porque le poseemos. Cuando nos enamora, es porque ya le poseemos.

La totalidad de ese ideal no se conquista nunca, es claro. Si se conquistase ya no sería ideal. Iremos aproximándonos a él toda la eternidad, todas las eternidades, y no llegaremos nunca a su plenitud, siempre habrá una distancia infinita.

Jesús sabía bien esto, y, sin embargo, nos dijo: *Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto*: es decir, proponeos como ideal lo absoluto...

¿Llegará jamás un hombre a *ser perfecto como la perfección divina*?

Basta formular la pregunta para responder a ella; pero si no llega, ascenderá siempre, y en esa ascensión perpetua está toda la esencia y el motivo del ser; el porqué y el cómo.

... Entretanto, a todos nos pasa lo que a Ovidio:
Video meliora proboque.

Deteriora sequor.

Lo que vemos con los ojos de la razón, con los ojos del entusiasmo, es siempre bello. Sabemos que es bello; su excelencia nos seduce y volamos hacia la altura inaccesible en que radia.

No en vano, según la frase de D'Annunzio, hay en nuestros omoplatos la leve insinuación de un ala...

Pero las fuerzas con que contábamos nos traicionan, porque no en vano, tampoco, hay en el remate de nuestras vértebras inferiores la leve insinuación de un rabo...

Pero si somos más pequeños que nuestros pensamientos de belleza y de bien, somos en cambio superiores a muchas de nuestras bajas inclinaciones.

Los hombres—dice Mackintosh en su *Ethical Philosophy*—no son nunca ni tan buenos ni tan malos como sus opiniones. (*Men are never so good or so bad as their opinions.*)

Y como a medida que el hombre crezca espiritualmente, sus ideales, sus opiniones, su concepto de la existencia, que ya eran desde un principio mucho mayores que él, han de crecer proporcionalmente, siempre se conservará esta distancia que ha de servirle de estímulo, de espuela, de motivo y razón para avanzar.

Cuando la especie haya llegado a una cima espiritual, verá las cimas circundantes, que no había podido distinguir durante su penoso ascenso.

Estas cimas serán mucho más altas que las que ha dominado; pero, en cambio, desde la que ha dominado divisará otras muchas, inferiores, una verdadera cadena de colinas, que ya están ahora a sus pies y que en anteriores etapas tuvo angustiosamente que franquear.

El escribir de cosas bellas, el predicarlas, el conversar de ellas, ayuda de un modo formidable a mejorar.

El entusiasmo nos enciende el alma, los ojos y la cara, y por lo menos, mientras del Ideal hablamos estamos fundidos en místico abrazo con el Ideal.

¿Que después, al dejar el libro, la conversación elevada, salimos a la calle y mil cosas bajas nos solicitan?

No importa: no caeremos tan hondo como habríamos caído antes de nuestra conversación, de nuestra lectura, de nuestro entusiasmo.

El hábito de las altas ideas irá por otra parte levantándonos insensiblemente. Se empieza por desear, se acaba por ser.

Quién sabe si esos hombres que hoy nos avergüenzan por su grandeza, nos humillan por su excelencia, nos desalientan por su perfección relativa, no fueron, como nosotros, simples seres que anhelaban lo mejor y caían en lo peor...

El progreso está hecho de estas caídas y de este continuo levantarse.

El Sísifo real lleva su piedra lo más alto que puede, y ésta cae cuando ya parecía estar cerca de la cima; pero si miramos bien, si estudiamos las huellas que ha dejado en su perenne derrumbarse, veremos acaso que nunca ha resbalado hasta la misma hondura. Siempre va cayendo menos hondo, menos hondo...

Sentimos una gran simpatía por los hombres que, habiendo caído muchas veces, han logrado al fin elevarse definitivamente. ¿Por qué? Porque un instinto de nuestra alma nos dice: *Tú puedes hacer otro tanto*. ¿Ese es de la misma triste carne que tú y ha luchado? ¿Por qué no has de vencer como él?

En cambio nos irrita la corrección, la elevación moral de algunas gentes, que parecen derramar de un modo natural todas las excelencias, como el venero derrama su agua, sin esfuerzo... y (pensamos), por lo mismo, sin mérito.

Pero esta irritación dimana de nuestra ignorancia. En suma, la excelencia en cada cosa se parece, como una gota de agua a otra gota, a la espontaneidad, a la facilidad.

Un autor que ha bregado años y años con el estilo, al final, cuando lo doma, parece escribir con una facilidad desconcertante. (*C'est une grande habilité*—dicen los franceses—*que de savoir cacher son habilité*.)

¡Si supiésemos los esfuerzos ingratos que esa facilidad supone!

Nosotros no hemos visto tales esfuerzos; vemos sólo el fruto de ellos. Así de ciertas vidas. Pero estamos seguros de que la excelencia de un ser ha

sido ganado por él «a puño limpio» y que a nadie le da la eterna Justicia nada porque sí. Todos somos los usufructuarios de nuestra propia fortuna, adquirida *siempre* por nuestro individual esfuerzo.

La evolución tiene en los seres conscientes estos tres escalones primarios:

El primero en que somos incapaces de apreciar la belleza espiritual porque todavía no se abre el órgano interno. Nuestro ojo interior es como el de los moluscos... pigmentario. En ese escalón están infinitos ignorantes... y muchos sabios materialistas llenos de pedanterías...

El segundo es aquel en que ya columbramos las bellezas espirituales, en que nos enamoran (pues que columbrarlas y amarlas es todo uno), pero no sabemos aún volar, y nuestras pobres alas, torpes como las de las gallinas, se limitan a una verberación, a un sacudimiento penoso, que nos levanta apenas unas pulgadas del suelo. En este escalón estamos muchos de los que escribimos de la Belleza y la predicamos... y no podemos aún realizarla en la vida.

En el tercer escalón están los que ya no hablan; los que obran; los que supieron volar.

Allí se encuentra *Fray Ejemplo*, que jamás dice «haced lo que os digo», sino «haced lo que yo hago», y lo dice sin presunción, naturalmente, como el sol os diría: «alumbrad como yo»; y la rosa: «como yo perfumad»; y el pájaro: «cantad como canto.»

Hay después otros muchos escalones, pero ya no pertenecen a la escala de este planeta... Son de

los *cursos superiores* y no vale la pena hablar por ahora de ellos.

Volviendo por tanto a nuestro punto de partida, no debemos descorazonarnos ni desalentarnos jamás porque pensamos y sentimos bellas cosas superiores y hacemos mezquinas y bellacas cosas, que a nosotros nos parecen de una inferioridad humillante: es que estamos ya en el segundo escalón. Deseamos, amamos, buscamos, sobre todo *buscamos* , y buscar es ya una parte de *hallar* , no de otra suerte que el primer ímpetu es ya una parte del vuelo.

Ya se nos dijo por lo demás en la montaña mística «en el sermón de los sermones»: *Buscad y hallaréis* ; y Pascal escucha al Ideal que le repite: *No te inquietes: ¿Me buscarías acaso si no me poseyeses? Tu ne me chercherais pas si tu ne me possedais!*



EN DEFENSA DEL DIABLO

EMPEZARÉ por decir—y, lector, habrás de creérmelo sin juramento—que el diablo no necesita que le defiendan. El diablo no es sino el fondo negro de donde se destacan las luminosas maravillas del universo, el reflujo correlativo de todo flujo, la reacción necesaria a la acción.

No es un ser, y, por tanto, nadie puede hacerle daño.

Pero supongamos que es un ser y que se le calumnia: ¿cuál debe ser entonces nuestra actitud? Nuestra actitud debe ser de estricta equidad: ¿qué hombre verdaderamente humano va a negar su ciencia al diablo simplemente porque del diablo se trata?

Refiere la leyenda que a un pintor, de los hoy llamados primitivos, le encargaron de un convento un cuadro de San Miguel.

Naturalmente, el buen pintor afanóse en su obra pintando a San Miguel de una hermosura singular y afeando al diablo, que yacía maltrecho a sus

pies, de tal manera que ni en el infierno le hubieran conocido.

El cuadro fué muy admirado por los buenos religiosos y hasta por algunos artistas amigos del autor; pero, según parece, el diablo no quedó satisfecho.

Convengamos en que tenía razón.

Por menos que eso devuelve uno un retrato al más pintiparado de los fotógrafos.

Aun cuando el diablo, por lo general, desdeña el defenderse, en aquella ocasión resolvió hacerlo. Presentóse, pues, al pintor, en sueños, y le echó en cara su conducta.

—Mírame bien—le dijo—. ¿Tengo, por ventura, cuernos, hocico de chivo, patas de gallo, uñas de dragón y cola de perro? ¿No soy acaso bello? ¿De una sombría y trágica belleza, si te parece, pero no por eso menos grande? Acuérdate de que era un arcángel. Dios me lanzó a los abismos, pero no me afeó. Perdí el cielo, mas no la suprema excelencia de mi naturaleza. Píntame en buena hora vencido por ese arcángel de túnica violeta y sandalias doradas que tiene una espada flamígera en la diestra y que me hace, en un letrero miniado en cinta color de rosa, que se enreda al lado de su cabeza, una pregunta de clavo pasado (*¿quis est Deus?*). Píntame angustiadísimo, si te place; humíllame cuanto puedas bajo las sandalias de Miguel, pero quítame, pues que me conoces ya, esos apéndices ridículos y esos belfos asquerosos.

A lo que parece, el pintor quiso defenderse.

—Si te pinto tan feo—le dijo—, no es precisa-

mente porque yo crea que lo eres, sino porque quiero simbolizar con esas características bestiales que tanto te disgustan tus malas pasiones.

El diablo rearguyó en seguida:

—¿Y cuáles son esas malas pasiones? Yo no tuve más que un pecado: la soberbia. Y para ese pecado no necesitas buscar figuras de animales.

Los animales no son soberbios. El único soberbio es el hombre. Píntame, pues, a lo menos, como un hombre altivo, en la expresión de cuyo rostro haya un orgullo sin límites.

En cambio de este pecado que me perdió, podrías recordar algunas de mis virtudes.

¿No decís que soy espléndido, generoso con los que me sirven?

¿No afirmáis que ayudo a los inventores?

¿No pretendéis que sé muchas cosas, si no por diablo, cuando menos por viejo?

Y Satanás siguió por ahí, hablando con tal elocuencia y pretendiendo tener tales cualidades, que el pintor, convencido y corrido, le prometió corregir su obra; y refiere la leyenda que, al día siguiente, empezó a cumplir su promesa y que aún se ve—no diré en qué iglesia de Italia—el cuadro en cuestión, con un diablo de tan sombría y enigmática hermosura, que eclipsa a su vencedor arcángel, a pesar de toda la luz que el pintor puso en éste y de toda la sombra que rodea al gran vencido.

■

Viene esto a cuento de unas páginas que acabo de leer y que formarán parte de un libro que, tra-

ducido del inglés, habrá de publicarse en París dentro de dos o tres meses.

Este libro, de la escritora americana Elsa Burker, se intitulará *Las cartas del muerto viviente*, y se compondrá de una correspondencia nutridísima que por medio de la escritura automática, según pretende la señora Burker, escribía Mr. X, un yanqui muerto hace poco.

He aquí cómo refiere el suceso la autora:

«Una noche del año pasado, durante mi permanencia en París, me sentí fuertemente incitada a coger un lápiz y a escribir, sin tener, no obstante, idea ninguna de lo que iba a escribir. Cediendo al impulso, mi mano era dirigida por una fuerza extraña y transmitía un mensaje notable, firmado X, en una forma que le era personal.

El texto del mensaje era claro, pero la firma me desorientaba.

Al día siguiente mostré a una amiga lo que había sido escrito de aquella manera, preguntándole si sabía quién era X.

—¡Cómol—dijo ella—. Pues no sabe usted que ése es el nombre habitual dado a Mr. X...

Yo no lo sabía.

Ahora bien, Mr. X... se encontraba a 6.000 millas de París y, como nosotros lo suponíamos, aún entre los vivos. Pero, uno o dos días después, una carta de América me anunciaba que Mister X había muerto en el Oeste de Estados Unidos algunos días antes de que yo hubiese recibido en París el mensaje automático de que hablo.

Hasta donde mi certidumbre puede llegar, yo

era la primera persona que sabía la muerte acaecida y pasé inmediatamente a casa de mi amiga, para anunciarle que X había cesado de vivir.

Me pareció que ella no se sorprendía en absoluto y me dijo que había tenido la certidumbre del suceso algunos días antes, cuando le mostré la carta X, aun cuando no había querido decírmelo.

Yo estaba, naturalmente, impresionada por incidente tan extraño.»

■

El señor X siguió escribiendo cartas por ministerio de Mrs. Burker, y el conjunto de estas epístolas de ultratumba formará el libro.

Pero no se trata precisamente del caso en cuestión, y a lo que yo quiero referirme con especialidad en estas notas es a una entrevista que el difunto Mr. X tuvo... con el diablo en persona y que relata con todos sus puntos y comas por medio de la mano solícita de Elsa Burker.

Mr. X, que ya había encontrado en sus peregrinaciones de muerto a «Aquella Alma Torturada», la encontró de nuevo a la sazón que erraba entre las líneas alemanas.

La silueta del diablo era majestuosa (menos malo). Su cabeza estaba velada.

Mr. X... le saludó sin esperar a que el diablo le saludara, y empezó el diálogo del cual voy a traducir algunos fragmentos:

—¿Progresá vuestro trabajo?—preguntó Mister X...

—Mi trabajo va así así—respondió el diablo—. ¿Y vos, qué habéis hecho?

—Acabo de escribir una carta a la gente de este planeta.

—¿Habéis escrito acerca de la paz?—preguntó riendo.

—No, esta vez no: he descrito una de mis recientes conversaciones con una grande alma en pena (se refiere a una carta anterior sobre el diablo).

—Sí, ya lo sé.

—¿Lo sabíais? Entonces ¿escuchabais?...

—Sí, a través de mi teléfono de larga distancia.

—Qué brillante invención la del teléfono—observó Mr. X...—. ¿La inspiró usted acaso?

—No, yo no. Trabajé en contra de ella.

—¿Por qué?

—No conviene que el hombre sepa demasiado.»

Como ustedes saben, M. Anatole France, que tiene del diablo mejor concepto que Mister X, pretende que allá en los albores de la humanidad, Satanás sugirió al hombre ciertas invenciones preciosas. Al verle tan inerme y desvalido en la tierra ingrata, tuvo piedad de él.

En cambio el diablo de Mr. X, como los tiranuelos más o menos avisados, no quiere que el hombre sepa demasiadas cosas (el que vuelto serpiente prometió a nuestra simpática madre Eva la ciencia del bien y del mal).

No se conduciría más *retrogradamente* un déspota ruso, una Catalina II por ejemplo, que aconsejaba a su hijo Pablo: «El pueblo no debe tener una opinión diferente de la de su Gobierno.

No dejes, pues, entrar más luz que la estrictamente necesaria. Una instrucción demasiado extendida será tan perjudicial para tu pueblo como para ti mismo; porque una civilización anticipada sería tan contraria al interés del pueblo como al del Poder, según tan perfectamente lo ha demostrado el filósofo de Ginebra, contemporáneo de mi siglo, en una excelente obra en la cual prueba con gran fuerza de lógica que el progreso y la instrucción son nocivos al pueblo.»

¿Habrá inspirado, pues, el diablo a Rousseau, a Catalina II, a la Inquisición, a Fernando VII y a los carlistas?

Me atrevo a asegurar que ésta es una calumnia: la primera calumnia contra el diablo.

Pero vamos a la segunda.

Según Mr. X, al diablo no le gusta que el hombre sepa demasiado, y por eso se opuso a la invención del teléfono (que San Miguel debió patrocinar); pero con una falta de lógica poco demoniaca, suscitó en cambio, para enredar el mundo y pasarlo a sangre y fuego, a un gran filósofo, a Nietzsche, inspirándole sus libros.

Pretendía de esta manera el diablo enloquecer al pueblo alemán para lanzarlo contra Europa.

Oigamos el diálogo:

—Sí—afirmó el diablo—, yo inspiré a Nietzsche.

—¡Qué bien habéis trabajado!—exclamó Mr. X.

—He hecho mi trabajo de la mejor manera posible.

.....
—¿Y cómo penetrasteis en Nietzsche?

—Ya por un camino, ya por otro. El solo al hombre cerró su puerta; pero ya lo veis, yo soy también un superhombre.

—Sí, soy yo quien inspiró a Nietzsche cuando predicaba él a los alemanes su doctrina del superhombre, porque para ser ellos capaces de elegir el mal, debían saber que estaban en la plenitud de su fuerza.

—¿Y qué provecho vais a sacar de todo eso? Por toda respuesta el diablo preguntó a Mister X: —¿Habéis jugado alguna vez al ajedrez? —Frecuentemente, en mis vidas anteriores—respondió Mr. X.

—¿Os ha interesado ese juego?

—Mucho.

—¿Jugabais por dinero?

—No.

—Entonces ¿qué era lo que os interesaba?

—¡Tomal, el juego sencillamente.

—Pues yo también gozo con el juego. Juego para ganar, si es posible, y si no gano, tengo siempre el placer de jugar.

De donde se deduce, amigos míos, que el diablo inspiró a Nietzsche para que el gran filósofo enloqueciese al pueblo alemán a fin de que el pueblo alemán se lanzase contra Europa.

¿Y con qué objeto hizo esto el diablo?

Un católico respondería:

—Para perder la mayor cantidad de almas posible.

O:

—Para castigar con permiso de Dios (naturalmente) los pecados del mundo; pues ya sabemos que para ello acontecen las mayores catástrofes...

Pero Mr. X no se anda por las ramas y atribuye al diablo un elegante aburrimiento, un tedio aristócrata, generador de la guerra.

El diablo desencadenó sobre el mundo todas las plagas sin objeto ninguno, simplemente porque aquello le divertía...

¿No opináis conmigo que esto es calumniar al diablo?

Baudelaire, en sus Letanías de Satán, es parcial en favor de éste: afirma que es el más sabio y más bello de los ángeles; que cura las angustias del hombre; que hasta a los leprosos y los parias enseña, con el amor, el gusto del paraíso; que es el padre de la esperanza, engendrada por él en la muerte; que esconde los precipicios al sonámbulo errante y mágicamente ablanda los viejos huesos del borracho trasnochador a quien atropellan los coches; que nos enseñó a mezclar el azufre y el salitre, o como si dijéramos, sugirió la invención de la pólvora, etc., etc., etc.

Anatole France, por su parte, más ponderado, atribuye simplemente a Satanás ciertos favores hechos a los hombres primitivos en sus luchas contra la naturaleza, según hemos dicho.

Mr. X, en cambio, a pesar de estar ya muerto, se permite una parcialidad muy poco de ultratumba para con Satanás.

Supongamos que el impulso maravilloso de caridad, de heroísmo, de sacrificio, que se ha poseionado de tantas almas merced a la guerra, refínase y afinase el barro humano.

Supongamos que los inventos merced a la guerra nacidos, redimieren más tarde a buena parte de las clases trabajadoras. Supongamos que el gran conflicto resolviese de plano enormes problemas sociales y con su soplo revolucionario vivificase al mundo, y ya tenemos ahí al diablo, a todo un señor diablo, burlado, porque no le divertiría mucho tanto bien.

¿Sonreís?

Tenéis razón: íbamos poniéndonos serios y aquí no cabe más que la sonrisa.

La guerra perturba de tal suerte las imaginaciones, que hasta el Satanás de la Edad Media resucita. ¿Y quién lo revive? Un yanqui de la «Gran República».

Las guerras no necesitan ni de Nietzsche ni de diablos que los inspiren para producirse. El mundo jamás ha vivido en paz, y todas las luchas han sido desastrosas.

Las calamidades de ésta hállanse subordinadas a la grandeza de lo edificado y a la multiplicación de la especie; pero tan mortíferas como los proyectiles de ahora eran, en proporción a los ejércitos antiguos, las flechas de los griegos, «que nublaban el cielo».

Ningún hombre del planeta ha vivido sesenta años sin ver y sufrir, directamente o de rechazo, los horrores de una guerra, y cuando se piensa en que

si somos civilizados; si los egipcios aprendieron de los asirios, medos y persas, y los griegos de los egipcios, y los romanos de los griegos, y Europa entera de los romanos, lo que sabemos fué merced a las guerras y a las conquistas; debemos ver con otros ojos ese misterioso y terrible procedimiento de evolución que se llama la lucha armada.

El propio Cristo nos dijo que él venía a traer la guerra al mundo... y vaya si la trajo. Dijo también que sólo los violentos anhelaban el Reino de los Cielos...

Nuestra propia vida orgánica es una guerra incesante.

La fagocitosis no tiene poetas épicos para cantarla; pero son muchos miles de millones de células las que mueren diariamente para que nosotros vivamos...

Cada instante de nuestra existencia es una victoria mayor que la del Marne o la de Verdún, y el Universo entero nace a cada momento de los choques y las conflagraciones.

Militia est vita hominis super terram (Job. VII-1).

Santo Tomás definió a Dios como un *acto puro*, y el Fausto de Goethe escribió corrigiendo el versículo de San Juan: «Al principio era la Acción.» ¿Y qué es la Acción sin el choque perpetuo entre, sobre y contra las posibilidades del Universo?

No calumniemos, pues, al diablo ni a Nietzsche y tengamos fe en la majestad de las catástrofes definitivas.



EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE CERVANTES

SE celebrará el tercer Centenario de la muerte de Cervantes entre el estruendo de cañones, ayes de muerte y nauseabundo olor de gases que asfixian?

El que fué «rigor de las desdichas», ¿tendrá también la de que nadie pueda solemnizar en paz sus glorias, que son las de la raza más pujante que hayan visto los siglos; las de la raza que, según Nietzsche, «quiso ser demasiado»?

Tal como van las cosas, no es de esperar que el mundo «culto» tenga la ecuanimidad suficiente para acordarse de una de las mayores golosinas espirituales que un hombre haya ofrecido a la humanidad ahora que se borran a cañonazos todas las huellas que la cultura iba dejando en el planeta.

Y en este desastrado caso, el centenario de Cervantes se celebrará en familia, lo celebrarán España y algunas de las naciones hispanoamericanas, quizás no todas, ya que la de más antiguo abolengo, la «Nueva España» de entonces, es de temer que

para 1916 ande aún presa en las fatales e inextricables redes de esa guerra civil que no acaba nunca y que amenaza con hacer del país más rico del mundo el más desolado y trágico de los Saharas.

... Y a Méjico fué, por cierto, el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* en substanciosas remesas; desde el año de 1605 logró allá un favor y un aplauso considerables. En los meses de junio y julio de aquel año, según documentos consultados por el ilustre cervantista D. Francisco Rodríguez Marín, «se comenzaron a cargar las naves que habían de componer la flota de la Nueva España, y en la cual iba por general Alonso de Chaves Galindo. En los registros que de esta flota se conservan figuran multitud de cajas de libros, y entre las listas de ellos no menos de doscientos sesenta y dos ejemplares del *Quijote* (registros de ida de naos, 18,4, 68,18 y 18,4 69,19). Sólo en dos de las cajas que en 13 de julio registró Andrés de Hervás en la nao *Espiritu Santo* para entregar en el puerto de San Juan de Ulúa (Veracruz) a Clemente de Valdés, vecino de México (fol. 144), se contenían, respectivamente, setenta y seis y ochenta y cuatro «libros del Ingenioso hidalgo Don quixote de la Mancha a doze Rs.»

«Pero los trescientos cuarenta y seis ejemplares del *Quijote* que hallé registrados en 1605 — sigue diciendo el Sr. Rodríguez Marín —, no son, ni con mucho, todos los que se llevaron allá en el dicho año, porque es de advertir que la colección de los registros de ida de naos, correspondientes a aquel tiempo, está muy incompleta, tanto, que de flotas

en que fueron treinta y más naves, apenas si quedan los registros de ocho o diez. Para calcular el número de ejemplares del *Quijote* que se enviaron a las Indias en 1605, no me parece, pues, exagerado multiplicar por cuatro el número de los que se averigua que allá fueron, y hecho así, adquiérese el convencimiento de que antes de terminar el año en que salió a la luz la mejor y más donosa de las novelas del mundo, y muy a los comienzos del siguiente, había en las tierras americanas cerca de mil quinientos ejemplares de ella.»

Entonces, y todavía dos siglos y medio después, se leía el *Quijote*. Hoy ya no lo lee nadie... ni los cervantistas; y para que no se crea que esta poco grata afirmación es mía, referiré una anécdota que me contó el mismo Rodríguez Marín, testigo de mayor excepción y cervantista eminente... que «sí lee el *Quijote*».

Había en Sevilla, donde él pasó buena parte de su vida, un grupo de cervantófilos que se reunía noche a noche, y al cual no se le caía de los labios el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*.

Cierto día, sin embargo, a Rodríguez Marín, no sé por qué sospechas, se le ocurrió que ninguno de aquellos furibundos quijotistas había leído el *Quijote*... y para comprobar su atrevido pensamiento escogió uno de los más desenfadados episodios del gran libro: aquel cuento que Don Quijote cuenta a Sancho a propósito de los reparos que éste

hace a Dulcinea, la Aldonza Lorenzo del pueblo, por ser «moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar, que la tuviere por señora».

«Has de saber—dice Don Quijote—que una viuda hermosa, moza, libre y rica y, sobre todo, desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tono: alcanzólo a saber su mayor, y un día dijo a la buena viuda, por vía de fraternal reprensión: «Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: «Este quiero, aqueste no quiero.» Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: «Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles.»

Naturalmente, Rodríguez Marín contó la donosura sin decir el autor, y todos los cervantistas oyeron el donaire y lo rieron a mandíbula batiente... ¡sin percatarse ninguno de que aquello estaba en el *Quijote*!

Por lo que yo, con el debido respeto a tantos y tantos eruditos cervantistas que andan por allí, pondría que para solemnizar mejor el Centenario de la muerte del más peregrino autor que hayan

visto los siglos, todos los que sabemos leer en España y las Américas, leyésemos... o releyésemos, si a ustedes les parece mejor (pues no quiero herir susceptibilidades), la nunca bien alabada historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Rodríguez Marín, menos pesimista que yo en lo que toca al olvido en que se tiene tan sabroso libro, se lamenta, sin embargo, de que sean tan pocos los que lo conozcan y aplaudan, cuando dice: «... a pesar de su exquisitez y excelencia, el *Quijote* en nuestro tiempo no tiene tantos lectores como se dice, y así escribí en otro lugar: «¿Quién lee ahora la *Galatea*? ¿Quién el *Persiles y Segismunda*? Y son de Cervantes... El mismo *Ingenioso hidalgo*, con ser lo que es, se lee poquísimos en España. En muchas casas de hombres letrados o que por tales se estiman, no tienen esta obra admirable, y no ahí cualquiera, sino un inspector provincial de primera enseñanza (maestro de maestros, como quien dice), resistíase ahora ha dos años a que para el ejercicio de ciertas oposiciones a escuelas se dictara un párrafo del *Quijote*, «porque esa obra—decía—está anticuada». Y en otra ocasión, aludiendo al soneto que tenía Cervantes «por honra principal de sus escritos», estampé estas frases: «No es el *Quijote* a buen seguro la obra más conocida entre las que debemos al incomparable ingenio complutense. Si todos cuantos afirman haber leído el *Quijote* lo hubiesen leído en realidad, yo no me atrevería a asentar esta afirmación... pero es la verdad que se miente más que se lee.»

«Cuando un autor se vuelve clásico consagrado, cuando entra con pie firme en la inmortalidad, ya nadie se ocupa de leerlo... Todo el mundo sabe que escribió tal o cual libro «imperecedero», y como el tal libro es imperecedero, se le deja en los estantes de las bibliotecas dormir el tedioso sueño de la eternidad...

Si acaso, en las crestomatías, se reproduce tal o cual página, o bien los eruditos lo citan a porrillo, sin leerlo, naturalmente, limitándose a hojear los capítulos con mano rápida y ojo experto.

Y, sin embargo, aseguro a mis lectores que si leyesen (releyesen) el *Quijote* se divertirían la mar. Yo cojo frecuentemente cualquiera de los tomos, lo abro al azar y recorro uno o dos capítulos, gozando indeciblemente con su lectura. Cada página está—ya lo sabemos—salpicada de las más sabrosas agudezas, y no es raro que sonría yo a solas largo rato de las mil truhanerías y de los desahogos y desenfadados de ciertos personajes, así como de los desplantes filosóficos—¡tan humanos!—que allí abundan.

La otra mañana, por ejemplo, cogí el tomo IV de una edición viejísima por cierto (de 1757, «Tarragona. En la imprenta de Joseph Barber»), y me releí con verdadero deleite el capítulo XXXVI, «Donde se cuenta la estrecha, y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la Condesa Trifaldi, con una Carta, que Sancho Panza escribió a su muger Teresa Panza», carta que, como saben los que la han leído, es una maravilla, y que empieza: «Si buenos azotes me daban, bien cava-

llero me iba; si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta.» Y me leí asimismo, y con el propio encanto, los capítulos XXXVII y XXXVIII, donde se prosigue la historia de la Dueña Dolorida, y donde hay, sobre los poetas, esta intensa página, que recomiendo a mis oyentes... «En resolución, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé qué gages, y brincos que me dió; pero lo que más me hizo postrar, y dar conmigo en el suelo, fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja, que caía a una callejuela donde él estaba, que, si mal no me acuerdo, decían

De la dulce mi enemiga
nace un mal que al alma hiere,
y por más tormento quiere
que se sienta y no se diga.

Parecióme la copla de perlas y su voz de almíbar, y después acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caí, por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas Repúblicas se habían de desterrar los buenos poetas, como aconsejaba Platón, a lo menos los lascivos, porque escriben más coplas, no como las del marqués de Mantua, que entretienen, y hacen llorar a los niños y las mujeres, sino unas agudezas a modo de blandas espinas nos atraviesan el alma, y como rayos nos hieren en ella, dexando sano el vestido; y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,
por que el placer de morir
no me torne a dar la vida.

Y de este jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan y escritos suspenden; pues que cuando se humillan a componer un género de verso, que en Candaya se usaba entonces, a quien ellos llamaban seguidillas: allí era el brincar de las almas, el retozo de la risa, desasosiego de los cuerpos y, finalmente, el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores míos, que los tales trovadores con justo título los debían desterrar a las islas de los lagartos; pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen; y si yo fuera la buena dueña que debía, no me habían de mover sus trasnochados conceptos, ni había de creer ser verdad aquel decir: «Vivo muriendo, ardo en hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome», con otros imposibles de esta ralea de que están sus escritos llenos. ¿Pues qué, quando prometen el Fénix de Arabia, la Corona de Ariadna, los Cavallos del Sol, del Sur las perlas, del Tibar el oro y de Pancaya el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan más la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir.»

Poco antes de leer lo anterior, hojeando el primer tomo de la edición del tantas veces citado Rodríguez Marín, releía en voz alta aquellas palabras estupendamente bellas y elegantes que Ambrosio dice ante el cadáver de Grisóstomo, muerto de amor por la pastora Marcela:

«Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es

el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza y, finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Hizo bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó a una fiera, importunó a un marmol, corrió tras el viento, dió voces a la soledad, sirvió a la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojos de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, a la cual dió fin una pastora a quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo a la tierra.»

(Edición de clásicos castellanos hecha por *La Lectura*.)

No hay página del *Quijote* que no esté, como éstas, llena de sabor, de estilo, de soltura, de sabiduría, de embeleso. La edición popular que se piensa hacer del libro español por excelencia, si de veras es popular, si se logra hábilmente que circule por todo el mundo de habla castellana, derramará el oro puro de su gallardía por la vastedad del solar hereditario y purificará acaso muchos estilos ambiguos y aclarará con limpideces de agua pura de la cueva de Montesinos, mucho conceptuosismo turbio, manido, hueco y cursilón.

Leamos el *Quijote*, sí..., pero que empiecen por leerlo detenidamente los «cervantistas», los eruditos, los comentadores, tantos de esos caballeros que no han logrado, a pesar de tal «continua» lectura, dar agilidad a su estilo, elegancia a su sintaxis, amenidad a sus narraciones, soltura a sus diálogos.



¿Cómo se celebrará el centenario en España? Hay ya ultimados varios proyectos, desde luego el muy socorrido de los concursos: concurso de dibujo, concurso de pintura, concurso para un monumento, concurso para una medalla conmemorativa.

El más humano, el más bello de los propósitos es, sin embargo, a no dudarlo, el del señor López Muñoz, que insinúa la fundación de un Instituto Cervantes, destinado a amparar a los escritores desvalidos de España e Hispano-América. La cordialidad española extendería, por tanto, hasta nosotros los hispanoamericanos el beneficio de esta institución.

Así en España ni en las dilatadas porciones de América en que se habla el castellano, hay, que yo sepa, fundación ninguna de tal género en beneficio de los pobres escritores, cuya condición en este sentido y en otros muchos particulares, es inferior a la de cualquier obrero.

Fuera de unas cuantas repúblicas nuestras, especialmente de la República Argentina, donde una

admirable Prensa, al frente de la cual figura *La Nación*, retribuye dignamente a los literatos y hombres de ciencia, en nuestros países la profesión de las letras reporta tan poco, que acabará por constituir un verdadero lujo de ricos, o un afán de jóvenes heroicos, resueltos a todas las abnegaciones a cambio de la voluptuosidad espiritual de concebir versos o escribir novelas. (Hay países de lengua castellana en que la literatura es casi una de las formas de la mendicidad.)

Cierto que la literatura dramática es más opulenta y suele enriquecer a quienes la cultivan con éxito en España; pero justamente porque da, los que están dentro del recinto feliz han levantado muros de acero y cemento, obras de defensa tales, que todos los morteros de 42 no podrían destruirlas. Se trata de un feudo inexpugnable. Y conste que yo no he escrito ningún drama, comedia o cosa que se le parezca, ni pienso escribirlas, por lo que mis conceptos deben considerarse del todo desinteresados. Son, pues, muy pocos, relativamente, los españoles que logran un padrino, el indispensable padrino que en nuestros países se requiere para tener talento y hacer que en un teatro se lea siquiera la obra de un desconocido.

No es raro, por tanto, que quien en lucha desahogada no consiguió sino vivir apenas de su pluma durante la juventud, llegada la vejez se encuentre en el mayor desamparo.

¡Y qué manera más delicada de honrar la memoria del inmenso y desvalido autor del *Quijote*, «regocijo de las musas»...y tristeza de sí mismo, que

amparar en su nombre a tantos y tantos de estos escritores que lo han menester!

□

Tiempo es de todas suertes de activar los diversos proyectos del tercer centenario.

La fecha se acerca a grandes pasos.

El día 23 de abril de 1916 hará trescientos años justos que se extinguió aquel autor maravilloso, «más versado en desdichas que en versos» (como se dice él mismo).

Puede afirmarse que murió escribiendo... y agradeciendo, él que tan poco tenía que agradecer...

Ya muy enfermo, pero antes de encamarse, trazó con mano firme su última carta, que fué la dirigida al poderoso y espléndido arzobispo de Toledo, D. Bernardo II de Sandoval y Rojas, su protector postrero. Esta carta, que, como todos saben, preside las sesiones de la Real Academia Española de la Lengua, dice así:

«Ha pocos días, muy ilustre señor, que recibí la carta de vuestra señoría ilustrísima y con ella nuevas mercedes.

»Si del mal que me aqueja pudiera haber remedio, fuera lo bastante para tenerle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra ilustre persona; pero al fin tanto arrecia, que creo acabará conmigo, aun cuando no con mi agradecimiento; Dios le conserve ejecutor de tan santas obras, para que goce del fruto dellas allá en su santa gloria, como se la desea su humilde criado, que sus magníficas manos besa. En Madrid, a 26

de marzo de 1616 años. Muy ilustre señor: *Miguel de Cervantes Saavedra.*»

«El día 2 de abril de 1616—nos cuenta Jorge Tignor—entró en la orden de frailes franciscanos, cuyo hábito había tomado tres años antes en Alcalá; mas no le desampararon en aquellos terribles instantes ni sus sentimientos de escritor, ni su vivacidad ni su agradecimiento hacia las personas que le habían favorecido.»

La ceremonia de la profesión se verificó en la misma vieja y obscura habitación del casi septuagenario poeta, «quien ni siquiera pudo levantarse de la cama el día 2 de abril de 1616».

En un rato de relativo alivio escribió en su lecho la dedicatoria del *Persiles* (otro acto de agradecimiento) al conde de Lemos; dedicatoria que empieza así: «Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: «Puesto ya el pie en el estribo», quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

«Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo.»

»Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir...» Y concluye de esta suerte: «Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos, que yo me voy muriendo y

deseando veros presto contentos en la otra vida.»

Los cuatro postreros días de su existencia hasta el 23 de abril en que murió debieron ser angustiosísimos—nos dice Navarro Ledesma en su *Ingenioso Hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra*—. «La disnea y el estertor propios de los enfermos cardíacos oprimían aquel anciano pecho. La sed del agua, ¡terrible congojal, se trocaba en sed de aire, que los pulmones anhelosos consumían, y en sed de sangre, la cual corría furiosa, desbocada por las venas, marcando ciento veinte, ciento cuarenta, ciento sesenta pulsaciones por minuto, sin que la fiebre se presentase; los nervios vasomotores se agitaban convulsos, en tensión insoportable. Tras esto vino un estado comático, algo como un sopor silencioso, cortado solamente por el trabajoso ruido pulmonar, semejante al roce de una escoba sobre los ladrillos. Miguel cerró los ojos: no veía, no entendía ya las cosas exteriores; pero aún lo suyo interior, su alma, luchaba, quería balbucir algo, esa última palabra que nos queda por decir cuando nos despedimos de alguien y que era quizá la única justa y conveniente.

»El pobre moribundo estaba sentado en el lecho apoyado el busto en cuatro o cinco almohadas y cabezales. Su ancha frente, que fué siempre un espejo para la luz, se amortecía, se trocaba mate. Su aguileña nariz pálida se encorbaba prensil, buscando la boca; los marciales bigotes caían desmayados en la suprema dejación de toda lucha. Un último estremecimiento, un «pneuma» o soplo misterioso que salía por la boca y narices, una inclinación

suave, lenta, de la cabeza sobre el pecho, fueron las postrimeras señales. El ingenioso hidalgo estaba muerto.»

Le debemos a Cervantes, entre tantas cosas admirables, un concepto nuevo de la risa. Quizá le debamos la sonrisa: la sonrisa matizada, moderna, la sonrisa noble, discreta, acaso un poco melancólica; la sonrisa, supremo privilegio humano, tan propia de las almas grandes y serenas. Leyendo y releiendo el *Quijote* se aprende a sonreír... Y vaya si necesitamos este resplandor fugitivo del alma, que tan apaciblemente se refleja sobre la fisonomía, ahora que la borrasca nos sacude con sus alas trágicas, ahora que el timonel misterioso que guía la nave del planeta parece, con un resuelto impulso, llevarla hacia nuevos rumbos y desconocidos y formidables destinos.



LA MUERTE DE LA GALANTERÍA

EL tranvía número 6, uno de los más simpáticos de la villa y corte (no porque sea el que deja diariamente en su domicilio a este servidor de ustedes, sino porque tiene coches llamados «simpáticos» por el público, merced a su disposición moderna, y une, además, dos sitios deliciosos de Madrid (el Retiro y el Parque del Oeste); el tranvía número 6, digo, describía una vasta curva en la gran plaza de Castelar para entrar en la calle de Alcalá, cuando una viejecita hizo señal al conductor de que se detuviese en la parada que hay a la izquierda de la Cibeles.

Era una anciana bajita, regordeta, de aspecto simpático. Subió — sin mucha pena — a la plataforma posterior, en la cual me encontraba yo entregado a la ardua tarea de conservar mi equilibrio a cada brusco desplazamiento de mi centro de gravedad, y miró con cierto afán al interior del coche, completo.

Los pasajeros, hombres en su mayoría, o no la

vieron o no quisieron levantarse, menos uno, cenecño, de bigote y pera canosos, de ojos vivaces y muy expresivos, el cual, en cuanto la miró, púsose en pie y, con una reverencia señorial, le ofreció su asiento.

La viejecita, con una sonrisa de tímida aquiescencia, fué a ocupar el sitio que se le brindaba, y el señor aquel, con no disimulada ufanía en el rostro enjuto y cervantesco, salió a la plataforma.

Nuestras miradas se cruzaron, y él debió leer en la mía un leve signo de aprobación, porque encarándose conmigo y con voz solemne que resonó con cierta marcialidad de proclama (¿no sería aquel señor un coronel?) o cierta solemnidad de apotegma (¿no sería aquel señor un catedrático?), exclamó perentoria y sentenciosamente:

—¡La galantería española ha muerto!

Yo no sé por qué peregrina asociación de ideas me acordé de aquel curioso capítulo de Mallarmé en que se afirma que «La pénultième est morte...» y no contesté.

Además, no estaba de acuerdo con la afirmación y no era cosa de entablar un pleito sobre punto tan arduo.

Me limité, por tanto, a seguir sonriendo con una sonrisa ambigua.

Después de cierta pausa, el hombre cenecño volvió a decir, con una convicción, si cabe, mayor aún que en la vez primera:

—¡Sí, la galantería española ha muerto!

Como nadie en la plataforma recogía su afirmación, el señor del rostro cervantesco calló; pero al

llegar el tranvía a la Puerta del Sol, queriendo poner un clavo de oro a su gentileza, esperó al pie del estribo a la viejecita, cuyos olvidadizos setenta años ya no recordaban la amabilidad del caballero; le ofreció la mano, que ella aceptó entre agradada y sorprendida, y no contento con esto, enarcó su brazo derecho, donde ella apoyó, temblona, su siniestra, y la llevó así hasta la acera inmediata, que es, por cierto, la ya famosa en que un infame asesino mató villanamente al insigne D. José Canalejas.

Entretanto, no sé qué pasajero exclamaba con tono zumbón:

—¡Van como dos palomos!...

¶

Yo proseguí mi trayecto pensativo.

¿Era cierto que hubiese muerto la galantería española, como «La pénultième» de Mallarmé?

¡No, de ninguna manera!

¡Cuántas veces he visto a hombres de todas las categorías levantarse de su asiento para ceder su sitio a las señoras que suben al tranvía... sobre todo si son bonitas!

Hay, es verdad, otros pasajeros que se distraen, que miran con inusitada atención un punto fijo a su derecha o a su izquierda, «tácticamente», para no darse por enterados de que a un paso de ellos va una señora de pie; pero, en primer lugar, la excepción confirma la regla, y en segundo, muchos hombres, por el reuma y otros alifafes, se hallan

imposibilitados para ejercer la cortesía, y con vergüenza de solicitarla para ellos, son aún más dignos de lástima que esas señoras muy gordas que se abochornan en las plataformas cuando el tranvía va completo.

No, la galantería no ha muerto, y los hispano-americanos seremos sus últimos abencerrajes.

En las grandes Metrópolis, cuando un hombre en un autobús cede el sitio a una señora que va en la plataforma, acusa «a gritos» su nacionalidad.

Recuerdo a este propósito que una tarde, hace muchos años, iba yo cómodamente sentado en un ómnibus de la línea Gare du Nord-Pont de l'Alma, cuando en los Campos Elíseos acertó a subir una señora.

Yo, como movido por un resorte — perdonando ustedes la vulgaridad de este símil tan traído y llevado—, me puse en pie y ofrecí a la viajera mi asiento con el más galante de los ademanes de mi repertorio.

(No se os ocurra tributarme ningún elogio por este simpático acto: aquella señora era joven, muy guapa, y me premió con una sonrisa, a través de la cual vi perlas más bellas que todas las de los escaparates de la rue de la Paix.)

Al salir a la plataforma, satisfecho de mi acción, dí de manos a boca con mi querido amigo, y entonces compañero de tantas cosas, el ilustre Manuel Ugarte, quien después del ¡hola! natural, me dijo:

—Ya me imaginaba yo, cuando vi entrar a esa

señora a ocupar un asiento cedido, que iba un hispanoamericano en el ómnibus: sólo nosotros hacemos eso...

Pero, ¿y por qué no lo hacen los demás?

La respuesta es muy fácil. La vida moderna no ofrece ya margen para tales complacencias. La gente va muy de prisa, a su negocio, ensimismada por el espejismo de la ganancia, con un problema en cada celdilla del cerebro.

Apenas si quedan capitales, como Madrid, en que los habitantes paseen por las calles viendo todos los escaparates con esa expresión divertida y tan agradable, sobre todo después que uno ha sufrido durante mucho tiempo los empellones de Nueva York, de Chicago o de Londres.

En París cada día se «flaneaba» menos antes de la guerra. El tráfico iba siendo formidable, y sin duda alguna, había más peligro en ir de la esquina del bulevar Haussmann a la de las Galerías Lafayette a las cuatro o cinco de la tarde, que en permanecer en una trinchera de los frentes durante un ataque de artillería...

¿Qué va a hacer la galantería en metrópolis así?

Se me objetará que siempre hay tiempo para ser cortés, o, como dijo Emerson: *Life is not so short but that there is always time for courtesy*; pero los atareados norteamericanos de la Broadway y quienes los imitan, no lo entienden así.

Por otra parte, ¿no tienen las mujeres la culpa

de que los hombres las rindan cada vez menos homenajes, a causa de su persistente y fatal empeño en volverse hombres ellas mismas?

Cada día pierden un privilegio más, de esos que el sexo llamado fuerte se sentía constreñido a otorgarles, como a seres delicados y menesterosos de la ayuda, y la pierden con fruición, proclamando, no sólo que son iguales a los hombres, sino que les son superiores, en lo cual acaso tengan razón en suma, pues los biólogos modernos afirman que el sexo femenino es el «verdadero sexo fuerte...» y, pásmate, Fabio, que los hombres somos el «sexo bello...», de acuerdo en esto con tantos artistas que pretenden ser, estéticamente considerado, superior el hombre a la mujer, y aun en la estatuaria, superior el Apolo de Belvedere a la Venus de Milo... (en lo cual yo no opinaré, limitándome simplemente a hacer notar que hay por allí todavía muchas Venus—de Milo o no—, pero que los Apolos, a pesar de la boga de los deportes, escasean lamentablemente).

A la mujer la naturaleza habíala hecho guardiana de la vida, pilar de la raza, Ariadna del instinto.

Sabía más y podía más, sin saber nada, que su pobre ideólogo compañero.

El «Eclesiástico» nos asegura que ella nos llevaría adonde quisiese con sólo un cabello de su cabeza; y el buen rey narigudo Francisco I nos daba su palabra de que *Ce que femme veult, Bien le veult!*

Tenía ella, para obtenerlo todo, el corazón, en donde radican las fuerzas más eficaces; pues como dijo Longfellow,

*It is the heart and not the brain
That to the highest doth attain.*

... Pero la mujer, descontenta de esta graciosa soberanía, de este maravilloso feudo, ha querido... ¿sabéis lo que ha querido?

Pues ha querido tener ideas, muchas ideas, y las muchas ideas son las madres de la abulia, cuando no tienen por andamio un carácter verdaderamente privilegiado.

El que piensa mucho no puede querer nada definitivo, no sabe optar con resolución por nada, porque en su cerebro el pro y el contra se equilibran y balancean.

Es capaz acaso de amar infinitamente, pero amará infinitas cosas, como en los versos de Campoamor.

El hombre que piensa mucho se estará en una esquina sin saber si tomará a la izquierda o a la derecha; vacilará horriblemente entre dos manjares de un menú; se angustiará para determinar si debe ir a Niza o a Egipto en el invierno y a Biarritz o a Trouville en el verano, etc.

El animal más resuelto es el toro, porque no tiene ideas.

Es asno de Buridán, que tenía ideas (*asinus sapiens...*) se murió, en cambio, de hambre entre dos haces de cebada.

Los hombres más perseverantes del mundo no

han sido siempre los más pensadores, sin incidir en la acaso exagerada opinión de mi eminente amigo Manuel Machado, quien dice:

Yo no sé más que de tontos
que tuvieran voluntad...

Para seguir una idea con encarnizamiento se necesita que tape y obstruya todas las otras; que llene todo el cerebro. De otra suerte cada idea solicitará al pensador con atractivos especiales, como muchas novias bellas, asomadas a sendas ventanas, volverían loco a un estudiante donjuanesco.

Y las mujeres no sabían tener más que dos o tres ideas en la vida; de ahí la formidable, la estu-
penda eficiencia de su voluntad.

... Pero un demonio sutil les ha sugerido que se instruyan, que cambien su celeste no saber por «ese otro género de ignorancia que se llama el conocimiento», como dijo Byron (*Knowledge is not happiness and science,—but an exchange of ignorance for that—which is another kind of ignorance...*)

El propio demonio sutil les ha insinuado que recaben privilegios, que peroren en los mítines...

Ellas lo han oído—y libreme Dios a mi, hombre «evolutivo» y «progresista», de criticarlas—. Han hecho bien en pretenderlo y lo van logrando, y en esto como en todo superarán a los hombres... Pero al dejar de ser mujeres, al trocar la voluntad por las ideas, perderán fatalmente su soberanía.

El rey absoluto que había en ellas abdicará convirtiéndose en un parlamento...

Su espíritu platónicamente se dejará arrullar por las sirenas verbales, por la música vana de los vocablos... y la abulia entrará en él, sutil y calladamente.

Entonces los hombres, vencidos, relegados a segundo término, veremos—quizá con hondo placer—la desbandada de nuestras ideas...

Allá se irán, a la vaguedad azul... como un enjambre de oro, a acendrar en las celdillas femeninas la miel de la poesía o el agridulce de los sistemas filosóficos... Y en la cabeza vacía del sexo femenino entrará potente, altiva, tenaz, abroquelada, enhiesta, nuestra señora la voluntad.

La galantería se invertirá en aquel punto.

Las mujeres se unirán en una nueva y gentil «tabla redonda», presidida por una reina Artús.

Ginebra la rubia protegerá a Amadís, y andando los siglos, una mujer morena, enjuta y genial, escribirá un libro en el cual, jinete en Rocinante, cierta hidalga e ingeniosa amazona vaya por los caminos amparando viudos, desfaciendo entuertos, reparando agravios.

La galantería, vestida de faldas, habrá renacido.

¡Oh, deliciosas amigas mías, aun es tiempo de deteneros en ese plano inclinado que os lleva al abismo!

Leed en buena hora (qué menos hemos de anhelar los poetas que para vosotras escribimos). Sed instruidas... ¡pero no mucho!

No perdáis el hilo de vuestro instinto primordial.

No dilapidéis el frasco divino en que Arcano puso la esencia de la vida.

No dejéis volatilizarse el perfume de vuestro celeste secreto.

Dejad al hombre esa apariencia de soberanía que lo contenta.

Que él reine, pero no gobierne, como hasta aquí, y que vuelva de esta suerte a abrirse en los jardines del mundo la prestigiosa flor de la galantería: terciopelo de la garra que se cree fuerte, guante de la mano que se cree firme, delicada mentira que complace al varón, vuestro siervo milenario, cuya cadena queréis imprudentemente romper...

1915



NUESTRO IDIOMA

PELIGRA por ventura nuestro idioma en el mundo?
(Sin querer he hecho un alejandrino; la costumbre... ¡Perdón!)

Hay escritores que piensan que sí, tanto aprende el infrascripto—propone que se funde, a semejanza de la liga santa que existe en París y que, si mal no recuerdo, se llama «Les amis de la Langue Française», una semejante en España, «Los amigos del idioma», o algo por el estilo, y aun desearía, con razón, que el Estado tomase cartas en el asunto, como se hizo en Méjico, bajo la presidencia del general D. Porfirio Díaz, prohibiéndose la ostentación de letreros en griego (1), si no llevaban su correspondiente traducción castellana.

¿No es acaso la lengua patria uno de los más sagrados bienes de la nación? ¿más sagrado acaso que la tierra misma, porque es un bien espiritual?

(1) Así en la impresión que sirve de original. Pero pudiera ser que Nervo haya escrito: «gringo». *N. del E.*

Por su parte *El Liberal*, en un fondo brioso, nos contaba la otra mañana, con alarma no menor que la del maestro Cavia, que en la Cámara de delegados de Puerto Rico, uno de ellos, Huyke, presentó un proyecto de ley para erigir en obligatoria la enseñanza primaria en habla yanqui.

Este proyecto fué ocasionado, es verdad, por la proposición de ley «de un joven y excelso político», José de Diego, presidente de la dicha Cámara de delegados, proposición que se intitulaba «La instrucción pública en castellano y la enseñanza del inglés y otros idiomas».

«El debate en torno de estos proyectos—dice el diario aludido—se hizo popular; apasionó al público de tal modo, que siendo la Cámara demasiado mezquina para tanta expectación, hubo de trasladarse a local más amplio.

»Las discusiones tuvieron por escena el amplísimo teatro Municipal de San Juan. Gente moza, con un bellissimo sentimiento del más romántico amor al habla de sus mayores, entró en liza. Los estudiantes portorriqueños se lanzaron en masa a luchar heroicamente por el proyecto de ley José de Diego.

»En las escuelas, en los institutos, en las aulas universitarias se repartieron pliegos con objeto de recoger firmas para un mensaje nacional, que había de ser dirigido a las Cámaras en demanda de la aprobación del proyecto José de Diego.

»Uno de los más fervorosos paladines de esta causa era el alumno de la alta escuela central llamado Francisco Grovas. Peregrinaba de clase en

clase y de escuela en escuela, pidiendo adhesiones, solicitando votos para el mensaje.

»Una profesora, fanática admiradora de los Estados Unidos, quiso coartar el derecho de Grovas e impedirle que continuase su tarea. El estudiante, cortés, pero digno, no se dejó atropellar. El director de la escuela acordó, sin oírlo, suspenderlo indefinidamente en su matrícula.

»De aquí surgió un movimiento nacional, cada día más profundo y más fuerte. Se llegó a la huelga estudiantil, sin que el gobernador de la isla, Arturo Yager, lograra contener el ímpetu creciente de aquella corriente españolísima.

»Tales límites alcanzó la protesta, que a la voz de los estudiantes se unió la más autorizada de sus padres. Una anomalía semejante, producida por la estudiadamente inflexible actitud de los elementos oficiales y la digna tenacidad de los padres de los estudiantes, y de los estudiantes mismos, no podía perdurar.

»Nació entonces la Escuela superior José de Diego, llamada «Escuela del honor portorriqueño», donde la única lengua es la española y donde el culto al habla de los mayores es dogma de la nueva institución docente.»

Justamente el día en que aparecieron estos párrafos que copio, y como para compensar la impresión pesimista que causan las pretensiones filológico-imperialistas de los anglosajones, todos los

grandes diarios de Madrid reproducían el siguiente breve «pero expresivo» suelto:

«*The Times* ha publicado estos días una serie de cartas, en las que se pide al Gobierno que sustituya en las escuelas o institutos la enseñanza de la lengua alemana por la del idioma español, por considerar a este último como de más importancia comercial» (1).

Veinte naciones esencialmente importadoras de artículos europeos hablan español, y los prácticos ingleses no harían sino imitar, aprendiéndolo, a los más prácticos alemanes, que de tiempo atrás estudian a conciencia nuestro idioma y que nos vendían, antes de la guerra, cuanto Dios crió.

Por lo demás, en muchas ciudades de Inglaterra hay ya Cátedras de español, y en Liverpool, por ejemplo, la Universidad retribuye la suya con 500 libras esterlinas.

Así, pues, si en Puerto Rico un yanqui imperialista pretende—inútilmente, como se ve por el bello

(1) Posteriormente a este suelto del *Times*, dice el *Daily Mail*:

«En vista de que todo el comercio con América del Sur con la sola excepción del Brasil, se ha de hacer por medio de correspondencia en español, este idioma tiene grandísima importancia, sobre todo porque después de la guerra habrá lucha desesperada entre Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania, para apoderarse de este negocio.

»Esto lo tienen también en cuenta los alemanes internados en el *Alexandra Palace*, en Londres, que están estudiando con gran afán la lengua de Cervantes, que es una de las más fáciles y debería incluirse en el plan de enseñanza de todas las escuelas inglesas.»

movimiento de reacción que provocó—imponer el inglés, un gran diario, de los primeros del mundo, propone, en cambio, que en Inglaterra se aprenda el español.

Pero, más aún: se equivocaría quien pensase, por el rasgo del delegado Huyke, que en la República norteamericana se haya jurado guerra a muerte a nuestra lengua. Muy al contrario, hay innumerables gentes que la estudian a conciencia, muchos centros en que se aprende oficialmente y bastantes hispanófilos que, como Huntington, el presidente de la Sociedad Hispánica de Nueva York, editan a su costa libros raros de nuestra historia y contribuyen a la perpetuación y lustre de nuestros monumentos culturales.

El castellano y las cosas de Hispano-América gozan de mucho favor en moda en algunas ciudades.

«Para nosotros—me decía no ha mucho tiempo Mr. Rowe, director de la Universidad de Filadelfia, hombre cultísimo—, ustedes tienen muchísimo más interés que Europa; Europa ya no nos interesa ni puede enseñarnos gran cosa.»

En la bella, en la dulce California, donde Méjico, es decir, España, dejó una imborrable huella, no sólo canta la raza en los ojos aterciopelados y profundos de aquellas mujeres complicadas y ardientes, de laberíntica psicología sentimental, que viven en San Francisco, en Los Angeles, en Sacramento; sino que se conservan como oro en paño los vestigios arquitectónicos de la época colonial, cuando la Nueva España edificaba sus simpáticas «misiones».

En Tejas, en Nuevo Méjico, en Arizona, en la Alta California, porción toda ella tan vasta casi como el Méjico actual, y que nos fué arrebatada cuando, según una célebre frase, se consumó la rapiña más grande de la historia, se cultiva el *mission style* con mucho amor. Los más bellos hoteles son *mission style*, o muestran por todas partes motivos y reminiscencias de él. *Mission style* son los mobiliarios más generalizados; y no sólo en los cien nombres de las poblaciones que atraviesan los magníficos trenes se ve la simpática y conmovedora estela del idioma, sino que éste canta también en muchas gargantas de mujer (y cantará con el tiempo en muchas más, porque en la actualidad hay en los Estados Unidos miles y miles de españoles, y «por cada mil madres españolas» se registran anualmente, por término medio, 123 nacimientos).

No; no se odia el castellano en la República anglosajona, cuando menos entre las clases aristocráticas e ilustradas, ni significa tanto peligro como se cree el jingoísmo de un delegado americano en San Juan de Puerto Rico... Además de que los idiomas no los crean ni los destruyen los secretos, y todas las asambleas legislativas del mundo son impotentes contra un pueblo que quiere conservar y perpetuar su lengua vernácula.

Hace más de un siglo que cayó Polonia—hoy crucificada de nuevo, ¡y cuán cruentamente!—y todos los polacos hablan aún su idioma y hay una bella y potente literatura «nacional».

Yo he oído en el Ateneo de Madrid a Bela Lu-

tosuska, la interesante hija de mi querida amiga Sofía Casanova (a quien los horrores de la guerra acaban de arrojar de su hermoso señorío de Orozdowo), contar con unción mística y con ojos iluminados por el más fulgurante amor patrio, lo que han hecho los polacos para conservar su lengua, a pesar de todos los pesares.

Los dominadores de Polonia—Prusia especialmente, porque Austria ha sido más humana—han perseguido todas las manifestaciones de cultura polaca y, como es natural, el desarrollo y florecimiento del idioma de los vencidos, con un encarnizamiento y una obstinación netamente tudescos. Han impuesto, *cela va sans dire*, el alemán como lengua oficial; han prohibido la circulación de libros polacos; han llegado hasta hacer imposible en la práctica, merced a astutos distingos legislativos, la posesión de tierra suya a los propietarios de Polonia... Pero no han podido vencer la santa obstinación de las madres, que en sus regazos enseñan a sus hijos a rezar en su idioma; no han podido evitar la liberalidad maravillosa con que todos los polacos contribuyen a un presupuesto de instrucción pública, voluntario, substancioso, discreto, y que se emplea en escuelas, libros, propaganda, etc.

¡No, no muere una lengua tan aína!, y a la inquieta pregunta de nuestro gran Rubén: «¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?», puede una optimista esperanza contestar, negativamente, como el propio poeta se contesta.

Pero, objetan los alarmistas, en Hispano-América, nuestra lengua, bajo la oleada de la emigración europea y del poliglótismo consiguiente, está en peligro de corromperse y desaparecer.

De este temor nos tranquilizaba ya hace algunos años el docto y sonriente don Juan Valera, quien en carta dirigida a don Daniel Granada, en 20 de marzo de 1889, decía lo que sigue, refiriéndose a la República Argentina, que, por ser la más floreciente de las veinte naciones hispano-americanas, y la que más colonos absorbe, parecía destinada a piedra de toque de la substancia de nuestro idioma:

«Me parece que a usted le sucede lo mismo que a mí en lo tocante a pronosticar sobre el porvenir de la lengua castellana en esas regiones—decía don Juan—; no vemos sino allá, dentro de muchos siglos, la posibilidad de que se olvide o se pierda por ahí dicha lengua, y salgan ustedes hablando italiano, francés o algún idioma nuevo, mezcla de todos».

.....

«En los quince años que van desde 1855 a 1870, ha entrado en la República Argentina 1.000.000 de emigrantes. Bien podemos, pues, calcular, no haciendo más que duplicar el número en los años que quedan de siglo, que al empezar el siglo xx habrá en la República Argentina 5.000.000 más de población no criolla, o venida de fuera, y principalmente de Italia.

»Yo entiendo, con todo, que en el pueblo argentino hay fuerza informante para poner el sello de su propia nacionalidad a esta invasión pacífica y

provechosa, y que en 1900, lo mismo que en 1889, habrá allí una nación de carácter español y de lengua castellana.

»Todo conduce a presumir que si no sobrevienen imprevistas perturbaciones, la principal Confederación del Río de la Plata será en el siglo xx una potencia tan fuerte y rica como lo es ahora la República norteamericana, de origen británico. Las huellas de este origen no se han borrado de entre los americanos. Natural es que no se borren tampoco entre los argentinos y uruguayos las huellas de su origen español.

»La lengua es el signo característico que tardará más en perderse. La lengua, además, no es lazo que une entre sí a los argentinos, sino vínculo superior que no puede menos de estrechar y ligar en fraternal concierto a dicha república con muchas otras, todas, digámoslo así, oriundas de España y que se extienden por las tres Américas, desde más allá de la Sierra Verde y del Río Bravo del Norte hasta la Tierra del Fuego.

»Las cuestiones de gramática y de diccionario, de unión de Academias de la Lengua, de literatura española e hispano-americana, de versos y novelas, escritos y publicados en español en ese Nuevo Mundo, no son meramente literarias, críticas o filológicas: tienen mucho más alcance, aunque uno no se lo quiera dar. (D. Juan Valera: *Vocabulario Rioplatense*).»

Mas un problema relativamente secundario— porque no afecta a la subsistencia del idioma en sí — impónese a nuestra consideración: ¿Podrá conservarse el castellano «en toda su pureza» en el inmenso continente en que hoy impera? (entendido que «en toda su pureza» suele significar para los filólogos hermetismo e inmutabilidad).

Seguramente que no, y sólo el más empedernido soñador de sueños puede esperar en esta portentosa inmovilidad de lago dormido.

Los idiomas, ya se sabe, son organismos de vida intensa. Sus moléculas son las palabras. Estas moléculas, como en todos los organismos, deben renovarse; mueren, son eliminadas y substituidas por otras. Sin tal renovación constante, el organismo se corrompe.

Los filólogos, los hablistas, allá para su coletto, desearían, aunque no se atreven a decirlo, un castellano del siglo xvi, majestuosamente invariable... es decir, majestuosamente muerto. En lo profundo de su espíritu hallan que quien no hace versos parecidos a los de San Juan de la Cruz, Fray Luis de León o Santa Teresa, y prosa como la del *Quijote*, no merece comer pan a manteles... ¡ni lo demás! Nuestro idioma, según ellos, alcanzó el sùmmum de su grandeza y de su expresión en el Ingenioso hidalgo. Después de Cervantes, «naide... y después de naide...», Pereda!

El castellano, con esta manera de entender las cosas, resulta algo así como la espada del héroe carlomanesco:

Nadie la mueva
que estar no pueda con Roldán a pruebal

Si el intento de esos señores tan ortodoxos triunfara, alrededor del *Quijote*, veríamos a nuestra hermosa lengua congelarse como una elegante y glacial arquitectura del polo...

Quien en castellano se expresase y expresar quisiese conceptos nuevos, en virtud de los mil hallazgos científicos de la especie, iría antes a inquirir del Areópago de los cuarenta ancianos qué nombres habría de dar a esos hallazgos. El consejo supremo deliberaría, con esa sapientísima lentitud con que hacen las cosas todas las asambleas docentes, y meses, quizás años después, sabríamos la palabra sagrada que habría que añadir al caudal sereno, impasible, estantío de la lengua.

Cierto que algunas veces las opiniones de los inmortales no se acordarían, para la decisión requerida y vocablo justo, como nos hemos quedado ignorando si los rosales que se plantaron en el Retiro deben llamarse Rosaleda, Rosalar, Rosalera... ¡o Rosario!

Felizmente, esos rosales siguen encantándonos con su hermosura y acariciándonos con su perfume, aun cuando ni nosotros ni ellos mismos sepamos su nombre...

El castaño no sabe que se llama castaño; mas al aproximarse la madurez del año, nos da su noble fruto de perfume otoñal; y Cánope no sabe que Cánope se llama; pero su orbe coloso nos envía su llama y es de los universos el eje sideral

Felizmente, este estancamiento no es posible. Así como el castellano de Cervantes no es el de Santa Teresa, ni el de Santa Teresa es el de Hurtado de Mendoza, ni el de Hurtado de Mendoza es el de Alemán, ni el de Alemán es el de Rojas; así nuestro castellano no puede ser el de Cervantes; irá siendo el de cada uno de los maestros que acierten a darle nueva expresión que responda a la sutil vida nueva de las almas, a la moderna inquietud de las mentes. El idioma ha de seguir por fuerza evolucionando en España y en América, conforme a leyes, a causas, a correlaciones que nadie puede normar en absoluto. Es imposible que las ciencias, las artes, los negocios, la complicada actividad moderna, dejen de tomar de donde puedan, en un momento determinado, las palabras que necesiten... y sería mucho pedirles que las castellanzasen conforme a todas las reglas, cuando los propios señores académicos no han podido hacerlo y no sabemos siquiera cuál es el vocablo puro con que deben designarse los «aeroplanos», a pesar de toda la tinta que sobre el asunto se ha vertido.

Es evidente que un cambio mayor de ideas entre los países de habla castellana, la redacción de un gran diccionario hispanoamericano en que se contuviesen todas las voces usadas en España y América, como quería el distinguido profesor don Francisco Pleguezuelo, y otros arbitrios más o menos prácticos harían que el idioma evolucionase armónicamente en los veintidós pueblos que lo hablan, y quizá el centenario de Cervantes sea el momento

oportuno para que los grandes escritores de la metrópoli y del Nuevo Continente opinen, deliberen, lleguen a un acuerdo... Pero aun cuando esto no fuese posible, aun cuando en nuestros diversos países la evolución se diferenciase, yo no creo que la esencia misma del castellano se corrompa y que lleguemos a hablar idiomas tan diferentes como las lenguas romances que nacieron del latín.

Habrà tal vez más o menos formas y locuciones regionales. Pero los grandes poetas, los grandes literatos, tendrán siempre a gala verter su pensamiento con la austera, con la noble elegancia del habla inmortal que han enaltecido tantos y tantos ingenios peregrinos.

Y hubo época, por cierto no muy lejana, en que a los escritores hispanoamericanos precisamente—y con qué pasión—, nos acusó tal o cual crítico peninsular de pervertir, de adulterar, de desnaturalizar el idioma.

La agilidad maravillosa que algunos maestros, como Gutiérrez Nájera, Asunción Silva, Darío, Lugones, acertaran a dar a la macicez sonora y solemne de la vieja habla, se calificó, sin apelación, de galiparla.

Mas ahora se ha venido a caer en la cuenta de que América ha sido parte importante en el lustre dado a la común joya hereditaria del idioma. Se ha recordado que no sólo en lo antiguo grandes nombres como los de Alarcón, Sigüenza y Góngora,

sor Juana Inés de la Cruz, y antaño una Avellaneda, un Heredia, un Gorostiza, un Montalvo, etc., han merecido colocarse al lado de los más ilustres de España, sino que en América se han fijado muchos puntos dudosos del idioma y han legislado sobre él un Bello, un Cuervo, un Rafael Angel de la Peña, o, en menor escala, un Eduardo Villegas.

A Darío ya nadie le regatea ahora el nombre de maestro. Se conviene en que Lugones conoce su lengua y la maneja con suma elegancia, y se afirma (lo decía *España* en su número del 14 de octubre) que José Enrique Rodó «es el maestro del habla castellana, cuyos secretos todos posee».

Cristóbal de Castro, en el *Heraldo de Madrid* del 16 del propio mes actual, se queja de que no se haya convocado a los poetas hispanoamericanos para el himno al autor del *Quijote*, y se pregunta ¿es que los poetas americanos no escriben en la lengua de Cervantes?

Pasó, pues, la época del exclusivismo; el *jus suum cuique tribuere* se abre camino, y se reconoce que el castellano es tan nuestro como del abuelo y que acaso en nuestras manos—en nuestra lengua, mejor dicho—no resulta tan maltrecho como se creía.

De quienes más bien se quejan ahora en España es de los de casa. El ilustre maestro Cavia, ya citado, hablando de las últimas exhortaciones hechas por los diarios en pro del idioma, dice: «Están muy bien, sí, señor, están muy bien esas patrióticas exhortaciones; pero es el caso que mientras se excita a la defensa de nuestra habla en América, en

España misma se deja total y vergonzosamente indefensa la lengua de Cervantes.

»¿Con qué razón ni con qué derecho vamos a defender fuera de casa lo que dentro de ella tenemos en el más necio y ruin abandono? ¿Con qué fueros ni con qué humos vamos a reclamar la supremacía de nuestra habla, proclamando la sin par fermosura de esta Dulcinea, si aquí la dejamos miserablemente convertida, no ya en una zafia lugareña, sino en algo mucho peor, en una exótica y grotesca jerigonza, remedo infame del *gringo* mal sabido?

»Más que el Tostado y Pico de la Mirándola escribieron *de omni re scibili*, lleva escrito el que abajo firma acerca de la defensa del lenguaje; y no en vaga y vana declamación, sino indicando medios prácticos y eficaces para que el público, la prensa de buen sentido y las mismas autoridades, como hizo en Méjico don Porfirio Díaz, remedien la corrupción del habla y contengan el tristísimo acabamiento de que está amenazada en el propio solar español.

»Inúmeras adhesiones, verbales y por el correo, ha merecido esta modesta pero tenaz campaña. En la prensa de provincias también logra favorable representación. En la de Madrid—lo diré clarito, sacrificando el amor propio en aras de la verdad—, se presta a estos urgentes alegatos la misma atención que al soliloquio de un monomaniaco. Indiferencia más culpable que enojosa, porque lo que no consigue un escritor de tan escasa autoridad como el infrascripto, lo conseguirán seguramente

otras plumas más persuasivas, más luminosas, más autorizadas. ¡Y aunque no lo fuesen! Conocido es el apólogo de las cañahejas. Una sola es harto endeble y quebradiza. Un haz de ellas, bien apretado, es de fuerza inquebrantable.»

Yo uno, maestro Cavia, en *La Nación*, que es gran tribuna, la cañaheja mía al haz de que usted habla, a fin de sumarle esa mínima resistencia, y estoy seguro de que no habrá escritor hispanoamericano que no aporte la suya.

Ojalá que de este Centenario de Cervantes salga una cosa práctica, una liga espiritual en favor del maravilloso patrimonio común de la lengua más noble que se haya hablado en el mundo... Pero vayamos a esa liga, a esa convención, con el espíritu muy abierto, con el criterio muy ancho, huyendo del exceso de celo (...*et surtout pas trop de zèle!*), del que Talleyrand recomendaba a los diplomáticos se abstuviesen; porque es peor que la más perezosa incuria, y hace odiosos los más bellos propósitos.

Hablemos castellano, sí; pero un castellano del siglo xx y no del siglo xvi.

Más vitanda y odiosa que la galiparla, es quizá la pedantería erudita y pedagógica, tan lejana de esa diáfana y serena sencillez, sin la cual no puede haber ni dignidad ni elegancia de estilo.

1915.



LA VERDAD

DE vez en cuando, en Francia surge una voz enérgica: la de Clemenceau, la de Hervé, que clama: «No se nos dice la verdad. Se tiene engañado al país, al pueblo. Los alemanes están muy lejos de la extenuación y de la ruina...» Y en Alemania, otra voz, no menos resuelta, la de Maximiliano Harden, por ejemplo, afirma: «Los franceses creen que van a vencer; están muy lejos de la desmoralización. Habrá que luchar aún... La guerra será larga, por más que se nos diga otra cosa. Se nos oculta la verdad...»

¡La verdad.. la verdad!, se queda pensando el lector de estas cosas. ¿Cuál es, pues, la verdad? ¿Dónde está la verdad? ¿Quién sabe la verdad?

Como la verdad, a lo que parece, o, para decirlo mejor, las verdades, no son más que la concordan-
cia momentánea de nuestro espíritu y el mundo, como están sobre todo en nuestro entendimiento y no fuera de él, podría suceder en esto de la guerra una cosa curiosísima: ¿no se os ha ocurrido a vosotros? A mí se me ha ocurrido ya varias veces;

podría suceder, pásmense ustedes, que «todos ganaran». Esto, que a primera vista parece raro, no tiene en suma nada de contradictorio. No habiendo un desastre total y decisivo por ninguno de los grupos de potencias en todos sus frentes, ellos podrían creer sinceramente (para eso está la Prensa) que habían ganado y quedarse tan tranquilos...

Imaginemos que en los primeros días del año de 1916, Alemania resuelve no atacar más, limitándose a defenderse en sus diversos atrinchamientos.

¿Quién ha ganado la guerra?

Inglaterra dirá: «Tengo el dominio de los mares. En los grandes puertos alemanes crece la hierba. Alemania no posee ya ni un centímetro cuadrado de colonias. Hemos ganado.»

Francia dirá: «Aun cuando es cierto que los alemanes ocupan siete departamentos franceses, nosotros ocupamos buena parte de Alsacia. Tenemos, además, con Inglaterra, el dominio de los mares. Por otra parte, los «boches» no pueden avanzar un metro más en el frente occidental. La invasión está contenida. Un día, no lejano, cuando el «desgaste» produzca sus totales efectos, se irán por donde vinieron. La ofensiva de la Champaña prueba hasta la evidencia que se les puede desalojar, mediante una sabia preparación de artillería. Tenemos efectivos superiores a los suyos, y si no hemos desalojado de todas sus posiciones al enemigo, es porque no queremos sacrificar vidas. Nuestro comercio con el mundo es activísimo. Hemos vencido.»

Alemania dirá: «Luchamos en territorio enemigo.

En ningún frente los aliados ocupan territorio nuestro. Poseemos Bélgica, poseemos Polonia, poseemos Servia. Hemos vencido.»

Y lo particular y peregrino es que todos tendrán razón.

Cuando un individuo cree que una cosa es cierta, ¿qué duda cabe de que es cierta para él? Esto, Pero Grullo y monsieur de la Palice lo sabían ya.

Pues si para un individuo su verdad es la verdad, para un pueblo entero ¿no ha de serlo?

Cincuenta, cien millones de gentes creen que han ganado una guerra, ¿y no han de haberla ganado? ¡Imposible!

Claro que ninguno de ellos la ganó «tal como hubiera querido». Pero de sobra sabemos que en este mundo nada acontece ni ha acontecido jamás como lo deseamos.

Ni nuestra salud, ni la mujer que amamos, ni la fortuna de que disponemos, ni el nombre que conquistamos, ni las consideraciones sociales que logramos obtener, son tales «como hubiésemos querido»; pero «son», y esto es lo esencial. La consecución de un fin tiene infinitos grados y matices.

Así, pues, todos los beligerantes habrán ganado la guerra. ¿Y qué sucedrá después?

Sucedará otra cosa, mejor dicho, otra serie de cosas muy naturales: Los pueblos victoriosos (que, lo repito, serán todos los que han tomado parte en la lucha) se harán mutuas concesiones.

Alemania dirá a Inglaterra:

—Si permites que mis buques mercantes vuelvan a cruzar en libertad los mares, te devolveré o de-

volveré a los belgas la parte francesa de su territorio.

A Francia le dirá:

—Si me cedes tal o cual extensión de tus colonias, me retiraré inmediatamente de tus siete departamentos ocupados, y así no sacrificarás en tu ofensiva hombres valiosísimos que van a hacerte falta para tu desarrollo inmediato.

Italia y Austria, Rusia y Alemania, propondránse mutuas concesiones análogas, que irán estudiándose y aprobándose lentamente, en meses, quizá en años, y esta gran guerra que se preparó ocho lustros, que duró por lo menos dos años, se irá acabando poco a poco, con tratados parciales...

Como ninguno de los grandes grupos fué aplastado, quedará a salvo el amor propio de todos, que es lo interesante.

Cada nación tendrá su martirologio y conmemorará sus glorias. Durante los primeros años, en estas conmemoraciones se hablará lo peor posible del enemigo. Después, como hasta los rencores se mellan con el tiempo, el lenguaje irá siendo menos y menos violento. Se intercalarán elogios a los antiguos contendientes, y un día serán posibles nuevos sistemas de alianzas, acaso absolutamente inesperados y peregrinos.

En Francia se dice cómicamente una frase de sencilla y admirable filosofía: «*On ne peut pas vivre avec les morts...*»

Los muertos, por su parte, están muy bien, muy requetebién donde están y no tienen necesidad ni

deseo de que les venga nadie. ¡Para qué! Ellos se han dado ya el supremo abrazo.

Yo no sé si esto que candorosamente voy a decir, herirá los sentimientos de algunos beligerantes, lo cual sentiría en el alma; pero los muertos ni tienen ya bandera ni se preocupan un comino de las patrias.

Habrá quien sonría de lo ingenuo de mi afirmación; pero hace mal en sonreír. Los países se disputan sus muertos con más encarnizamiento que sus vivos. A lo que parece, si nacer en un país nos da la nacionalidad natural, no basta morir para perderla. Todo se disgrega en la tumba... menos la nacionalidad. Hay muertos ingleses, franceses, alemanes, como hay santos de estas diversas patrias y es imposible que pierdan su carácter.

En el cielo o donde estén, los grupos de diversas nacionalidades se notarán a primera vista...

Qué más: hasta los idiomas subsistirán, porque como pensamos con palabras y no podemos concebir ni con la más sutil filosofía un pensamiento que de las palabras pueda emanciparse, claro es que del otro lado del Misterio, o ya no pensamos o tendremos que pensar en nuestra lengua vernácula: en francés, en inglés, en español. ¡Ay! y como, según dijo Voltaire, la palabra sirve para disfrazar el pensamiento (¡qué pensamiento será éste si él mismo está ya hecho de palabras!), resulta que así como no podemos entendernos en este mundo, no nos entenderemos en el otro... a menos de aceptar mi cándida teoría de que los muertos no tienen na-

cionalidad... (ni piensan, son espectadores de la perenne luz...).

Comprendo que a los patriotas exaltados, que en estos momentos de lucha tan cruel sienten implacables odios contra el enemigo, les indigna la sola idea de que Santa Isabel de Hungría y Santa Margarita, reina de Escocia, por ejemplo, puedan darse la mano. Pero se la darían, amigos míos, se la darían, os lo aseguro... si la tuviesen. La muerte les restó este apéndice, pero en cambio las ha unido más íntimamente que todo lo concebible, en el seno de lo absoluto. Sus almas se anegan en el propio divino espectáculo inefable de la visión beatífica, y si tuviesen ojos, os aseguro que aun abriéndolos cuan grandes fuesen, todavía los hallarían pequeños para mirar otra cosa que la que ven. Para esta visión serían todos ojos y no les quedaría tiempo para volverlos a la tierra y ver los trapos de colores que enarbolan los hombres locos y tontos.

¿Pero y la verdad?

¿Cómo va a quedar la verdad, cuando todos ganan?

Como está quedando ahora. Como ha quedado siempre. Los hombres nunca han luchado por una verdad: han luchado por su verdad. De tal modo, que cada soldado en las trincheras lucha por algo distinto que su compañero, el que está a medio metro o a un metro de distancia.

Cada soldado piensa en el triunfo de su verdad,

de su ideal, de su deseo. La verdad tiene tantos millones de cabezas como soldados pelean. Cuando acabe la guerra, cada uno de los sobrevivientes habrá logrado el triunfo de su verdad y de su ideal, aunque de un modo relativo condicionado por las circunstancias. Los únicos que habrán triunfado en absoluto son los muertos...

Los hombres creen—y éste sí que es error—que la guerra se hace por y para los ricos... ¡y la guerra se hace por y para los muertos!

En lo material, la guerra se hace tal vez, como decía el pensador, porque hay tierras que carecen de fosfatos...

El mundo, que es un organismo viviente que respira, que se nutre, necesita fosfatos... La humanidad entonces se lanza a la guerra. Pero en lo moral, en lo espiritual, la guerra se hace por y para los muertos. Defendemos legados, ideas, opiniones que nos dejaron los muertos. Queremos ampliar dominios espirituales que falsamente creemos pertenecen a los muertos. Soñamos en imponer una cultura que no es más que la obra de los muertos. Y así de lo demás. Y hasta imaginamos que los muertos nos conducen a la victoria... (Hay soldados ingleses que pretenden haber visto a San Jorge en la batalla de Ipres, ayudándoles.)

El día en que nos resolvamos a dar su verdadero lugar a nuestros muertos, o en que caigamos en la cuenta de que los muertos y los vivientes somos una misma cosa, y de que la tradición y la historia empiezan y acaban en nosotros mismos, ya no habrá guerra, ni nacionalidades, y las banderas mul-

ticolores servirán sólo para adornos en las ferias.

Pero mientras atribuyamos a nuestros muertos (como hemos hecho con nuestros dioses) deseos de represalia y de conquista, seremos presa de conflagraciones periódicas y el mundo no podrá evolucionar en un solo sentido y con un solo y poderoso empuje hacia el ideal.

Si supiésemos la realidad de la muerte, modificaríamos bellamente, noblemente, la realidad de la vida.

Los muertos no son algo exterior a nosotros mismos, como lo son los vivos. Al morir pasan a ser algo «interior».

Luchar por ellos es un contrasentido. Morir por ellos... ¡es matarlos de nuevo!

Cuando la paz se haga «después de que todos hayan ganado» (fenómeno único en el mundo, reservado a esta «gran guerra»), cuando los espíritus se serenén—y se han de serenar más pronto de lo que se cree—, la lógica de los hombres comprenderá que los muertos, los millones de muertos, son indistintamente alemanes, franceses, ingleses, rusos... y lo son todo eso a la vez. Más aún, comprenderá que los muertos son una común heredad espiritual.

Entonces se habrá conquistado una nueva y fructífera verdad, que ya no será relativa como las otras de que hablábamos, que será la verdad por excelencia, la verdad «absoluta» de la guerra, la verdad «de todos»...

Si esta verdad, como es de esperar, se conquista, nueve o diez millones de hombres (tantos como

murieron para establecer el cristianismo) «no habrán muerto en vano»...

Será esta verdad la de la «ciudad espiritual del mundo», en el que las razas no resultan más que modalidades, apariencias, sin entidad ni importancia ninguna.

La necedad de los hombres hasta hoy no ha querido comprender que hacer mal al débil es hacerse uno mal a sí mismo. Alemania conquistando y arrasando a Bélgica y a Servia se ha dañado más a sí propia que si todos los ejércitos aliados hubiesen entrado triunfadores por Unter der Linden, porque ha mancillado y adulterado su organismo potente con el germen fatal de dos injusticias, y la injusticia es planta maldita que jamás deja de dar su fruto. Es la liana trágica que irremediablemente sofoca y seca al árbol frondoso.

¡Ay de los pueblos (como de los individuos) que plantan una injusticia junto a la raíz de su vida! La agonía de los fuertes empieza el día en que se vuelven injustos. Esta agonía — según la índole de la injusticia cometida— dura más o menos. Hay injusticias lentas para fructificar. Pero hay otras (y estas de Bélgica y Servia son de ellas) que desarrollan sus sanciones formidables con una rapidez vertiginosa.

Los dioses no es cierto que están nunca de parte de los poderosos; están de parte de los débiles, o de los que nosotros llamamos débiles.

«Les plus faibles sont les plus forts»—como dice el proloquio francés.

El débil vence muriendo, y cuando lo creemos aniquilado, su fantasma se yergue pavoroso y nos estrangula.

Es infinito el número de capitanes, de caudillos, que han atropellado la justicia, que han sojuzgado el mundo, y todos, absolutamente todos, han sido muertos por aquellos a quienes habían matado...

La historia y la vida diaria patentizan estas cosas, pero el orgullo de los hombres, la vanidad de los llamados fuertes, se han empeñado en no verlas. Ahora, después de la catástrofe, los verá más de relieve, y el mundo asistirá por primera vez, conmovido y tembloroso, a la aparición sublime de la verdad «universal», y acaso al reinado luminoso de la universal justicia.

Asiste ya, desde luego, y de una manera admirable, a un poderoso movimiento de espiritualización.

Se diría que esta espiritualización es el fin inmediato de la guerra, y que ella les importa a las potencias invisibles que rigen el planeta más que la victoria de éste o aquél de los beligerantes.

¿Quién duda que el alma francesa se ha transformado por completo? Es imponente el ímpetu de la nueva fe en todas las almas.

En cuanto a Inglaterra, los que quieran ver en qué medida va espiritualizándose, que lean en *La*

Revue de 15 del actual diciembre un trabajo de Odette Bussard y T. H. B., intitulado: «Le renouveau du spiritualisme en Angleterre».

Un «movimiento irresistible» se desprende de innumerables cartas del frente, «afirma la existencia de lo invisible, proclama los derechos del alma y pide que al lado de las fuerzas materiales formen las fuerzas espirituales». Quiere, en suma, un país nuevo creado por un espíritu nuevo.

En Alemania, aunque más subterráneo, pasa algo análogo.

El mundo marcha hacia un estado espiritual más alto a través de la catástrofe.

Y tal estado de excelencia será acaso la victoria de todos, como la verdad que anunciábamos antes será la verdad de todos.

Un mundo nuevo con una sola alma, cada día más alta, más pura, más austera; en una palabra, «¡más divinal!».

¿No será ésta la flor de la guerra, la flor inmarcesible que crezca sobre el lago rojo del sacrificio?

¡Creémoslo! ¡Esperémoslo!

1915.





EUGENESIA

EN el estado de Wiscousin, en las encantadas riberas del lago Michigán, el espíritu de las gentes tiene ese ímpetu de apostolado que ponen las razas protestantes en todas sus empresas y que se parece tanto al fanatismo.

Entusiasmados con el señuelo de una raza perfecta, los wiscousineses decidieron, por medio de sabias leyes, poner todo género de trabas a los matrimonios que no reunieran las condiciones más apetecibles de belleza, salud e inteligencia.

«Dentro de veinte años—se dijeron—tendremos la mejor raza del mundo. De toda la redondez del planeta vendrán a ver a nuestras mujeres, Venus de Milo en lo físico; «en la discreción», Lucrecias; en el saber, sor Juanas; y a nuestros hombres: Alcibíades en la hermosura, Hércules en la fuerza y Newtons en la sabiduría.»

¿Y sabéis lo que ha sucedido? Pues ha sucedido que, por una parte, con las taxativas y dificultades, los matrimonios disminuyen de un modo alarman-

te (y claro, la población también), y por otra, que los famosos frutos eugenésicos, los hijos habidos en las perfectas condiciones requeridas, por padres «estatuarios» de nariz griega y músculos de acero, salud perfecta y costumbres puras, han resultado inválidos, defectuosos... o idiotas.

Recuerda uno, ante lo imprevisto de tales resultados, la frase de Victor Hugo: «*L'homme sème les causes et Dieu fait mûrir les effets!*»

Los feos, los pobres feos, incasables gracias a la eugenesia, han emigrado de Wiscousin... y no será difícil que en otra parte procreen una raza inteligente y bella.

Y es que en la «receta» hombre hay muchos ingredientes ignorados que la eugenesia no puede tener en cuenta, y que no son solamente belleza, fuerza, salud..., trinidad deseable, pero que, sin otros componentes misteriosos, no produce más que imbéciles, habiéndose producido sin ella, en cambio, algunos de los tipos supremos que son honra de la especie.

Ya a los espartanos se les había ocurrido lo que a los wiscousinos o wiscousineses, aunque en otra forma: no se entretenían ellos en reglamentar matrimonios; pero cierto Consejo de ancianos, muy respetable, dictaminaba sobre las condiciones físicas de todo recién nacido, y si dejaban que desear estas condiciones, el pobre crío era abandonado en las glaciales cumbres del Taigetes...

Con este sistema, Esopo no hubiera vivido, porque era deforme y raquítico; Epicteto, el inmenso, el divino Epicteto, se hubiera helado en la cumbre taigetiana... o no hubiera podido vivir en Wisconsin, porque era, en lo físico, débil y enfermizo, como antiguo esclavo injuriado y maltratado... El mejicano don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, el más puro clásico del teatro antiguo, el verdadero padre de la comedia española, el inspirador de Corneille y de Molière, el excelso autor de la *Verdad sospechosa* y de los *Engaños de un engaño*, no lo hubiera pasado mejor que Esopo y Epicteto, pues tenía dos jorobas y era pequeño y desmedrado, por lo que Lope, Quevedo, Góngora y Molina le llamaron enano, camello, cohombre, esquillón de ermita, galápago, etc., etc., y le preguntaban con sarcasmo:

¿De dónde te corcovienes
y adónde te corcovás?

Pascal, que siempre estuvo enfermo y era asimismo raquítico, tampoco habría vivido, y a Voltaire no le habría dejado la eugenesia publicar sus libros admirables.

Rousseau no habría tenido mejor suerte.

Y no prosigo la lista de grandes hombres ñoños o deformes por no cansar al lector.

Recuerdo aún las recientes conclusiones de uno de los últimos congresos eugenésicos de los Esta-

dos Unidos, celebrado justamente en las márgenes del Michigán, en Bettlecreek. Estas conclusiones son más bien cómicas.

El doctor Kollog, un propagandista formidable, dijo:

«Para producir un hombre perfecto bastan cuatro generaciones, siempre que los principios eugenésicos sean aplicados. Nosotros llevamos registros en los cuales se anota la genealogía (pedigree) de los caballos, de los perros, gatos y carneros. Si una señora tiene la curiosidad de saber a qué escala social pertenece su perrito, no hay más que consultar esos registros para enterarse de si su animal ha nacido o no aristócrata.»

El doctor Waugham, presidente de la Asociación Médica Norteamericana, profetizó que el superhombre de mañana tendrá una fuerza muscular limitada, pero una fuerza nerviosa suprema; y añadió: «Después de todo, el sistema nervioso es el que ha hecho al hombre rey de la creación, porque en punto a fuerza muscular le superan muchos animales.»

... Pero es el caso que los más privilegiados sistemas nerviosos suelen ser los de hombres que los congresos eugenésicos repudiarían, de hombres de apariencia débil, a veces enfermizos, a veces deformes. Estos hombres en Wisconsin no habrían podido nacer... Estos hombres sólo han podido vivir merced a la piedad de sus madres y a la condescendencia social. Después han movido el mundo, han empujado hacia rumbos fulgurantes los destinos de las razas.

Sócrates, con su fealdad repelente, ha acertado a sacudir la conciencia de las generaciones y a vivir en ellas, porque no nació en Wiscousin, de donde los feos han tenido que huir...

He escrito la palabra «piedad» y ella me recuerda las tiradas más o menos elocuentes de tantos filósofos y sociólogos modernos contra esta virtud, que ellos han llamado debilidad, y a la que acusan de innumerables lacras sociales y de la «depauperación fisiológica» de las razas.

«Extirpemos — dice Nietzsche — los desfallecimientos incurables y las morbosidades deprimentes; si el mundo es malo, será peor si nos cortejan los débiles. Sepamos revestirnos de indiferencia para con los dolores del prójimo; ayudemos a que desaparezcan los enfermos, los decadentes que emponzoñan la vida, los míseros individuos que no saben ni pueden fortalecerse ni fortalecernos. La piedad es el mayor obstáculo para el engrandecimiento; la caridad, el primero y más nocivo de los vicios. Blindemos nuestro criterio moral con la voluntad de sufrir y hacer sufrir; tengamos la conciencia de nuestra misión salvadora, de los medios que nos llevarán hacia el radioso porvenir. La compasión es femenina, cristiana, crepuscular, enervante...»

Y al leer lo anterior sonrío uno melancólicamente, pensando que sin esa «piedad», sin esa «compasión» de que abomina el filósofo... Nietzsche,

enfermo, Nietzsche, loco... hubiera sido suprimido, si no por la eugenesia, si por su hermana la euthanasia.

A la piedad fraternal, a la piedad social, a la piedad nacional, tan aborrecida por el gran Federico, le somos deudores de ese gran Federico.

¡Oh ironía absolutamente nietzscheanal!

Pero volviendo a Wiscousin, donde ha fracasado, según decíamos, la eugenesia, no vayáis a creer que los seres enfermos, míseros, idiotas, que burlando todas las precauciones han solido brotar de los matrimonios reglamentados, tengan por causa el olvido de algún detalle en los exámenes médicos previos a que se han sujetado los contrayentes... No, ni por asomos. ¿Sabéis hasta dónde ha llegado este examen médico previo? ¿No? Pues escuchad. La ley eugénica que los diversos congresos han querido poner en vigor en los Estados Unidos, prescribe a todo candidato al matrimonio, sea cual fuere su sexo, que presente un certificado de buena salud, y ha fijado los honorarios del médico que dé tal certificado en tres dólares. Pero el eugenismo pretende que antes de dar el certificado al candidato, éste debe sufrir cuatro pruebas Wasserman, en un período de cuatro meses. A estas pruebas seguirá el experimento Noguchi. Después se le hará una punción en la espina dorsal y se examinará un poquito de la médula espinal que se le saque.

Hecho esto, se le perforará el cráneo para tomar una mínima cantidad de materia cerebral, que se examinará al microscopio.

Tras de estas diversas operaciones, en las que han sido observados todos los reflejos dorsales, examinados todos los huesos del esqueleto, estudiados los ojos y la garganta (exámenes que requieren por lo menos medio año), el candidato eugénico recibe su certificado. Se casa... y nueve meses después viene al mundo un perfecto imbécil.

¡Oh sabiduría humana, tan cómica a veces (cuando no resulta trágica, como en la horda científica que está azotando al planeta!).

Peró no nos burlemos de ella, no; yo creo en la ciencia, yo adoro la ciencia, yo estoy seguro de que la futura religión del mundo será una religión científica y que a Dios mismo le hallarán algún día por medio de la ciencia los que no le hayan encontrado muchísimo antes por medio del amor. Así, pues, estos tanteos, estos ensayos, estas zurderías de la ciencia que busca, me conmueven y me enternecen. Pero ¿por qué para destruir un fanatismo hemos de emplear a menudo otro fanatismo, y por qué en nuestro afán experimental hemos de desdeñar siempre los resortes ocultos de la naturaleza humana?

La eugenesia lúcida, de la cual soy partidario, está muy bien, pero ha olvidado una sola cosa: el instinto de la especie. Lo primero que ha de pro-

curar cuando se trata de casar a alguien, es algo que nunca se les ocurre a los médicos eugénicos, a saber: ¡que este alguien esté enamorado! La naturaleza, que siempre ha sido eugénica, más de lo que se cree, o de lo que creen en Wiscousin, porque le va en ello la existencia, hace que se enamoren los seres que son aptos para procrear una raza que «a ella le conviene».

Recordemos los sagaces y tan conocidos pensamientos de Schopenhauer a este respecto:

«Los matrimonios de amor se hacen en interés de la especie y no del individuo. Es cierto que los amantes se imaginan encontrar su propia ventura, pero el fin real se les esconde por completo, porque radica en la procreación de un individuo que no es posible sino por medio de ellos.

»El resultado final del amor es nada menos que la combinación de la generación futura. Las personas que entrarán en escena cuando nosotros salgamos se encuentran así determinadas en su existencia y en sus cualidades por esta frívola pasión del amor. La alta importancia de esa cuestión, que se refiere a la existencia del género humano, se presenta como la expresión más elevada de la voluntad individual, que se transforma en voluntad de la especie.

»El deseo de amor que los poetas de todas las épocas describen bajo todas las formas, sin agotar jamás el asunto, ese deseo que vincula en la posesión de una mujer determinada la certidumbre de una felicidad inexpresable, y la idea de dolores infinitos en la falta de esta posesión; ese deseo y ese

tormento sin límites, no pueden tener por causa las necesidades de un individuo efímero. Son, al contrario, la aspiración del genio de la especie, que no ve allí sino un incomparable medio de acción. Sólo la especie tiene una vida infinita y sólo ella puede crear deseos, satisfacciones y dolores infinitos.»

Y en otra parte, el viejo y gran filósofo nos habla de la «neutralización» de «debilidades», que por cierto los eugenistas jamás han tenido en cuenta, por la miopía de su intelecto. «Tratamos —dice Schopenhauer— de neutralizar nuestras debilidades y nuestras imperfecciones por medio de las cualidades de otras personas.

»Así, cuanto menos fuerza muscular tiene un hombre, más amará a las mujeres fuertes, y viceversa. Pero como la mujer es siempre la más débil, prefiere a los hombres robustos.

»Los hombres pequeños tienen un gusto pronunciado por las mujeres grandes, y recíprocamente. Las mujeres grandes no aman a los hombres grandes, porque es uno de los instintos de la naturaleza evitar las razas de gigantes, a los cuales las madres no podrían asegurar la duración.

»Cuando una mujer grande escoge un marido grande para quedar bien en el mundo, los descendientes son débiles y raquíticos.

«La naturaleza nos impulsa a buscar un correctivo a nuestras desviaciones, a nuestros defectos, hasta en las más pequeñas partes del cuerpo. Las personas que tienen la nariz corta y ancha miran con admiración a las que la tienen aquilina, de perfil apercicado. Los hombres endebles y largos

prefieren a las mujercitas regordetas y «llenas».

Y ésta es la verdadera eugenesia, la ley de los contrarios, con la que se corrigen en el mundo, naturalmente, todos los entuertos y las desviaciones.

Los eugénicos casarían a la Venus de Milo con el Apolo de Belvedere; ¿y sabéis lo que nacería de esta unión? Un monstruo.

En cuanto a lo que se llama «normalidad», ¿no vemos acaso salir de una pareja normal un ser degenerado?

¿Y qué es la «normalidad», en suma? Lo que se ajusta al cartabón general de la especie, lo que no rebasa la medida ni es inferior a ella. Pero cuando la naturaleza ensaya nuevos tipos, en su perpetua movilidad, en su devenir constante, en su sed de mejoramiento, estos tipos ¿no han de ser por fuerza «anormales»?

Los hombres de excepción, los genios sobre todo, siempre han sido anormales con relación a su época. De aquí la tendencia de cierto cientificismo obtuso a considerarlos degenerados, cuando son en realidad progenerados. De aquí la imbécil perturbación desdeñosa de ciertos semisabios que, incapaces de juzgar la maravilla que tienen delante y de comprenderla, la atribuyen a enfermedad...

¿No se ha dicho acaso últimamente que el genio era sólo una forma del «artritisismo»?

¡Bendito artritisismo! ¡Y quién pudiera tenerlo a voluntad!... Pero no haya miedo; es un estado «morboso» bastante raro...

Cuando la ciencia conozca, si no todos, cuando menos muchos resortes hoy para ella escondidos de la naturaleza humana, la eugenesia será un gran procedimiento de progreso. La ley, lúcida, sabia, no permitirá los matrimonios sino entre seres «que se completen» y sabrá descubrir esos seres; porque acaso lo de la «media naranja» no es cosa tan vulgar como parece; acaso es cierto lo que dice el antiquísimo y misterioso «Zohar», en el que se contienen muchas de las verdades reveladas primitivamente a los hombres, cuando éstos no estaban aún intoxicados y desorientados por las filosofías:

«Antes de venir a este mundo, cada alma y cada espíritu se compone de un hombre y de una mujer reunidos en un solo ser. Cuando descienden hacia la tierra, estas dos mitades se separan y van a animar cuerpos diferentes. Cuando llega el tiempo del matrimonio, el «santo» (¡bendito sea!) que conoce todas las almas y todos los espíritus, los une como antes y entonces, como antes, forman un solo cuerpo y una sola alma... Pero este lazo es conforme a las obras del hombre y a los caminos por los cuales marcha. Si el hombre es puro y obra piadosamente, gozará de una unión absolutamente igual a la que precedió a su nacimiento.»

Esta es la que pudiéramos llamar eugenesia mística...

Yo he pensado algunas veces que cuando un hombre tropieza en la vida con su «alma gemela», debería descubrir (visible para él solo) en la frente

de la mujer «zohárica», digámoslo así, una lucecita verde...

Entonces ante este signo dejaría todo: el negocio que en aquel momento lo requiriese, el amigo, la mujer con quien hablase, el placer o la preocupación capital, para ir tras de su «complemento», antes de que el destino volviese a bifurcar sus sendas.

Quién sabe si muchos han visto esa lucecita verde... Quién sabe si un instinto seguro les ha dicho: «¡siguela!»... Pero estaban muy ocupados, o muy divertidos, o tenían pereza, o la que llevaba la lucecita no era rica, ni distinguida, quizá ni hermosa; pero era «ella», la otra porción de ellos mismos, el otro hemisferio de su alma; tal vez la mitad luminosa de ésta. Y la dejaron ir por pagarse de vanidades y apariencias necias, y su castigo es ahora el tedio, la unión sin amor con una mujer insignificante y vana, o la soledad espantosa, hasta que al fin de la vida, del otro lado de la sombra, reconozcan su error y les sea permitida la unión mística, merced a la cual, de dos naturalezas incompletas, se forma una naturaleza angélica...

—Vi, dice Swedenborg en sus visiones, venir un ángel en un carro resplandeciente... mas cuando estuvo cerca, advertí que no era un ángel, sino dos!

E

Maeterlinck, cuya sagacidad ha ahondado tan profundamente en el corazón del enigma, adivinó (el fin por excelencia del poeta ¿no es por ventura adivinar? ¿No es la poesía, según la célebre definición, «una filosofía que se sueña?»), adivinó

esta dualidad «zohárica» anterior a la vida planetaria, y la expuso admirablemente en *El pájaro azul*, que muchas de mis lectoras habrán quizá tenido la dicha de ver en París.

«El Tiempo, que en el acto V, 10.º cuadro, intitulado *Le royaume de l'avenir*, escoge a las almas, para quienes ha llegado el momento de nacer, cuando ya ha elegido varias y va a entrar con ellas a la vida, nota que le falta un espíritu, al cual llaman «El enamorado».

—En vano se oculta—dice El Tiempo—; le veo entre la multitud... a mí no se me engaña... Vamos, chiquillo, tú a quien llaman el enamorado, di adiós a tu bella.

Los dos espíritus (en la escena unos niños casi adolescentes), a quienes llaman los enamorados, enlazándose tiernamente y con el rostro lívido, avanzan hacia el Tiempo y se arrodillan ante él.

Ella le dice:—Señor Tiempo, dejadme partir con El!

El le dice:—Señor Tiempo, dejadme permanecer con Ella.

El Tiempo.—¡Imposible! Ya no nos quedan más que 199 segundos.

El dice:—¡Prefiero no nacer!

El Tiempo.—Es que no te dan a elegir...

Ella (suplicante).—Señor Tiempo: ¡llegaré demasiado tardel (a la Vida).

El.—¡Y yo ya no estaré allí (en la Vida) cuando ella bajel

Ella.—¡Ya no le veré!

El.—Vivirá cada uno solo en el mundo...

El Tiempo.—Eso no me atañe... Reclamádselo a la Vida... Yo uno o separo, según lo que me han dicho (cogiendo al niño). ¡Ven!

El (debatiéndose).—¡No, no, no! Ella también!

Ella (cogiéndose de los vestidos de su compañero).—¡Dejadle! ¡Dejadle!

El Tiempo.—Pero vamos, si no es para morir; ¡es para vivir! (arrastrando al niño). ¡Ven!

Ella (tendiendo desesperadamente los brazos hacia el niño que se llevan).—¡Un signo! ¡Un solo signo! ¡Dime cómo he de encontrarte!

El.—Te amaré siempre...

Ella.—Estaré tan triste en la Vida... ¡Tú me reconocerás!

Recuerda uno mecánicamente al leer esto los bellísimos versos del esclavo, de J. M. de Heredia, cuando ruega al viajero que busque a su amada lejana:

*Sois pitoyable, pars, va, cherche Cleariste
et dis-lui que je vis encor pour la revoir:
tu la reconnaitras, car elle est toujours triste!*

«¡La reconocerás por su tristeza!» En efecto, qué mejor signo de reconocimiento para las almas gemelas venidas después de nosotros a este valle de lágrimas que la melancolía profunda de no haberlas encontrado, impresa inequívocamente en la palidez de nuestra cara...

«Me reconocerás por mi tristeza...»

Pero advierto que esto ya no es eugenesia, sino poesía, y doblo la hoja.



DOS AÑOS...

HACE dos años, en los últimos días de julio, cuando la inconcebible catástrofe era ya inminente, un temor mudo, un sobrecogimiento «augusto» (esta es la palabra) sacudió el corazón de la humanidad...

En este sobrecogimiento, en este temor, había implícita una idea: la de que la guerra era algo fatal.

Parecía imposible a los hombres que una catástrofe tamaña pudiese ser causada por un rey, por un emperador, ni aun por un pueblo, así se tratase de un pueblo megalómano, pseudo-iluminado, y así lo empujasen las camarillas militares de dos imperios.

El instinto de la humanidad era seguro, como todos los instintos; la idea «colectiva» del «fatum» era cierta, como todas las ideas colectivas.

En efecto, una tan tremenda conflagración no podía ser originada por los hombres.

El mal era sobrado inmenso para provenir de la riste mediocridad humana.

¿Por quién, por quiénes era, pues, «mandada», determinada la estupenda catástrofe?

¿Por los dioses?

¿Debemos, por ventura, considerarla con el criterio de un trágico griego, de un Esquilo, de un Sófocles, de un Eurípides?

¡Ah! Bueno es advertir que el alma humana tiene el don de poner en el encadenamiento de las causas y de los efectos un poquito de imprevisto. Es ésta la característica de nuestra voluntad.

El «siervo arbitrio» pudiera ser un siervo relativo, capaz, dentro de los lineamientos generales del universo, dentro de la inmutable arquitectura de las leyes eternas, de una iniciativa, no por subordinada despreciable.

Cabe pensar que la nave del mundo debe ir necesariamente de un punto a otro; pero es libre su trayectoria, es independiente su itinerario. Podrá seguir la línea recta. Podrá trazar innumerables curvas y éstas la aproximarán a grupos de sucesos en marcha, en los cuales influirá, a los cuales modificará.

Si aplicamos este criterio a la conflagración actual, concluiremos:

Primero, que era inevitable.

Segundo, que los hombres podían condicionarla.

La conclusión de que era inevitable tranquilizará muchos espíritus y evitará muchas lamentaciones. Hará que la conducta más cuerda sea la sublime conducta de los franceses, de los mutilados, de los ciegos, de los empobrecidos, de las viudas, de los huérfanos, de las madres sin hijos, que no se

quejan, y no sólo que no se quejan, sino que no se desalientan, que están encendidos y animados por un sereno fuego interior...

-Era inevitable; por consiguiente, piensa el optimismo sano y viril (no el panglossismo tonto y meloso) debemos considerarla como fuerza forjadora de algo.

-Es imposible concebir un cataclismo ciego. Nada en el mundo, ni las erupciones de los volcanes, ni las pestes, ni las inundaciones, es ciego. Todo es incomprendible por el momento. Y es incomprendible por el momento, porque constituye una parte no más de la labor total.

-El hombre que en una ciudad no pudiese ver sino el derribo incesante de los edificios de una calle, sin estar informado del designio de los arquitectos, sin conocer los planos de la nueva vía, del nuevo bulevar, creería seguramente que aquella labor demoledora era estúpida.

El hombre cuerdo, en cambio, pensará en seguida que, no poseyendo más que una visión limitada de los hechos, no puede juzgarlos; de la propia suerte que el astrónomo todavía no puede imaginar siquiera la órbita que siguen, por ejemplo, Sirio o Cánepo. Esta órbita es de tal suerte inmensa, que aun no constituye para los más avisados y sutiles cálculos un arco de círculo, por mínimo que se le considere. Parece una línea recta. Los astros caen en el vacío como si siguiesen una línea recta. Pero el astrónomo sabe que es imposible esta línea recta y comprende perfectamente que sólo la enormidad de las distancias y la mole de los orbes; en

lo breve de nuestro tiempo, pueden sugerir tal ilusión.

De la propia suerte, el aspecto de las grandes catástrofes es el aspecto del fátum ciego, porque nos es imposible seguir su trayectoria desde sus primeros orígenes hasta el instante en que se producen, y nuestra vida resulta demasiado corta y nuestro punto de vista demasiado rastroso para abarcar el camino que han de seguir después; mas para una inteligencia superior a la nuestra, todo ello sería de una límpida y deslumbradora lógica. Conocida es a este respecto la frase de Kant:

«Si fuese posible penetrar profundamente en la manera de pensar de cada hombre y si los menores resortes y circunstancias que influyen sobre él fuesen conocidos, se podría calcular exactamente el modo de obrar en el porvenir, como se calcula un eclipse de sol o de luna.»

Decíamos, pues, que la primera conclusión, a saber, inevitabilidad de la catástrofe, debe consolar a un sano y viril optimismo. Por sobre toda la sangre, por sobre todas las lágrimas, por sobre todas las ruinas, debe erguirse, firme, segura, audaz, una afirmación: ¡De esta gran guerra surgirá un gran bien para la especie!

¡Harto comprendo cómo el corazón, cómo el alma lacerada, se resisten a tamaño acto de fe! ¡Harto comprendo cómo han de sangrar las entrañas antes de formularlo; pero es preciso que se formu-

le. ¡Hay que tener el sublime valor de formularlo!
¿Qué bien surgirá de la gran guerra, cómo surgirá, cuándo surgirá?

El filósofo no puede responder a estas preguntas y el alma más lúcida no puede descentrarse, alejarse por medio de una poderosa abstracción lo suficiente de sucesos actuales, para verlos desde el punto de vista de Sirio, tan grato a Renán; pero es fuerza creer y afirmar que desde este punto se ven la esplendorosa lógica de los sucesos y su radiante y nobilísima finalidad.

El espíritu que trabaja y lucha en nosotros, si consentimos en oírlo, en los momentos solemnes y silenciosos de la meditación sincera, nos murmura allá en lo más recóndito de la conciencia: Haz crédito a Dios; resuélvete a hacer crédito a la firma de Dios, que resplandece así en el rayo cuando rubrica las nubes, como en el hilo de agua que resbala por los declives floridos...

Haz crédito a Dios y no serás confundido.

¡Dios no burla jamás la fe de los fuertes!

¡El destino siempre se justifica en la conciencia de los hombres de buena voluntad!

Cuando tu juicio quiera obscurecerse por la pasión, ¡aguárdalo! Ten la paciencia de aguardar.

Pide sinceramente, amorosamente, cuentas a Dios de las antinomias de la tierra, de las contradicciones de los hechos, de la aparente crueldad de las cosas. Pídele, oh mortal, estas cuentas sin miedo, con fe resuelta y tranquila, y Dios en lo íntimo de ti mismo se explicará, se sincerará, se justificará

— Dios nunca confunde nuestra razón. Si hay cosas incomprensibles para la razón naciente de hoy, no las habrá para la razón adulta de mañana. ¿No habéis visto cómo la propia vida explica y resuelve los problemas oscuros y al parecer insolubles que ha planteado?

La madurez conoce el secreto de la juventud.

— La ancianidad despeja muchas incógnitas de la madurez...

La razón del hombre es la propia razón del universo; pero, como el universo mismo, está *in fieri*, está haciéndose constantemente.

— ¿Podríamos, por ventura, haber sabido del diploma las razones de ciertos cataclismos primordiales?

Era preciso que surgiese en el andar de los milenarios la inteligencia humana y se metodizase y las ciencias fuesen creadas, para hacer con fruto nuestra inquieta pregunta, dado que sin inteligencia hubiésemos podido siquiera formularla...

— Todo en el universo tiene o tendrá una explicación satisfactoria para nuestra razón, que no puede ser ofuscada por Dios que la hizo.

Y cuanto más inteligente vaya siendo la especie, esta explicación se hará esperar menos.

— Para una raza tan sagaz como la francesa, esta explicación llegará casi a renglón seguido del final de la catástrofe.

— Vengamos a la segunda conclusión: Los hombres podían no causar, pero sí «condicionar» esta ca-

tástrofe. La condicionaron, pues. De allí las incalculables responsabilidades en que han incurrido.

Sólo a un soberano, a varios soberanos, podía caber, dentro de los regímenes actuales, tan espantoso privilegio. Sólo un emperador tenía el poder de vibrar en su diestra el rayo y fulminarlo sobre el mundo.

El gigantesco polvorín estaba bien repleto; pero sólo una mano imperial podía establecer el contacto eléctrico...

¡Y lo estableció!

Un rey sabio, filósofo, «espiritual», hubiese muerto cien veces antes que establecer este contacto. Hubiese hecho añicos su corona y firmado resueltamente su abdicación antes que la declaración de guerra.

Pero los emperadores no suelen ser ni filósofos ni varones espirituales. Si lo fuesen no serían, quizás, emperadores. (Pienso en la excepción de las excepciones: en Marco Aurelio.)

Hubo, pues, un hombre que, cuando su país—después de cuarenta y cinco años de preparación—estaba listo, dijo la espantosa palabra: «¡Seal!»

¿Juzgaremos a este hombre?

Dios nos libre. La causa es demasiado grande para que nadie pueda fallar en ella. Dejemos que falle la vida. Si ese hombre creyó, sinceramente, que debía establecer el contacto que prendería fuego al planeta, allá él; si estableció este contacto obligado, acorralado por un rival implacable, allá él. La conciencia tiene demasiadas sancio-

nes para que necesitemos nosotros agujonearla.

¡Aguardemos el final de la tragedial

Pero, lo repito, aguardémoslo con una inquebrantable fe en los radiantes destinos humanos.

Que, a imitación de esa Francia admirable, no surja de nuestros labios ni la menor queja.

En este conflicto inmenso, todos los hombres conscientes tenemos el honor de ser víctimas. Todos, ricos y pobres, jóvenes, maduros y viejos, perdemos algo: todos, por lo tanto, participaremos de la ganancia futura.

Dios, Midas divino, que trasmuta en oro puro lo que toca con la invisible mano de sus designios, nos mostrará pronto el oro que saldrá de tanta escoria.

Ese oro se derramará como una bendición fulgente por el planeta atormentado...

Hagamos, pues, honor a la firma de Dios, y esperemos con una temblorosa pero confiada expectación, llena de amor y de respeto augusto, a que se abra la flor misteriosa de los destinos...

1916.





EL HOMBRE NUEVO

UN parisiense rico fué a las trincheras, como tantos parisienses y aun ingleses de las primeras familias (porque el mundo ha visto en la actualidad, entre la truculencia de las tragedias, el espectáculo reconfortante de la igualdad fraternal ante el peligro y ante el dolor).

Este hombre rico, refinado, hecho a catar las salsas más exquisitas de la vida, vivió, por circunstancias especiales, cerca de dos años en las trincheras: primero entre moscas, ratas y otras miserias; después (cuando aquello fué organizándose mejor), con más limpieza; pero siempre, claro, con la más perfecta incomodidad que en sus pesadillas haya podido soñar un sibarita.

Por fin un día pudo disfrutar de la licencia merecida; diósele nada menos que un mes para visitar a su familia, que había estado ausente de París y que volvía por aquel entonces a la gran capital.

Su familia, encantada, decidió colmarle de aga-

Obras Completas

sajos; previno para él todo género de *gourmandises* y refinó el confort material de que pensaba rodearle.

Pero, con gran sorpresa de sus deudos, el hombre de las trincheras, durante su permanencia en el hogar, rehusó virilmente, con decisión inquebrantable, todo género de molicie.

Su familia, espantada, vióle dormir sobre las tablas de un viejo catre; vióle comer lo más sencillo del *menú*; vióle retirarse de la chimenea, encendida prematuramente ante las destemplanzas de un otoño más que fresco.

No quería nada de eso. Sentíase perfectamente sin nada de eso.

Las trincheras lo habían reeducado; lo habían devuelto a la verdad de la vida, a la austera simplicidad de la vida.

Todo le parecía bien. Nunca se creía mal servido. Tenía una indulgencia inagotable para las faltas y yerros de la servidumbre. Una ecuanimidad perfecta, hecha de renunciación y de desdén por muchos «bienes» materiales, ponía en sus ojos serenidades claras y atrayentes.

Era, en fin, otro hombre; el hombre de verdad, de sinceridad, de fuerza que se había forjado, en menos de dos años, en el yunque de la intemperie, del peligro constante, de la ausencia de regalo; el «genio de la especie», atento siempre a acrisolar y aquilatar los valores morales, que son los que más le importan, y a fortificar al propio tiempo las energías físicas: la consistencia del «vaso» que ha de contener el nuevo «vino».

—¿Y tu reuma?—le preguntó mimosa su mujer en cuanto le hubo propinado la ración de abrazos y de besos consiguiente a la angustiosa y larga ausencia.

—¿Quién se acuerda de eso!

—¿Te sirvió la ropa interior que te envié?

—No me la puse jamás. La regalé a un compañero para sus hijos...

—Pero ¿y la humedad, y el frío, y?...

—Estoy perfectamente. Los primeros días tuve un recrudecimiento que me desalentó un poco. Mi cuerpo, sorprendido, protestaba con todas sus fuerzas... Pero a poco vino la adaptación y estoy curado, me siento absolutamente curado. Tengo en mis articulaciones, en mis músculos la agilidad de los veinte años. Sé que no he de volver a enfermar. Estoy seguro de ello.

—Nuestro hombre de las trincheras se acostaba temprano (¡él, el viejo *couche-tard* de antaño, que encontraba absurdo y ridículo recogerse antes de la una!); dormía con las ventanas abiertas, poca ropa y una almohada dura; se levantaba con la luz, íbase al jardín, arreglaba las plantas...

—Pensaba con naturalidad tranquila en la vuelta al frente. No mostró jamás la menor sombra de inquietud; veía como de soslayo todas las cosas de la vida...

—Cuando hubo partido, los suyos comprendieron que en aquel ser se había operado un milagro, un milagro de los mayores, de los más estupendos: el milagro de la «renovación» plena. El «hombre viejo» de que habla el Evangelio ha-

bía muerto en él definitivamente y había surgido el «hombre nuevo».

La vida o la muerte eran ya accidentales en aquel ser. Lo esencial estaba logrado.

Pero el milagro no era singular: era el milagro de toda una raza; era el milagro de Francia. Y si queremos generalizar, por encima de las fronteras: era el milagro del mundo...

Los hombres se transformaban así. Ellos creían que luchaban por determinados objetivos, y en realidad estaban luchando por otra cosa; estaban luchando por renovar la «especie», por depurar la «especie».

Así como en el amor se va tras de una finalidad inmediata, que es el goce, así en esta guerra la ambición había servido de cebo a unos para atacar a los otros. Pero, en realidad, el martillo estaba listo; el divino martillo de las transformaciones, y era preciso que el metal (el hombre) se encendiese al rojo blanco para trabajarlo.

Pero, dejando aparte ese Ideal, que incansable persigue a través de tanta sangre una «fuerza» que ni siquiera deberíamos nombrar, porque está más allá de toda denominación, no cabe duda de que, vista puramente desde el punto físico, con la simple lente de la fisiología, esta vida de las trincheras es eminentemente renovadora. Muchos hombres de París, y aun de Londres, fueron restituídos, brutalmente, si cabe el adjetivo, a la olvidada convi-

vencia con la naturaleza, y la naturaleza apresuróse a devolverles lo que la «civitas» tentacular les había arrebatado.

¿Os acordáis de cierta anécdota de los millonarios de la Quinta Avenida que anda por esas bocas? Pues éranse que se eran diez millonarios que, incitados por uno, con sus respectivas familias, a hacer una gran excursión en su yate de recreo, echáronse a navegar por esos océanos de Dios, en aquel palacio flotante en que había almacenados los mejores vinos y en que un cocinero, doctor en guisos, meditaba hondamente los diarios menús.

Había en el yate un salón de conciertos con un maravilloso *eolian*, que ponía carne de gallina de sólo oír sus coros invisibles, sugiriendo visiones de catedrales góticas, de vitrales misteriosos, rojos, amarillos y morados, y de pompas litúrgicas envueltas en incienso.

Cada camarote era un nido muelle de incomparable suavidad. Sobre cubierta podía jugarse a innumerables juegos. Los convidados de mister Brown vivían una vida de perfecto placer, aun cuando sus paladares estragados no supiesen ya aquilatarla.

Mas he aquí que un ciclón sorprendió al yate... Dejo a vuestra imaginación que os reproduzca el grandioso horror de la escena. El color del mar revuelto, la violencia del barco sacudido por el oleaje...

Pocas horas después, una gran lancha, donde de prisa habíanse acumulado vituallas y donde se api-

ñaban los náufragos, flotaba dulcemente sobre las ondas apaciguadas, bajo la tímida luna...

Del yate no quedaba sino aquella lancha, errante en la inmensidad de la noche sobre el elemento móvil y pantagruélico, en cuyo fondo duermen tantos y tantos miles de naves.

Más de un mes, oídlo bien, más de un mes, aquellos sibaritas vivieron en la aspereza de una jamás vista incomodidad, racionados de una manera atroz, con un poco de galleta y otro poco de agua...

Cuando los hubo recogido un vapor y los llevó al más cercano puerto de la Unión, no había entre los náufragos uno solo que mostrase la menor huella de *embonpoint*... Todos, esbeltos, delgados, un poco pálidos, tenían no sé qué distinción, en vano antes buscada por muchos.

Y aquí entra lo gordo: mister Huxley, que tenía una dispepsia crónica, estaba curado; mistress Reynolds no padecía ya sus insoportables jaquecas; mister Robertson, cuya laringitis había producido a los especialistas muy substanciosos fajos de billetes, hubiera podido dar el do de pecho; mistress Baird, que se pasaba la vida tomando laxantes, desempeñaba ahora con la mayor facilidad esa humilde función natural, sin la cual no hay, según d'Alambert, dicha posible en este mundo...

El mar restituía a la Quinta Avenida una porción de su dorada humanidad, absolutamente renovada por la dieta, el oxígeno, el sol, el iodo...

¿Es cierto, pues, que debemos volver a la naturaleza, como nos predicán muchos hombres de buena voluntad? ¿Tanto y tanto nos hemos apartado de ella? ¡Qué duda cabe!

Para formarse una idea de este alejamiento fatal, causa tal vez de todas nuestras tristezas, de todas nuestras melancolías, de todos nuestros achaques y aun de toda nuestra incomprensión de la vida, sépase una sola cosa: ¡ya no sabemos ni respirar!

«Respirar es vivir», se ha dicho siempre; de donde se deduce que no sabemos ya vivir, no sólo en el sentido moral, en el sentido espiritual, sino en el sentido físico.

El instruido maestro duerme en no sé qué honduras del hombre, y es fuerza a veces observar a los animales para que nos repitan la sabia lección olvidada.

«La respiración— dice Ramacharaka (*Ciencia de la respiración*, Buenos Aires, librería La Facultad, de Juan Roldán)— puede considerarse como la más importante de las funciones del cuerpo, ya que de ella dependen indudablemente todas las otras. El hombre puede vivir algún tiempo sin comer; menos sin beber; pero sin respirar, su existencia continúa solo muy pocos minutos.

»No solamente el hombre depende de la respiración para vivir, sino que también, y en gran parte, de los hábitos correctos de respirar, que son los que han de dar vitalidad perfecta de inmunidad contra las enfermedades. Un dominio inteligente de la función de respirar prolonga nuestros días sobre la tierra, dándonos mayor suma de resistencia, mien-

tras que una respiración descuidada tiende a disminuir nuestros días, hace decrecer nuestra vitalidad y nos coloca en condiciones favorables para ser presa de las enfermedades.

»El hombre, en su estado natural, no tuvo necesidad de que le suministrasen instrucciones para respirar, y de la misma manera que el animal inferior y el niño, respiraba debidamente, según los designios de la naturaleza; pero en eso también ha sufrido la influencia modificadora de la civilización. Ha contraído costumbres y aptitudes perniciosas en el caminar, pararse y sentarse, que le han despojado del derecho primitivo de una respiración correcta y natural. Ha pagado un precio muy elevado por la civilización. En la actualidad el salvaje respira naturalmente, a no ser que haya sido contaminado con las costumbres del hombre civilizado.

»El aparato respiratorio del hombre está constituido de tal manera que puede respirar tanto por la boca como por los tubos nasales; pero la cuestión de vital importancia es el método que se siga, pues de él dependerá la salud y fuerza o la enfermedad y debilidad.

»No debería ser necesario decir al estudiante que el método normal de respirar es el de tomar el aire a través de las fosas nasales; pero ¡ah! la ignorancia de este simple hecho entre los pueblos civilizados es sorprendente. Encontramos personas de toda condición social que respiran habitualmente por la boca y dejan a sus hijos seguir su horrible y repugnante ejemplo.

»Muchas de las enfermedades a las cuales está sujeto el hombre civilizado, son, indudablemente, causadas por el hábito común de respiración bucal. Los niños a quienes se permite respirar de esa manera crecen con su vitalidad alterada, su constitución debilitada, y en temprana edad quedan inválidos para toda la vida. Entre los salvajes las madres proceden más naturalmente en este asunto, porque evidentemente son guiadas por el instinto.»

Pero si no sabemos respirar, como se ve por los anteriores párrafos citados..., tampoco sabemos comer. Comemos demasiado de prisa, sin masticar, como si el estómago tuviera dientes.

Yo me estremezco de horror cada vez que en alguna casa elegante de Madrid se me hace la poco apetecible honra de convidarme a almorzar o a comer.

El almuerzo en algunas de estas casas dura media hora. Hay que engullir con una habilidad consumada los cuatro o cinco platos de que se componen esos treinta minutos, a la vez que se conversa.

Sólo para el café se concede como gracia especial un poco de respiro cuando se toma en el *hall*.

¡Ay del osado que pretenda masticar las viandas! El implacable criado está detrás aguardando a que termine para poner el nuevo cubierto. Dislocaría todo el programa de la tarde o de la noche a la estimable *snob* ama de la casa, si retardase dos minutos aquel engullir...

Claro que queda el recurso de no comer, de probar apenas los platos, y es el que ejercita este servidor de ustedes, sin gran sacrificio, porque vive a régimen.

Peró los que tienen buen apetito y mal estómago...

Por cuanto a las cosas que comemos, también andamos lejos de la naturaleza.

Ese perpetuo devorar de cadáveres, los unos mal cocidos, los otros en plena putrefacción, ha traído la tristeza al festín de la vida.

La tristeza mana casi siempre de la carne, y cuando se ha dicho que la «carne es triste», acaso no se ha querido hablar sólo de la mujer, qu ees en suma, la menos triste de las carnes...

«Volvamos a lo antiguo», decía, ya viejo, el maestro Verdi a los músicos, indigestos de wagnerianismo; y los grandes sabios dicen a la humanidad: volvamos a lo primitivo; volvamos al regazo de la naturaleza...

Se diría que un designio misterioso hizo que se inventara, por ejemplo, el motor explosivo y con él el maravilloso automóvil y después el aeroplano, para que tantos hombres que durante siglos han venido urbanizándose, fuesen restituidos al campo, al sol, al aire...

Y la guerra por su parte, al reformar y reconstruir todas las cosas con procedimientos impensados y al parecer brutales, quién sabe si cumple, en-

tre tantos otros grandes designios, el de vincular de nuevo la vida de los hombres a la tierra benéfica, a los elementos esenciales. Una comunión admirable se establece entre el soldado de las trincheras y la naturaleza. Hay, por ejemplo, muchos soldados astrónomos, que jamás en París habían comprendido la majestad de una noche estrellada y que ahora, como los pastores caldeos, cuentan los diamantes temblorosos de constelaciones. En el *Bulletin de la Société Astronomique de France*, que dirige el gran Flammarion, aparecen con frecuencia observaciones pacientes y atinadas de los hombres de las trincheras.

En París mismo, gracias a la obscuridad, ya se pueden contemplar los astros, en esos inmensos y monumentales espacios abiertos de sus plazas... París ha sido vuelto a acariciar por las estrellas, como en las lejanas noches en que Santa Genoveva velaba por él, según el lienzo admirable del Pantheon.

La naturaleza divina y el hombre atormentado, a través de la catástrofe empolladora de prodigios, se tienden de nuevo los brazos, y el eco de su beso magnífico se escucha a pesar de las ametralladoras y de los cañones...

Este beso ha de engendrar al nuevo ser que imprimirá un prodigioso rumbo a los destinos del planeta.

1916.



CONCIENCIA

Es cierto, pues, aquello de:

Conciencia nunca dormida,
mudo y pertinaz testigo,
que no dejas sin castigo
ningún crimen de la vida?

O bien, según afirman sabios criminalistas, honrados psicólogos: «El criminal, nato o no, ¿duerme a pierna suelta después de haber cometido los mayores delitos?»

Yo creo, juzgando «a posteriori», que puesto que un hombre, tras la comisión de un crimen, no siente perturbado su reposo, debemos considerarle sin culpa o con muy leve culpa. O lo que es lo mismo: creo que el remordimiento está en razón directa de la malicia de la acción y, por lo tanto, de la magnitud del pecado.

Si Ramón, el cómplice de María de los Angeles en el envenenamiento de Dionisio Campos Alegria

(Dionisio Campos Alegría, ¡nombre admirable para mejores destinos!) no pudo soportar el remordimiento, es que tenía una conciencia delicada y por ende una responsabilidad que no tienen los asesinos, cuyo cerebro sale apenas de los limbos de la animalidad.

La conciencia, y sólo la conciencia, nos da la medida de nuestra culpa.

La civilización lo ha falseado todo, empezando por los caracteres. A fuerza de «educación», de «pedagogía», no sabemos ya ni lo que somos. El propio instinto, maestro primordial, se ha embotado y aun desaparecido en el hombre moderno. Sólo la conciencia subsiste pura, indomable, inso-
bornable, inmortal...

«*Conscience, that undying serpent*», como dijo Shelley; o «pulso de la razón», como la llamó Coleridge («*Conscience, good my lord—is but the pulse of reason*»).

Goldsmith la tildaba de «cobarde», porque no teniendo fuerza bastante para evitar ciertas faltas, rara vez tiene, en cambio, justicia bastante al acusarnos de ellas («*Conscience is a coward and those faults it has not strenght enough to prevent, it seldom has justice enough to accuses.*») Pero este reproche es falso: en primer lugar, porque nada hay que nos retraiga mejor de una mala acción que la seguridad del remordimiento, «que ya conocemos» por experiencia en circunstancias análogas; y en segundo lugar, porque la conciencia nunca es injusta al acusar. A nosotros, por lo punzante del remordimiento, nos parece que sí lo es; pero ella

trae su medida de la eternidad misma y podemos estar seguros de que la cantidad de dolor moral que nos causa es exactamente la que merecemos.

La vida no es más que una sanción. Nada se nos da por «caprichos» de la fortuna o del destino. El destino es la lógica por excelencia de las cosas («*Cette logique des choses qu'on appelle le destin!*»).

Todo lo hemos merecido. Vosotros los felices no temáis serlo; algo hicisteis para lograr el bien de que gozáis. Vuestro presente no es sino el resultado de la siembra anterior. Mas, por esto mismo, vuestro futuro ha de ser el resultado de vuestra siembra actual. En estos momentos estáis preparando vuestro destino futuro. ¿Queréis seguir marchando entre rosas? Pues plantad desde ahora vuestros rosales. Si sois ricos, derramad buena parte de vuestro dinero entre los menesterosos; si sois sabios, desmigajad vuestra ciencia; si sois artistas, desmigajad vuestro ideal.

Dicen los filósofos espiritualistas, Bergson entre ellos, que el mejor signo de que hemos acertado, y hablo aquí del acierto máximo, de la concordancia entre nuestros actos y el ideal, es «la alegría interior».

Los cristianos la denominan «la alegría de la buena conciencia».

Este es uno de los pocos signos seguros de lo invisible que tenemos en la vida.

Hay gentes, muchas, que se quejan de que no

pueden creer, porque nunca «han sentido» a Dios; y el gran poeta mejicano Acuña, que se suicidó en la flor de la vida, interroga impiamente a la divinidad, de esta suerte:

¿Por qué, si es cierto que existes,
no existes en mi conciencia?

Mas yo a mi vez pregunto simplemente: «¿Hay hombre tan menguado, tan infeliz en la vida que no haya hecho jamás una buena acción?» Pues si ha hecho una buena acción, incuestionablemente, fatalmente, inevitablemente ha sentido una alegría interior proporcionada al desinterés de su acto. Y en esta alegría interior está Dios. Esta alegría interior es Dios. Dios se manifiesta a su alma de la manera más congruente, más natural, más genuina, más propia de Él: con alegría.

¡Dios es alegría! El que alcanza a Dios, siquiera sea un instante en la existencia, experimenta alegría, en la medida en que lo alcanza. A veces una gran alegría.

Siempre que hemos sentido alegría espiritual después de un noble sacrificio, de un acto cualquiera de desinterés, de bondad, de humanidad, hemos encontrado a Dios. Todos los resquicios que se abren el alma, y por los cuales penetra lo invisible, lo inefable, son, perdonándoseme lo impropio de la frase, resquicios de la alegría!

La conciencia no es, pues, sólo la acusadora a quien Goldsmith llama cobarde sin razón; es la regocijadora por excelencia, y su regocijo, absolu-

tamente divino, está más allá de todas las felicidades de la tierra.

Cristo dice en el Evangelio que «vale más dar que recibir».

¿Por qué vale más dar que recibir? Entre otras cosas, porque el que da experimenta mucho mayor regocijo que el que recibe. Dar es un regocijo incomparable. Otorgar mercedes debe o debería ser la voluptuosidad mayor de los poderosos.

Pues bien: en todas estas alegrías y en otras muchas está la conciencia. Ella es la distribuidora de los dones del espíritu y en especial el don de la alegría interior.

Yo he dicho en versos recientes:

El justo es una música, un himno, una fragancia
y un cristal.

Es, sobre todo, una música: la sinfonía heroica del regocijo.

Pero los hombres, injustos, no pensamos que la conciencia existe sino cuando acusa. Ella es la acusadora por excelencia, la que quiere afligirnos, aun cuando no nos aborrece, según el sentir expresado por Selgas en aquel sencillo diálogo que todos los niños de mi tiempo se aprendían de memoria:

—Responde, ¿quién eres? —Yo.

—¿De dónde sales? —De ti.

—¿Quieres afligirme? —¡Sí!

—¿Es que me aborreces? —No.
 —Déjame libre. —¡Jamás!
 —Nublas mi dicha. —Lo sé.
 —Tu voz me aterra. —¿Por qué?
 —Huiré de ti. —No podrás.»

Etcétera.
 Esta conciencia fiscal, despiadada, es la más popular, y ello se explica, porque la humanidad está aún en el escalón del miedo y pocas almas han acertado a elevarse al escalón del amor, que es también el escalón del regocijo.

Dios, para la infinita mayoría de los que creen en su existencia, tiene que ser el «Dios gendarme», de que hablaba Renán. La divina noción evangélica del Padre, a pesar de sus dos mil añitos o poco menos de existencia, no ha penetrado aún en la obscuridad de las almas.

Pero bien está, en suma, que la conciencia sea aún el gusano roedor que nunca muere, porque no arriendo las ganancias a la religión que quiera, a estas fechas, salvar a la humanidad por el amor puro.

Ese remordimiento que mata el sueño, ese remordimiento que impelió a Ramón de los Santos a denunciarse y denunciar a la mujer que amaba cuando ya la justicia humana dormía, ciega y sorda a su delito, es un precedente magnífico para quienes piensen deshacerse de un cónyuge estorbo, y acaso evite muchos crímenes en lo sucesivo.

Pero que esta conciencia torva, sombría, implacable, no nos impida mirar a la otra, a la blanca, a la resplandeciente, a la exultante, a la «toda júbilo», a la «toda alegría».

Que el ojo que fijamente miraba a Caín en el enorme poema de Víctor Hugo, no nos vele al otro, azul como la atmósfera, radioso como la mañana: el ojo del «Padre».

Quando hayamos llegado al escalón del amor, que está más allá de todo miedo, el mal y el bien no serán sino dos relatividades que han de hacernos sonreír. Nuestra oración será como la de aquel celeste *Rama-Krishna* a la «Divina Madre», como él llamaba a Dios.

«Con flores en las manos oraba: ¡Oh madrel Concédeme que pueda tener una devoción pura y sin mezcla. Aquí está el pecado, aquí está la virtud: yo los pongo a tus pies; ¡oh, tómalos ambos!

»Aquí está el conocimiento (de muchas cosas), aquí también la ignorancia: ¡oh, tómalos ambos y concédeme que pueda tener devoción tan sólo.

»Aquí está la pureza y aquí también la impureza; no deseo ninguna de las dos. Aquí hay buenas obras, aquí las hay malas: ambas las coloco a tus pies. ¡Oh, concédeme que sólo tenga devoción y amor por tí!» (1).

Hay dos maneras de «crear» a los dioses, en nuestros espíritus, según la magnitud de los propios espíritus: el miedo y la alegría.

(1) *El Evangelio de Rama-Krishna*, Sociedad Vedanta, Buenos Aires.

El miedo ya sabemos que los formó en un tiempo, según el verso célebre:

«*Primus in orbe timor faccit deos.*»

Un miedo tan grave, que sólo podía aliviarse con la muerte de las divinidades mismas. Por eso se exclama en Lucrecio:

«Regocijaos, no tengáis miedo. Ya no hay dioses. Yo lo sé. Un griego me lo ha dicho...»

Hasta hoy, y a través de toda la Edad Media y la Edad Moderna, no ha habido para los creyentes de cualquier religión y cualquier categoría, salvo luminosas excepciones, más júbilo posible que éste. Porque en el miedo fuimos engendrados, con miedo vivimos y morimos con terror.

«El hombre—dicen Dresser y Wood, citados por William James en su *Experiencia religiosa*—, el hombre frecuentemente está marcado con el sello del miedo, aun antes de nacer; es educado en el miedo; toda su vida está sometido al miedo de la enfermedad y de la muerte, es decir, a la esclavitud más degradante. Su espíritu, todo entero, se contrae y se achica, y su cuerpo debilitado no es, a menudo, más que la imagen de su espíritu... Entre todos nuestros antepasados, pensad en los millones de almas dotados de una gran sensibilidad, que han vivido bajo el peso abrumador de una pesadilla semejante. ¿No es sorprendente que la salud pueda existir aún? El amor infinito, la vida y la energía divinas que se derraman en dulces y continuos torrentes, en nuestras almas, aun sin que-

erlo ni saberlo nosotros, pueden únicamente neutralizar en parte este océano de amargura.»

A las terribles palabras de Lucrecio, yo les daría, alterándolas, un nuevo sentido, que debe ser el verdadero ahora en que una educación más amplia, más libre, más alta, más esplendorosa, tiende a relegar para siempre allá, en las capas inferiores de nuestra sensibilidad, los seculares temores infantiles e imaginarios:

«¡Regocijaos, no tengáis miedo, porque hay Dios, yo lo sé! ¡El amor me lo ha dicho!»

Ignoro si los que pretenden con J. Loeb, el biólogo del Instituto Rockefeller, que el conjunto de fenómenos vitales puede explicarse exclusivamente por medio de la física y de la química, y que son susceptibles de análisis fisico-químicos los deseos, las esperanzas, los esfuerzos, las desilusiones, creen que el remordimiento es un simple veneno, tan material como el arsénico que María de los Angeles propinó a su marido; pero aun en este caso, los señores materialistas deberán darnos el secreto de ese antídoto del veneno que se llama la alegría de la buena conciencia y hacernos beber la droga maravillosa que hace al hombre creer que nada en un océano de seguridad y de paz desde el momento en que ama a Dios...

Mientras Loeb y socios nos proporcionan esta droga preciosa, nos cabe a los simples mortales, que no somos sabios, intentar la divina embriaguez de ese regocijo por otros caminos, y uno de los más fructuosos está, según G. R. S. Mead, compatriota de Loeb (*Persiguiendo el ideal*) en la contemplación de la naturaleza, de sus bellezas inagotables.

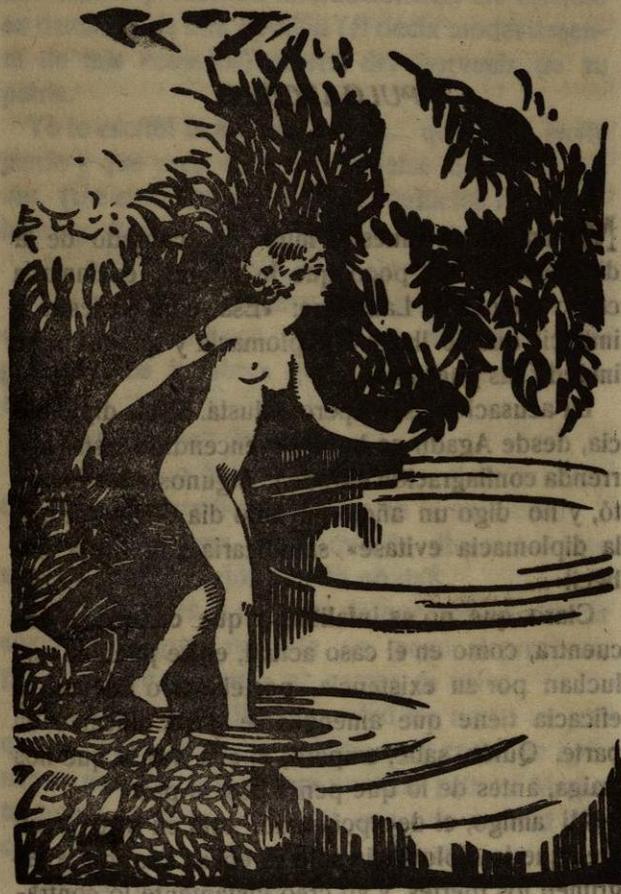
«Los escritos de los poetas y de los místicos —dice este sajón optimista— nos acercan al ideal por medio de formas de belleza que nos deleitan a causa de su sencillez, de su pureza y de su naturalidad, sacándonos de nosotros mismos; y nos hacen ver que el alma humana, en íntima comunicación con la naturaleza, no sólo «puede ver libros en los arroyuelos, sermones en las piedras y el bien en todas las cosas», sino que es capaz de perder todo el sentido de los libros y de los sermones en una regocijada respuesta al himno de la vida, a la palpitación del «corazón eterno de la belleza.»

¿Qué ángel traerá a la tierra, después de este paréntesis de hierro, de fuego, de crueldad y de injusticia, el «nuevo sentido» de la existencia, que ya no más será de temor y remordimiento, sino de regocijo y esperanza, imprimiendo en la turbada conciencia de la especie la «verdad» perdida en un recodo de los milenarios, a saber, que el alma «es divina», y que sólo por una ilusión misteriosa puede «pecar» y recibir castigos?

Este ángel quizá ha plegado ya las alas y pasea

de incógnito por las calles del «mundo». Quizá, viajeros, ya os habréis encontrado con él y no acertasteis a distinguirle, porque ni iba en automóvil ni llevaba la librea de la riqueza...

1916.





PULGARILLO

MI amigo se muestra muy desencantado de la diplomacia. Por poco que le apuren, exclamaría como Stephane Lausanne: «Esa coja siniestra e imbécil que se llama la diplomacia y que no sabe impedir las guerras.»

La acusación es, empero, injusta. Sin la diplomacia, desde Agadir se hubiese encendido esta horrenda conflagración europea. Algunos años la evitó, y no digo un año, «un solo día de guerra que la diplomacia evitase» santificaría a la «coja imbécil»...

Claro que no es infalible, y que cuando se encuentra, como en el caso actual, entre pueblos que luchan por su existencia, por el ser o no ser, su eficacia tiene que amenguarse y modificarse en parte. Quién sabe, empero, si ella sea la que nos traiga, antes de lo que pensamos, la paz.

Mi amigo, el decepcionado, está en otro error: cree que la diplomacia sólo es eficaz cuando la esgrimen los fuertes, y yo creo justamente lo contra-

rio. La diplomacia es, sobre todo, para los débiles. Sus inagotables recursos han sido forjados para los países pequeños. Son el arma de los desvalidos.

Recuerdo que hace algún tiempo un hispanoamericano ilustre que se preocupaba hondamente de nuestros problemas internacionales, me escribió en demanda de una opinión (él decía modestamente de mis consejos) acerca del porvenir de su patria.

Yo le escribí la siguiente carta... que no le envié jamás y que yace entre mis papeles desde entonces. (Un entonces en que los conflictos no se habían agudizado como se agudizaron después.)

«Mi querido amigo X, Y, Z (le escribía yo):

»Me pide usted algunos consejos que acaso pudieran servir un poco, un poquito nada más, a alguno de los hombres que están al frente de su nación.

»¿Consejos yo? ¡Bueno!

»¡Por qué no habría de dárselos, si es lo único que todo hombre lleva siempre en la escarcela!

»Hay poquísima gente que dé dinero en este mundo; pero consejos ¿quién no da?

»El consejo es la moneda de que por excelencia somos pródigos, moneda un poco depreciada, pero que, sin embargo, no carece de valor.

»Claro que al pedírmela usted me honra un poquitín, porque muestra que me cree capaz de opinar en asuntos vitales para nuestras patrias. Mas, a tal honra, debo yo contestar con una actitud sincera, ingenua, necesariamente modesta.

»Sé que no sé nada...

»Usted, empero, previniendo mi objeción, insiste, y yo recuerdo las palabras de un sabio: «Jamás he hablado con un hombre, por ignorante que fuese, de quien no haya aprendido algo.»

»Y a mí personalmente me pasa lo mismo. Yo aprendo a diario alguna cosa; a veces muchas cosas. ¿Y de quiénes las aprendo?

»Pues de todos los seres que me rodean, sea cual fuere su nivel mental o el plano de existencia en que se mueven; de una planta, de un pájaro, de un insecto, de un palurdo, de no importa qué hombre elegante, distinguido, deportista... o jugador de bridge...

»Por tanto, usted podrá, sin duda, aprender algo de mí, sea cual fuere el nivel intelectual en que me juzgue colocado.

»Vamos, pues, al grano:

»Dice usted que no hay vecindad peor que la de una potencia limítrofe, imperialista, que tiene fauces tamañas y a la cual no le vendría mal comerse al vecino de uno o de muchos bocados...

»Tal vecindad, sin duda, es peligrosa, tan peligrosa como fatal, ya que un país no puede mudarse de casa, y el problema es grave, aunque no nuevo.

»Desde que el mundo existe, y va para rato, los países grandes quieren merendarse a los países pequeños, y a veces lo logran. Pero no siempre...

»Es casi axiomático esto que voy a decir a usted: cuando uno no quiere que se lo coman... no se lo comen.

»Siendo yo niño me contaba mi «naná» un caso

de historia natural, probablemente fantástico, pero de un amplio simbolismo:

»Suele acontecer que ciertas serpientes quieren comerse a las ranas, cuya carne, ya lo sabemos, es exquisita.

»Cuando ven una rana empiezan, como buenas serpientes que son, por fascinarla... lentamente.

»Pero la rana no es tonta: luego que se siente influida por aquella fuerza que no puede contrarrestar, y antes de que tal influencia sea absoluta, busca por allí cerca una ramita, lo más larga y lo más sólida posible. Si es espinosa, mejor que mejor.

»Se pone esta ramita en la boca en sentido horizontal, la afianza lo mejor que puede y se deja pasivamente asediar por su enemigo.

»Este acaba por tenerla casi en sus fauces, pero la ramita le impide tragarse al batracio, que, naturalmente, se guarda bien de soltarla.

»En vano los verdes ojos del monstruo dardean sobre el triste animalito sus avidéces y sus iras todas: la rana afianza su rama... y se salva.

»Pues amigo mío dilecto, esta rama de dos cabos... como todas las ramas, aunque bien mirado pudiera haberlas de tres y de cuatro, deben nuestros pueblos de América, sobre todo aquellos que no pueden, como puede la Argentina, oponer a sus enemigos una fuerza juvenil, pero ya experta y contundente, cogerla bien entre sus dientes... y no se los comerán.

»Uno de los cabos se llama diplomacia; la consideraremos primero.

»El otro se llama cohesión militar; lo consideraremos después.

»La diplomacia, ya lo insinué al principio, ha nacido en los pueblos débiles; los fuertes, ¿para qué la necesitan!

»Las pequeñas repúblicas y principados del Renacimiento que subsistieron hasta que se consumó la brillante unidad de la península italiana, fueron admirables de diplomacia, porque no eran fuertes, y a esta diplomacia debieron muchas veces su existencia.

»Cuando Pulgarcillo es amigo del Ogro, cosa que sucede a veces, no debe exigirle ostensiblemente nada: el Ogro se lo tragaría en un santiamén. Pero si puede decirle:

—Señor Ogro: a vous que vous êtes si grande, si puissant, si fort, vous sentez bien la justice et la générosité. Hier, pour vous divertir sûrement, me avez enlevé l'émeraude que j'avais sur moi et qui était mon unique bijou. Le monde entier applaudira votre attitude. Je suis content, car j'ai recouvré dignement le mien; mais vous, mieux que moi, vous savez que les roses sont à vous, car on dira: «Ce ogre, qui est le plus puissant de tous les ogres, est aussi le plus juste. Nul ne peut le forcer et lui rendre sa pierre précieuse, et sans cela, il la rendrait. Et qui est-ce Pulgarcillo, si petit... Sûrement Pulgarcillo est un jeune homme très intelligent, et sûrement l'ogre est un géant très bon.»

»Debemos advertir que los fuertes tienen la «debilidad» de querer aparecer siempre justos. La justicia es tan poderosa que aun a los que nada deben temer se les impone y hacen cuanto pueden por que cuando menos las apariencias de sus actos reluzcan de equidad.

»Hay otro tecleo aún, y en él cabe de cuerpo entero la diplomacia de Pulgarcillo: el tecleo de la conveniencia.

»Pulgarcillo puede asimismo decir al Ogro:

—¡Señor Ogro, oídme, y os probaré hasta la evidencia que no os conviene apoderaros de mi esmeralda!

»Y se lo probará, con sobra de razones, porque la diplomacia de los chicos es más sagaz, más afilada que la de los grandes.

»Con este sistema, acerca del cual pudiera decir innumerables cosas sin el temor de alargar desmesuradamente mi carta, de seguro Pulgarcillo logrará conservar indefinidamente su esmeralda. Y aun pudiera suceder que el Ogro proclamase con voz estentórea:

—Esta esmeralda es de mi excelente amigo Pulgarcillo y me opongo resueltamente a que alguien la toque.

»Pulgarcillo, empero, no debe dormirse sobre sus laureles.

»¿Qué hará Pulgarcillo mientras el Ogro le deja vivir y lucir su piedra preciosa?

»Pues estudiará día y noche la vida del Ogro y de los otros ogros que tengan «intereses análogos» a los de éste... Averiguará por qué el Ogro es tan

fuerte, de qué se nutre, cómo se las arregla para sobrepasar, de todo el hombro, como Saúl, a los hijos de Israel.

»También Pulgarcillo puede crecer, imitando los sistemas del Ogro; puede crecer sin ruido; puede crecer hasta tener derechos y prerrogativas que a nadie, ni por mal pensamiento, se le ocurra vulnerar.

»Ya hemos asistido en el mundo al desarrollo sorprendente de muchos Pulgarcillos con voluntad... para que podamos dudar de esto.

»El alimento de los gigantes y de los dioses: *the food of the Gods*, de que hablaba Wells en una de sus novelas, no es más que la «Fe», no es más que la «Perseverancia»: ¡creer en uno mismo, y persistir!

»Dijimos que el otro cabo de la vara que sostiene la rana en sus mandíbulas es la cohesión militar; a saber, no sólo ejército, sino un ejército homogéneo, moralizado, imbuido en altos ideales, con fe en su mando supremo.

»Yo quiero suponer que su país de usted tiene cuatro millones de habitantes.

»Pues bien, en caso de guerra, cuatro millones de habitantes pueden dar, por lo menos, trescientos mil soldados, perfectamente equipados y armados. Y trescientos mil hombres que luchan apoyados por todo su pueblo, dentro de sus fronteras naturales; que están animados por un soplo de entusiasmo austero; que conocen palmo a palmo su

terreno; que tienen un nivel moral que les permita darse cuenta de lo que es la patria, de lo que vale, de lo que le debemos, son invencibles.

»El Ogro diría en este caso:

»—Pulgarcillo es duro de pelar... Claro que al fin y al cabo me lo comería; pero me costaría mucho dinero, muchos sacrificios; no me proporcionaría gloria ninguna su vencimiento, y quién sabe si al fin el manjar se me indigestaba y tendría que vomitarlo...

»Quizá se acordaría el Ogro de los cuarenta mil boers que durante treinta y un meses se defendieron admirablemente de trescientos mil ingleses, les hicieron gastar miles de millones, tuvieron sólo cuatro mil bajas y han acabado por obtener todas las libertades políticas. Y acaso, si se tratase de un Ogro práctico, pensaría éste:

»—Más vale ser amigo de Pulgarcillo, que, por lo demás, se desvive por complacerme en todo aquello que no se opone a su dignidad.

»Porque no hay que olvidarlo, amigo mío, y esta es la clave (sobrado difícil a veces) de la diplomacia de los pequeños: la dignidad de Pulgarcillo debe «siempre» salir incólume en sus relaciones con el Ogro (1).

»Ya sé que los ogros, aunque bastos y rudos, suelen ser perversos; sé también que saben estorbar

(1) En cierta versión manuscrita, en vez de las palabras que siguen, la carta terminaba así:

«¿Que mi maquiavelismo es ingenuo? ¡Bueno! Ya se lo

en cuanto pueden el crecimiento de los pequeños. Pero esta ley del crecimiento, amigo mío, es una ley de Dios y todas las insidias y trapazas ogrescas se estrellan fatalmente contra ella.

»Hay muchos países en el mundo que han crecido entre las fauces de ogros sin misericordia, hasta que llegó su día de sol, día que no deja de llegar jamás para todos, absolutamente para todos

confesé a usted desde un principio: no entiendo nada de esas cosas.

Felizmente mi Patria, a pesar de tantas y tan lamentables convulsiones, acabará por triunfar de sus ímpetus suicidas.

Tiene México más de quince millones de habitantes, y a más de quince millones de habitantes no se los come nadie, por buen apetito que tenga.

Además, de ellos solos depende el ser considerados como potencia amiga por todos los grandes pueblos.

He procedido, pues, sin experiencia propia en mis consejos: únicamente, como poeta que soy; pero usted tiene la culpa por pedir mi parecer y por pedirlo, sobre todo, con tanta tenacidad.

Para concluir, una palabra: es indispensable que todos los ciudadanos del país de usted comprendan que urge estar unidos.

Es indispensable que sus disensiones íntimas cedan siempre ante el Canto Ideal común de la Patria. A esta Patria, amigo mío, hay que sacrificarle las pequeñas vanidades de partido, las pequeñas ambiciones, los deseos enfermizos.

Alrededor de la bandera nacional no debe haber más que frentes sumisas y, sobre todo, almas apretadas, para que la bandera las cobije mejor.

Suyo aïmo. q. b. s. m.—Amado Nervo.

los pueblos, como llega para todos los hombres. »Sabe cuánto le quiere, etc.»

Y aquí acaba, lector, mi ingenua carta de hace algunos años.

La diplomacia tiene posibilidades infinitas, añadiría yo ahora, y debe procurar siempre ser el triunfo de la inteligencia, sutil, ágil, fértil, de aquellos a quienes la naturaleza providente, que no deja a nadie sin defensa, otorgó tan eficaz arma.

¿Crees tú, lector, que existirían, por ejemplo, los ratones aún, y serían tan poderosos como son en este mundo, si los gatos fuesen omnipotentes?

Hay a veces mazas enormes que caen sobre los pequeños; pero siempre quedan huecos en la superficie que aplasta y en esos huecos se guarece la astucia que mañana ha de burlar el contundente acero...

Ulises, que debía ser el patrono de los diplomáticos y que simbolizaba el ingenio griego en lo que tuvo de más sutil, de más agudo, elegante y simpático, nos dió buenas pruebas de cómo se vence a los gigantes...

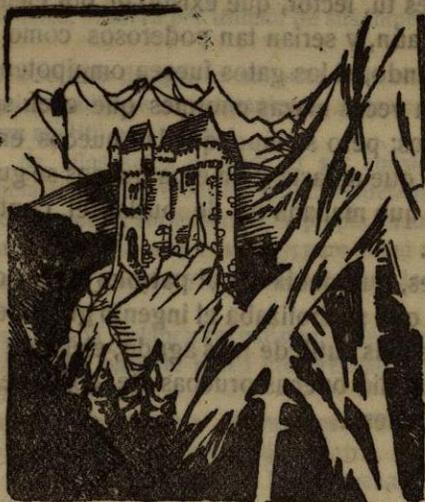
En cuanto a la manera de volverse gigante (aprendiendo de los fuertes la ciencia de la fortaleza), nos la ha mostrado el Japón.

Hace muchos años, en el palacio real de Post-

dam, en una fiesta, Bismarck, cuyas bromas y bravatas no eran de lo más fino, cogió entre sus brazos de coloso al entonces ministro del Japón, que era muy pequeñito, y mostrándoselo a Guillermo I, le dijo:

—Señor, ¿veis aquí a Pulgarcillo? Pues este Pulgarcillo pronto será un gigante.

1917



EL TEMEROSO PRESTIGIO DEL MAR

LA triple coraza de que, según el poeta latino, necesitó revestir su corazón el primer hombre que osó confiarse al mar en un leño, vuelve a ser necesaria ahora.

El mar se había domesticado asaz en el curso de las edades.

La perfección de las máquinas, la majestad de los grandes transatlánticos, la telegrafía inalámbrica, los compartimentos estancos, la pericia de los marinos, lo frecuentado de las rutas marítimas, habían de tal manera vuelto segura la navegación, que la estadística pudo recientemente estampar el siguiente aforismo:

«No hay lugar más seguro en el mundo para viajar que el camarote de un transatlántico.»

Por eso una catástrofe como la del *Titanic* conmovió al mundo entero y resultaba de un nunca visto romanticismo.

Los mismos pasajeros del gran buque rehusaban abandonarlo y meterse en las lanchas.

«¿Para qué, decían, irnos a enfriar, a pillar una

pulmonía, si hemos de volver al buque? ¡Es imposible que éste se vaya a piquel!

Y sólo se convencieron cuando aquel inmenso palacio flotante, iluminado como para una fiesta, se hundió lentamente en las aguas heladas y tranquilas, mientras la música de a bordo dejaba oír las unciosas melodías del himno evangélico: «¡Nearer to thee, my God!»

Pero esta guerra inacabable, que todo lo subvierte, esta guerra de las antinomias, de las rectificaciones, de las sorpresas, ha devuelto al mar su medroso prestigio.

El gran salvaje puede estar contento.

Ya sólo los pequeños le temían: los pescadores sorprendidos por las furiosas galernas; el cabotaje tímido y débil. Mas ahora le temen los grandes.

Sus viejos monstruos nos hacían sonreír... o soñar. Sus ballenas iban de vez en cuando a varar inofensivas en las playas o eran arponeadas por buques ligeros y expertos. Los pulpos gigantes ya sólo existían en los cuentos de Wells; su famosa serpiente era vista no más por ojos de marinos ligeros e infantiles; y para encontrar alguna criatura misteriosa y sorprendente se hacía preciso que unas redes especiales, arrojadas desde el yate del príncipe de Mónaco, se arrastrasen por los légamos y capturasen en fondos de muchos kilómetros peces fantásticos, de fosforescencias milagrosas, cuya policromía fotogénica alumbraba los senos profundos del océano. Pero absolutamente inofensivos para el hombre.

Mas he aquí que un nuevo monstruo nunca vis-

to por las edades, soñado nada más que por los fantaseadores de otros tiempos, se mete en la entraña de la onda, se multiplica, pulula en todos los mares, anida en todos los recodos de las costas poco frecuentadas... Es grisáceo, negruzco como un cetáceo. Tiene, como ciertos coleópteros, un órgano visual en el extremo de un apéndice, el cual le permite ver sin abandonar sus limbos seguros.

Con este ojo ciclópeo acecha a sus víctimas, y cuando ha calculado el golpe, emerge rápido y dispuesto al exterminio.

En unos cuantos segundos, sobre su lomo bascula una certera pieza de artillería, manejada por hábiles artilleros.

De su seno surge por una portezuela, apenas visible, un huso alargado, que va rizando las aguas y que lleva en su seno la más espantosa muerte.

En unos minutos la carnicería horrenda ha terminado. Un gran vapor, gallardía y orgullo de una nación, con los flancos destrozados por explosivos formidables, se hunde.

En unas cuantas lanchas tiritan de frío los pasajeros y las tripulaciones, medio desnudas.

El monstruo grisáceo se sumerge de nuevo y va en busca de otra presa.

Y como en los tiempos de Ulises, la navegación vuelve a ser un cuento.

Ya no se viaja por recreo. Se viaja por necesidad. En cuanto la costa se pierde a lo lejos, como una

línea indecisa, la emoción se apodera de los corazones.

Todo está a merced del criterio de un hombre rubio, que se erguirá en un momento determinado sobre la oleosa superficie de su monstruo, mientras éste habla con el buque por medio de signos que el pasaje no acierta a comprender.

Las mujeres, sobre todo, escrutan con sus ojos azorados la movilidad de las ondas; y el menor reflejo de la luz paréceles un periscopio que emerge...

Si se navega por zonas prohibidas, a cada instante puede surgir «como un ladrón», la muerte, según la imagen del Evangelio.

Todos los actos de a bordo, merced a este miedo de las almas, tienen no sé qué solemnidad.

Se suele comer en silencio... y sobre cubierta, aquella pareja que se busca en los ojos la eterna quimera, habla en voz baja. Su idilio tiene algo de místico, porque de un momento a otro puede sellarlo el mar para siempre...

Hace muchos siglos, era también así.

El mar estaba poblado de monstruos fabulosos, de bellos y tremendos peligros, de nunca vistas aventuras.

Un hombre, sagaz entre todos, rey, sabio, guerrero, al volver a su isla Itaca, luchó «durante diez años» con las tempestades y las tormentas.

Naufragó un día y abordó a la isla de Circe, donde fué amado por esta maga y tuvo de ella un hijo

llamado Telégono. Para retenerlo en sus brazos, la encantadora cambió a todos sus compañeros en bestias salvajes; pero Ulises encontró medio, sin embargo, en su fértil ingenio, para huir de la isla.

Naufragó, empero, otra vez y fué arrojado a la isla de Calipso, que le amó también y le retuvo.

Por fin, su frágil navío se hizo pedazos cerca de la isla de los Ciclones, donde Polifemo devoró cuatro de sus soldados y lo encerró con el resto de ellos en su antro, del cual ya sabemos cómo escapó el griego ladino.

Evitó Ulises asimismo el encanto de las Sirenas, y cuando salió de Eolia, Eolo, como muestra de su benevolencia, le dió unas pieles en que estaban encerrados los vientos... Pero la curiosidad de algunas de sus gentes las abrió; escapáronse los vientos e hicieron terribles estragos.

La borrasca arrojó a Ulises a Africa, y cuando ya estaba a punto de tornar a su patria, naufragó de nuevo... perdió todos sus buques, que se hicieron pedazos, y se salvó solo en un leño, logrando llegar a su reino en un estado deplorable.

Allí le aguardaba, empero, un amor que había sabido ser fiel durante veinte años... y un perro que en esta eternidad de tiempo supo reconocerle. También le esperaba un hijo adolescente que parecía un dios.

Hermoso cuento que ninguno de nosotros hemos olvidado; que gustamos siempre de oír relatar y

que nos hizo suspirar muchas veces en la juventud con suspiros nostálgicos.

¡Cómo envidiábamos a aquel rey que había naufragado tantas veces, que había luchado con un ciclope, que había amado a dos diosas y que había contemplado las carnes translúcidas, los ojos de un verde líquido y lleno de enigma y las plateadas colas de las sirenas!...

Y cuando yo navegué por primera vez, en vano atalayaba la llanura móvil esperando que surgiera el milagro, la aventura que ansiaban mis veinte años...

Una desconsoladora sensación de seguridad me invadió a bordo del gran transatlántico.

Todo era allí normal, como en una casa bien ordenada. Todo se hacía a hora fija. La gente que no se mareaba, sólo pensaba en comer. Se comía cinco o seis veces al día. Se leían novelas. Por la noche había conciertos. En el salón se jugaba a las cartas. Los jóvenes, vestidos de frac o de smoking, cortejaban a las señoritas. El rumor del mar y del viento se ahogaban entre las risas y el piano.

A veces, empero, el océano en rededor amanecía envuelto en una niebla algodonosa que borraba todas las perspectivas, en una niebla pertinaz que parecía desmaterializarnos...

La sirena del transatlántico aullaba con un aullido continuo, lento, morótono...

De pronto, a través de aquellos limbos, como al trasluz de un papel de calco, se veía pasar una sombra alargada... Otro transatlántico, que acaso había estado a punto de chocar con el nuestro.

Mas nadie se había dado cuenta en el pasaje.

Se cruzaban apuestas sobre las millas que andaría el buque cada día.

Se bajaba al comedor a todas horas... y mis veinte años se acordaban de Ulises y lamentaban la igualdad prosaica de las navegaciones modernas.

Mas ahora, ¡oh viejo rey de Itaca!, eres tú el que nos envidiarías.

Tu Polifemo resulta inofensivo junto a ese monstruo que tiene también un solo ojo y que asoma, fantástico, en todos los momentos, cerrando el paso a los buques.

Otra vez el temblor, la inquietud, únicas cosas quedan precio a la vida, se enseñorean de los viajeros.

Empero, el corazón del nauta sigue siendo osado y no cesa.

El mar continúa poblado de naves.

La decisión y el valor de los navegantes y fogoneros británicos, por ejemplo, se nos refiere que no se han resentido en lo más mínimo a pesar de los incesantes naufragios, y las tripulaciones continúan tan animosas como antes, dispuestas siempre a contratarse.

La Humanidad no es inferior a su historia.

En el peligro fué engendrada, entre peligros nació, y sabe, siguiendo el consejo de Zaratustra, vivir en el peligro.

No sólo sabe, sino que necesita este espolonazo del riesgo.

Sin él la existencia pierde todo sentido y todo sabor.

El autor del *Pragmatismo*, en su ensayo sobre si «La vida vale la pena de ser vivida», nos dice: «Es un hecho digno de notarse que ni los sufrimientos ni las penas mellan en principio el amor a la vida; parecen, al contrario, comunicarle un valor más vivo. No hay fuente de melancolía más grande que la satisfacción. Nuestros verdaderos agujijones son la necesidad, la lucha, y la hora del triunfo nos aniquila de nuevo. Las lamentaciones de la Biblia no emanan de los judíos en cautividad, sino de los de la época gloriosa de Salomón. En el momento en que era aplastada Alemania por las tropas de Bonaparte, fué cuando produjo la literatura más optimista y más idealista del mundo; y el pesimismo, al cual Francia sucumbe ahora (ya hemos visto cómo, corroborando la teoría de James, el peligro y el dolor han vuelto a Francia su voluntad de ser y de vivir), no invadía aún a esta nación cuando todavía no pagaba los miles de millones del Año Terrible. La historia de nuestra propia raza es un largo comentario de la alegría que acompaña a la lucha.»

Esta alegría inquieta, palpitante, llena de atractivos salvajes, es la que siente en la actualidad el nauta.

En cuanto al viajero que emprende por necesidad una travesía, vuelve a experimentar en el fondo del alma aquellas emociones que eran el tesoro de la especie y que la monotonía y seguridad de los viajes había aniquilado.

En el beso que da a la esposa pone no sé qué augusta solemnidad.

La oración, mientras él viaja, queda velando con lágrimas en la penumbra de la alcoba nupcial, y por la noche, agrupados los niños en torno de la madre, dicen, como antaño las esposas y los hijos de los que aun navegaban en barcos veleros, el himno sencillo que ha atravesado los siglos: «Ave Maris Stella»...

Quando la guerra acabe, cuando todo peligro se aleje, cuando hasta la última mina haya sido barriada de los mares... ¡quién sabe qué nostalgias íntimas se leerán en los ojos de los navegantes!

La sensación de seguridad casi absoluta matará, tal vez para siempre, en los corazones y en los espíritus de los hombres ese sabor delicioso de la inquietud...



LOS MUERTOS

EN nombre de un ideal se ha pedido a los hombres que mueran, y ninguno ha vacilado en dar su vida.

A los defensores de Verdun se les ha llamado «los voluntarios de la muerte».

El padre ha ofrecido a sus hijos, la esposa al esposo, la hermana al hermano.

Pero a medida que, segados por «la mujer de la hoz», van cayendo en los removidos campos del frente racimos de vidas lozanas; a medida que el tiempo transcurre, mientras la catástrofe que se eterniza, parece ser «la pesadilla sin fin», de que hablaba Galdós, una pregunta conmovedora, tierna, temblona, asoma en todos los labios: «¿Hemos perdido para siempre a nuestros muertos?—interrogan las esposas viudas, las madres dolientes, los padres solitarios—. ¿Volveremos a ver a nuestros muertos?»

Interrogación formidable a la que el mundo aún no puede responder...

Obras Completas

Y en Francia, y en Inglaterra, no hay revista seria que no dedique a menudo páginas verdaderamente inquietantes a estas almas huérfanas y angustiadas, procurando contestar a su pregunta intensa.

Veamos, por ejemplo, *The Nineteenth Century and After*. Esta gran revista en todos sus números consagra capítulos interesantísimos a la cuestión suprema.

Los doctores en «ultratumberías» (que dijo Unamuno) intentan resolver la ecuación eterna con datos más o menos luminosos.

Uno de ellos, J. Arthur Hill, dice:

«En los terribles tiempos actuales en que la guerra lleva el luto por dondequiera, la cuestión de la supervivencia individual tras la muerte del cuerpo, se agudiza como nunca. Millares—digamos millones—de gentes preguntan sin cesar si esa valiente juventud, que ha hecho o hará el sacrificio de su vida, sobrevivirá al gran cambio.

«Los instructores religiosos, aunque bien intencionados y con anhelo de ayudar, en su mayor parte, no logran impartir auxilio alguno: «nosotros—dicen—sólo tenemos nuestra fe; no podemos «saber». «En la casa de nuestro padre hay muchas moradas», *et sic de caeteris*.

«Todo ello está muy bien, pero es demasiado vago para confortarnos. La desolación quiere «saber» si este conocimiento es posible.»

Otro escritor, Herbert Stephen, dice:

«Una de las necesarias consecuencias de la tre-

menda y creciente guerra, en que un gran número de hombres que se encuentran en la segunda, tercera o cuarta década de la vida, mueren diariamente, muchos de ellos en plena fuerza y vitalidad, es la tendencia, ya normal en algunas gentes, de consultar y creer a los adivinos, a los videntes que miran en las esferas de cristal (cristal-gazers), a los que hacen mover las mesas, a los mediums en trance o automáticos; tendencia que se ha desarrollado y ha sido estimulada enormemente.»

Por su parte, el hondo y sugestivo H. F. Wyath escribe:

«Imaginemos, por ejemplo (ya que para muchos esta idea no podría ser concebida de otra manera), que, merced a alguna adaptación de las ondas de Marconi a vibraciones del éter más sutiles que las hasta aquí descubiertas, nosotros, los crudos materialistas modernos, con nuestra insensibilidad medio salvaje para comprender las ideas espirituales, de pronto nos encontramos en plena comunicación con aquellos a quienes ya no podríamos llamar «los muertos...» ¡Cómo se transfiguraría el significado de toda la tierra y de todas las cuestiones terrestres!... Los problemas de la civilización irían transformándose; la verdadera naturaleza del hombre se modificaría rápidamente. El fin principal de la vida no sería ya la ganancia material, sino la salud espiritual. Al maestro que enseñase ésta, se le estimaría más que al médico. El bien del cuerpo estaría subordinado al bien del alma. Los pobres serían consolados en su pobreza. Los ricos mirarían

su opulencia como un depósito confiado sólo para nobles usos.»

Uno de los signos de este revivir de la conciencia espiritual en Inglaterra, es el éxito del último libro de sir Oliver Lodge, el gran sabio.

Intitúlase este libro *Raymond, or life and death*, y ha sido inspirado por la muerte de Raimundo Lodge, el hijo de sir Oliver, que en plena juventud cayó recientemente en la guerra, y que—según su padre—no ha entrado en el silencio de la muerte. Su amor filial encontró la rendija misteriosa, el hilo mágico, el transmisor y el receptor necesarios para decir al viejo dolorido palabras de consuelo y de paz...

No olvidemos que sir Oliver Lodge pertenece a la única sociedad que existe en el mundo, científicamente organizada, para arrancar su secreto a la esfinge. Me refiero a *The society for psychical research*, que lleva ya publicados más de cuarenta volúmenes de «hechos», de puros «hechos», todos comprobados.

El libro de sir Oliver envuelve tres proposiciones:

Primera: que los que han muerto continúan viviendo «individualmente».

Segunda: que los que han muerto siguen interesándose por las personas y por la suerte de sus amigos ausentes.

Tercera: que los que han muerto ansían que se

realicen las condiciones idóneas y necesarias para comunicar con nosotros.

Si sir Oliver Lodge prueba estas tres proposiciones, tocará decirlo a cada uno de los lectores de *Raymond, or life and death*. Yo sólo señalo la aparición de este libro como un síntoma, como un signo más de la angustia interrogativa de la Europa verdaderamente culta, que quiere rasgar, nerviosa, el velo de Isis, para saber si en este mar de sangre no podrá flotar la barca azul de una esperanza... para inquirir si es definitiva e irrevocable la ausencia de sus muertos!

¡Cuánto se ha hablado del silencio impenetrable, inexorable, de la esfingel

Ya el gran Malherbe, en aquellos versos, llenos de austeridad y de melancolía, que todos conocemos, exclamaba:

*La mort a des rigueurs a nulle autre pareilles,
On a beau la prier,
La cruelle qu'elle est se bouche les oreilles
Et nous laisse crier.*

Pero ¿es cierto que la muerte se tapa los oídos?
¿Es cierto que despiadadamente nos deja gritar?
¿Es cierto lo de la impenetrabilidad de la esfingel
¿No sucederá simplemente que no hemos encontrado aún el «receptor» indispensable para que las almas amantes y ansiosas que se agrupan del otro lado del muro negro nos puedan decir lo que continuamente quieren decirnos?

El delicadísimo Juan Maragall, en una página llena de emoción que consagra a los muertos, dice: «El (el muerto) está ahora tras esa obscuridad que nos rodea, que rodea nuestra claridad, que es el muro invisible de nuestra claridad, y que nos filtra sutilmente el espíritu, dejando sólo en la claridad la carne muerta.

»Y del otro lado del muro nada nos viene: ni una señal, ni un temblor, ni un suspiro: una inquietud espantosa.

»Sobre este muro la fe pone sus letras de fuego, que dicen: «eternidad», lo cual ya es mucho, ya es todo, si se quiere, si se puede... Pero a veces no se puede, porque esto es sólo «el qué», y el hombre está ávido «del cómo» y necesita pasto de éste. Dios le ha dicho: «Serás conmigo o fuera de mí... felicidad o infelicidad eterna.» Pero el cuándo y el cómo feliz o infeliz eternamente, Dios no se lo ha dicho todavía: es la nueva luz reservada seguramente al otro lado del muro. Allí nos aguarda. Pero, ¿por qué no nos dicen nada de ello los que ya lo atravesaron? ¿Tan recio es y tan sordo? Tan sutilmente se pasa de aquí allá, que con una nada nos encontramos del otro lado; tan espeso de allá acá, que no se nos devuelve ni una señal, ni un temblor, ni un suspiro.

»Y, sin embargo, hermanos nuestros sois los millones que lo habéis pasado; ayer erais como nosotros mismos, y sabéis nuestro afán, que era el vuestro propio. Aquí nos habéis dejado golpeando el muro y queriendo ablandarlo con vuestras lágrimas para sentir algo a través, y nada contestáis.

Aunque hayáis sido aquí nuestro amor más fuerte y nosotros el vuestro, nada queréis decirnos. ¿No podéis? ¿Habrá del otro lado el mismo afán que de éste, igualmente doloroso e insatisfecho? Tal vez golpeáis también desesperadamente y nos llamáis a gritos y no podéis haceros oír de nosotros, o tal vez nos oímos y nos hablamos sin llegar a entendernos...

Cabe pensar, sin embargo, este pensamiento consolador: la muerte, por terrible que sea, por mucho que nos cambie, no nos deshumaniza, no puede deshumanizarnos. Seguimos perteneciendo a la especie. ¿Qué más da que seamos invisibles, si lo hemos sido en realidad siempre, si estamos formados de cosas invisibles?

Y si la muerte, como es evidente, no puede deshumanizarnos, del otro lado del muro habremos de amar, como hemos amado de éste, o quizá más pura y altamente de lo que aquí hemos amado.

Sólo que lo que hay de la otra parte del muro puede ser de tal naturaleza, que enajene todas nuestras potencias...

«Lo que el absoluto es—dice Ramakrishna en su Evangelio (1)—nadie puede decirlo. El que ha alcanzado el absoluto no puede dar informe alguno de él.»

Y refiere la siguiente parábola, que es una de las

(1) Sociedad Vedanta, Buenos Aires.

más inquietantes y misteriosas que hayan dicho los labios de un hombre:

«Cuatro viajeros descubrieron un lugar cercado por una alta pared, sin abertura en ninguna parte. Muchos deseos tenían de ver lo que había del otro lado. Uno de ellos subió encima de la pared, y al mirar hacia adentro exclamó con asombro y con alegría: «¡Ah, ah, ah!...» y sin dar ninguna explicación a sus compañeros saltó... Los otros hicieron lo mismo.

«Cualquiera que suba encima de la pared salta hacia adentro y nunca más vuelve a dar noticia de lo que ha hallado...

«Tal es el reino del absoluto. Las grandes almas que han realizado el absoluto no han regresado, porque después de obtener el más alto conocimiento de Brahma, se pierde por completo la sensación del yo.»

... Pero todas no son grandes almas.

La infinita mayoría de los que se han muerto, de los que han exclamado con sorpresa y alegría: ¡Ah, ah, ah! son almas pequeñas como las nuestras, aun cuando la vanidad de la vida las haya vestido de pompa. Están, pues, muy cerca de nosotros por su nivel y por su modestia. Conocemos el poder de sus alas... No pueden haber ido muy lejos... Un gran vuelo las cansaría. La atmósfera espiritual que respiren no estará muy rarificada. Sabemos cuáles eran sus amores, sus odios, sus deseos, sus tristezas... La muerte no ha podido cambiar su esencia... ¿Por qué, pues, cuando les hablamos con tanta angustia, con tanta ternura, con tanta insistencia, callan?

¿Por qué todos esos héroes que han caído en el borde de las trincheras no saben cuchichear una palabra de alivio y de esperanza al oído de la madre, de la esposa, de la hija, desconsoladas?

Quizás, amigos míos, porque nosotros, materiales en todo, pedimos a nuestros muertos una manifestación exterior...

Y ellos hablan dentro de nosotros...

¿Habéis intentado, por ventura, con cuidadosa constancia, con perseverante empeño, producir el silencio y la paz en vuestro espíritu, en vuestra imaginación turbulenta?

Si lo habéis hecho con constancia, alguna vez lo habréis logrado, y entonces de las serenas mansiones del alma, de los senos profundos y quietos del espíritu habrá surgido un pensamiento que sentíais era distinto de vuestro propio pensamiento: vuestros muertos os hablan, y habrá en su lenguaje el mismo apasionado amor que os tuvieron en la vida.

En otra ocasión, al ir a realizar determinado acto, una repugnancia súbita, incomprensible, una aprensión repentina, os detuvo y paralizó vuestra voluntad: los muertos queridos en esta vez os salvaban de un peligro inminente con el mismo celo conmovedor de que tantas veces os dieron muestras en la existencia...

¿Sonreís? ¡Ah! Yo sé que los tristes, los que han amado a uno de esos ausentes «definitivos» (que acaso están más que nunca cerca de nosotros, pues que dentro de nosotros están) no han de sonreír. El dolor es el peldaño de la fe, la escalera de la esperanza.

Los que han sufrido mucho aprendieron, además, por virtud de su propio dolor, a enterarse de estas cosas sutiles.

Un joven escritor hispanoamericano me escribía recientemente refiriéndome cosas extraordinarias que acontecían en su casa.

Los muertos (o cuando menos energías invisibles inteligentes) mostrábanse a él y a su familia en las más diversas y peregrinas formas. Muchos ilustres desaparecidos volvían de la otra ribera y conversaban, por medio de la famosa mesita o de la escritura automática, con él y con varios de los suyos. Me preguntaba mi opinión...

Yo siempre me he resistido a creer que las grandes almas estén a la merced de nuestra curiosidad. No sé si su conciencia sobrevive a ese profundo cambio de la muerte, o se abismará en el absoluto como quiere la filosofía vedanta, o por lo menos se alejará de nosotros.

En el famoso y ya clásico libro de Myers, *The human personality*, hay un espíritu que por ministerio de un médium parlante dice a sus amigos: «Aun me tenéis cerca; pero siento que cada día me alejo más de vosotros...»

Se comprende este alejamiento. El alma humana está de tal suerte hecha para lo mejor, que a ello se adapta en seguida y sufre después horriblemente con los descensos.

Quien ha logrado, por ejemplo, en el mundo ser

admitido en un círculo selecto de hombres elevados, ¡con qué repugnancia, con qué asco sufre después las inevitables promiscuidades a que le somete su destino!

Pues así de psiquis, si de la hondura del morir salvó la conciencia.

¿Cómo presumirse que quien escapó—¡por fin!— a la obligatoria sociedad de tantos necios, de tantos pedantes, de tantas almas serviles o groseras que se encuentra uno en el camino, vuelva deliberadamente a divertir nuestros ocios por medio de una mesa?

Si no es el subconsciente el autor del fenómeno; si éste no se genera en las regiones oscuras de nuestro yo; si, en efecto, hay almas que acuden a llamamientos tan triviales, ¿no es lógico suponer que sean almas inferiores? De ahí lo vacuo, lo pueril, lo necio de algunas de sus respuestas...

Pero quien en la quietud cristalina de su espíritu, en la soledad religiosa, llama al ausente querido y le pide auxilio y amparo,

¡Si escucha bien en la noche,
si tiene fina la oreja,
oírá palabras muy hondas
en medio de las tinieblas!

O como dice el poeta de Francia:

«Les morts parlent; sa voix lointaine nous arrive.
Elle n'a pas le son de la notre: on dirait,
triste comme un soupir, et doux comme un secret,
un chant misterieux, qui vient d'une autre rive...»

Esta voz es la que ha creído escuchar el noble autor de *Raymond or life and death*. Esta voz es la

que escuchan siempre los que aman; porque, oído bien, la esfinge que desespera al sabio, que cansa al filósofo, que calla hosca y fiera ante la investigación orgullosa, abre siempre sus brazos al amor; para el amor vuelve de terciopelo sus garras; al amor sólo permite que lea en sus fríos e insondables ojos el enigma divino de la vida y de la muerte; porque, como dijo Milton, «jamás el amor ha pretendido una cosa en vano...»

1917.





BREVEDAD

Es bien sabida la historia de aquel califa de Bagdad que, deseoso de instruirse y no pudiendo llevar consigo en sus frecuentes viajes toda su biblioteca, pidió a los sabios de su reino que le condensasen hábilmente la ciencia entera de la Humanidad, en número tal de volúmenes que pudiesen cargarlos diez camellos.

Los sabios pusieron a la obra, y después de improbables trabajos lograron su propósito. El califa pudo en adelante pasear toda su biblioteca por los ámbitos de su vasto reino. Los diez camellos seguíanle siempre, acompasados, llevando su carga de gruesos volúmenes.

... Pero los camellos eran muchos y la biblioteca ambulante resultaba demasiado copiosa. El califa hizo convocar de nuevo a los sabios.

—Quiero—dijo—que me condenséis todos estos volúmenes en la décima parte de ellos, a fin de que un solo camello, que me siga por dondequiera, lleve a cuestas toda la sabiduría del orbe, y pueda yo consultarla donde me plazca.

Los ancianos doctos del reino pusieron otra vez a la obra, y después de luengos y concienzudos trabajos, del más paciente benedictinismo, lograron el propósito del monarca.

Un solo camello, en adelante, llevó por dondequiera la biblioteca del califa.

A veces, muy frecuentemente, cuando la pompa comitiva se estaba a la sombra de los grandes árboles, el califa pedía su camello y tomaba de él los volúmenes que le placía para leer, comentando con los más avisados de su numeroso cortejo la sabrosa o profunda doctrina, la gracia más o menos frívola, la descripción más o menos pintoresca.

Mas ¡ay!, un camello cargado de libros era aún demasiado, y el real capricho ansió algo mejor: ansió que en un solo libro los sabios de su reino condensasen toda la ciencia del planeta.

No hay para qué ponderar el trabajo enorme de los niveles eruditos septuagenarios... ¡pero quién iba a negarse al deseo del califa!

Después de larguísima desvelos un libro estu-
pendo (no diré que poco voluminoso), cuyas páginas eran de la más fina vitela, contenía el extracto de cuanto los hombres habían pensado, visto y sentido...

¡Cuál no fué la alegría del califa! ¡No más reata, no más rosario de camellos! El precioso libro, envuelto en damasco rojo, iba fijado por correas al propio arzón de su caballo árabe!

A cada paso, el monarca tomaba su libro entre las largas y afiladas manos de marfil, y leía con

frucción las viejas sentencias de los grandes sabios, los admirables himnos religiosos con que los nobles espíritus supieron, en el comienzo de la historia, loar a la Divinidad; las observaciones de los hombres pacientes que descubrieron con tesón los secretos de la Naturaleza...

Mas sucedió (ya os lo imaginaréis) que después de sobar y resobar el libro, nuestro califa encontró que aún era harto voluminoso y pesado... y ocurriósele pedir a los sabios de su reino un milagro: que hiciesen labrar en la gran esmeralda de una sortija, la más bella piedra que hubo jamás en el tesoro de un rey, una sentencia, una sola, que condensase toda la sabiduría humana...

Imaginaos la estupefacción de los sabios. Aquello era peor que el famoso cordero de Salomón, condensado en una píldora...

Se cuenta que un año entero estuvieron meditando los blancos ancianos, y meditando estarían aún si el califa no hubiese enviado a decirles que, como no le entregaran la sentencia a su lapidario antes de la luna de abril (era la luna de marzo), haría con sus doctas cabezas calvas el más completo y substancioso racimo que se hubiese visto en sus reinos...

Antes, pues, de la luna de abril, el lapidario real tenía en su poder la sentencia; antes de la luna de mayo, con los más finos y bellos caracteres, en la enigmática superficie verde de la gran esmeralda estaba grabada (pongo por caso, pues que la historia no ha dilucidado aún bien este asunto) la siguiente sentencia fulgurante y eterna: «Alá es

grande. Amale sobre todas las cosas... ¡Y no te fies de las mujeres!»

He recordado esta peregrina historia, que viene muy de lejos y se refiere de muchas maneras, el otro día, a propósito de un elogio que me dirigió un amigo, elogio que ya debí antes a la amabilidad de Rubén Darío:

—A usted—me decía mi amigo—se le lee siempre con gusto, porque es breve...

Cuando publiqué mi primera novela, *El bachiller*, un crítico de Méjico, tras algunos juicios poco satisfactorios, concluía así:

«Por lo demás, la novela es breve... como el ingenio que la produjo.»

Y he perseverado en esta brevedad, en esta homeopatía intelectual, hasta hoy. Una novela mía se lee siempre en media hora, a lo sumo, y puedo decir como Bécquer para tranquilizar a la gentil amiga suya, a quien ofrecía dedicar un libro:

«No temas, un libro mío no puede ser largo...»

¿Es un mérito la brevedad?

Cuando, como en mi caso, poco bueno se puede decir, sin duda alguna; cuando hay en el cerebro abundancia de noticias jugosas para ilustrar y edificar a los humanos, claro que no; pero sucede que, aun estando poblado un cerebro de lo mejor, la humanidad va tan de prisa, está tan atareada, que cada día permite menos fertilidad a la erudición y menos desarrollo a la literatura.

Dijo Balmes que un genio es una fábrica, y un erudito, un almacén.

No cabe duda de que los almacenes son de primera necesidad; pero no hay tiempo de hacer inventario de sus existencias. Problemas formidables solicitan al hombre y a la mujer en el mundo moderno. Ni en la más apartada provincia se puede ya dedicar una vida al benedictinismo, y quien quiera decir algo útil, algo bello, algo noble, algo consolador a sus hermanos ha de decirselo brevemente (1).

Cuando los sabios del porvenir, ante el niágara actual de libros impresos, hagan por mandato del Estado la labor tremenda que el califa de Bagdad confió a sus temblorosos ancianos, ¿qué quedará de las diversas literaturas y filosofías para los escolares nerviosos, ágiles y atareados del tiempo futuro?

Sin duda alguna, hermosos libros breves, en que, como centellas, fulguran los pensamientos de los grandes hombres. Síntesis admirables de lo que soñaron y reflexionaron las razas...

Ya vemos que de lo que contienen los libros geniales no se ha hecho pensamiento de todos los pensamientos, no ha formado el espíritu de los demás, sino lo esencial.

De Shakespeare la Humanidad sabe diez o veinte sentencias y pensamientos. Los eruditos saben lo demás; el almacén de que habló Balmes está re-

(1) De aquí en adelante aparece publicado bajo el título *Elogio de la Brevedad*. Es la parte propiamente original de este ensayo.

pleto... Pero la Humanidad no lo visita, y vive con la substancia de lo que el gran genio inglés dió al mundo.

Por él sabemos que «estamos hechos de la propia substancia de nuestros sueños»: «*We are such stuff as dreams are made on, and our life rounded with a sleep.*»

Por él sabemos que «ser o no ser es el gran problema».

Por él sabemos que «hay más cosas en los cielos y en la tierra de las que entiende nuestra filosofía».

Por él sabemos que «la vida es el sueño de una sombra errante»...

Y aun cuando no supiéramos sino estas cosas, y unas cuantas más; aun cuando no hubiésemos leído sus treinta y cuatro *plays*, sus poemas, sus sonetos, su *Passionate Pilgrim*, esos pensamientos, al par hondos y fulgurantes, merecerían que el Titán hubiese existido, y la Humanidad que los ha asimilado a la propia esencia del alma humana tendría eternamente que agradecerse los.

¿Qué sabe la gente del Evangelio?

Fuera de los predicadores y de algunos eruditos, bien pocas sentencias.

Muchas de ellas se repiten ignorándose de dónde vienen.

Pero basta con las que van de boca en boca, de padres a hijos, para que la figura de Jesús aparezca en toda su dulce divinidad.

Con unas cuantas desoladas frases del Eclesiástico, con unos cuantos versículos de los Salmos, con unas cuantas palabras de amor del *Cantar de*

los Cantares, con unas cuantas quejas inmortales de Job, nos bastaría asimismo para la peregrinación por el mundo, y la Biblia merecería por ello haberse escrito y haber sido el oráculo de los hombres.

Una página misteriosa del *Bagharad Gita*, tomada de los diálogos de Krishna y Arjuna, unas cuantas parábolas búdhicas, unas breves definiciones de los Upanishadas, justificarian asimismo la vida religiosa, la alteza moral de la inmensa y pensativa India...

Y así de todo, y así de todos...

Pocas perlas se salvarán del gran collar; ipero cuantísimo oriente mostrarán esas perlas!

El tesoro filosófico y literario de la Humanidad estará un día en las manos de todos los niños de quince años, ya meditabundos, ya blandamente reflexivos, con los ojos ya llenos de oceánico ensueño y el saber cósmico de las razas.

De suerte que, amigos míos, los que sabemos poco, los que podemos decir poco, alegrémonos, regocijémonos de haberlo dicho con una concisión fuerte y piadosa al propio tiempo, con aquella concisión que el perfecto Flaubert, de sobriedades numismáticas, exigía al frondoso Maupassant joven.

Fustel de Coulanges decía que diez años, cuando menos, de análisis deben preceder a un fin de síntesis.

Pero ha de llegar para la Humanidad, después no de diez, sino de diez mil años de análisis, el día maravilloso y diamantino de la síntesis total.

Entonces, nuestro pequeño pensar, nuestro mínimo sentir radiará como una chispita clara y

cordial en el resplandor formidable de las conclusiones definitivas...; porque lo poco que dijimos lo dijimos con mucha humildad y sobre todo con mucho, con muchísimo amor...; porque fuimos sinceros al decirlo, y añadimos así nuestra visión limpiada del mundo a la visión prodigiosa de la conciencia eterna.

Nuestro espíritu asimismo, en los planos superiores donde acierte a morar tras incesantes esfuerzos, sonreirá (los espíritus también saben sonreír, y aun añadiría que es una de sus más delicadas prerrogativas), sonreirá, pensando que ahorró a muchos compiladores el trabajo de condensar sus obras

Todo lo que pensó y sintió en sus largas peregrinaciones podrá estar grabado en la esmeralda de una sortija...

Si es cierto que no hay comedia, tragedia o drama que no pueda desarrollarse mucho mejor de lo que lo está en un solo acto, ni libro que no pueda caber en un capítulo (y eso tratándose de las grandes obras), nos complacerá sobremanera, ¿verdad, amigos míos?, pensar que nosotros, previsores, nos contentamos con escribir un solo acto.

Habremos sido como esos cocuyos de mi tierra, que fulguran misteriosamente en la noche, con fosforea y furtiva luz, y a quienes no siempre el caminante puede seguir con la vista.

Brillaron un instante y pasaron; mas el trémulo relámpago de oro bastó al viajero para ver la bifurcación del camino, ¡y ya no se perdió en medio de la noche!



INGLATERRA Y LA RELIGIÓN DE MAÑANA

REFIERE Emerson que cuando Paul Leroux ofreció su artículo «Dios» al director de un diario francés, éste replicó: «La cuestión de Dios carece de actualidad.»

Frase que tiene cierta analogía con la que se atribuye a La Place, cuando Napoleón se mostró sorprendido de que en su Mecánica del Universo no hiciese intervenir a Dios:

—Sire, no he necesitado de esta hipótesis...

En Francia y en Inglaterra, antes del actual conflicto, casi nadie necesitaba *de esta hipótesis*, y la cuestión de Dios *no era de actualidad*.

En Francia la ciencia continuaba siendo materialista, y aunque Monsieur de Bergson congregaba en su cátedra a las más deliciosas *snobs* de París, que no lo entendían del todo, pero que lo miraban y admiraban, aquello no pasaba de la epidemia.

El Bergsonismo estaba de moda, mas los sabios y buena parte de la burguesía, los políticos,

Obras Completas

los intelectuales en general, continuaban siendo ateos.

Dijo un humorista que *Londres tenía cien religiones y una salsa, y París cien salsas y ninguna religión*.

Las cien religiones de Londres iban siendo puramente rituales, amigas de la letra.

En cuanto a las cien salsas de París, yo, modesto catador de muchas (¿mencionaremos entre ellas la del amor?), confieso que eran excelentes.

¡*Helas!* ¿cuándo volveremos a gustarlas?

En realidad, Inglaterra estaba llena de virtudes sociales; pero no tenía religión ninguna en mi concepto, si hemos de dar a esta palabra su augusto sentido.

La *gentlemanship* era casi una ética, es cierto, una admirable ética; pero sin nada que trascendiese de tejas para arriba.

Estoy por decir que Inglaterra, a pesar de esas sus grandes, sus sólidas virtudes privadas, era *humista*, es decir, seguía siendo discípula de su escéptico filósofo David Hume, el celeberrimo escocés que tanta influencia ejerció en su tiempo y en su medio.

David Hume sabemos que no creía en nada.

Casi era más absoluto en esto que Pirron.

—¿La materia?

—No existe: ¡qué va a existir! Si nada conocemos de ella... ¿Cómo es? ¡Quién sabe! ¿Qué pode-

mos entonces decir de una cosa de la cual nada sabemos?

—Está bien; pero si no existe la materia, existiremos por lo menos nosotros.

—Nosotros... ¿y qué somos nosotros? Nosotros, o lo que llamamos «nosotros», no es más que una sucesión de ideas, de representaciones; un desfile de imágenes.

—Bueno, pero hay alguien que se da cuenta de este desfile...

—¿Y por qué le llamamos alguien? ¿Y cómo comprobamos que *eso* sea alguien?...

Como estamos viendo, en la vida, como en una pieza de teatro, podríamos llamarnos a lo sumo *espectadores*; pero ignoramos cómo y de qué está hecho un espectador.

Inglaterra, delicioso país del humorismo, ha tenido unos admirables filósofos humoristas y flemáticos, o flemático-humoristas si a ustedes les place.

Sí, hasta se ha atribuido a un inglés moderno aquella famosísima frase que es de Pirron: —La vida y la muerte me son indiferentes.

—Pues entonces ¿por qué vives?

—Precisamente por eso: porque me es igual vivir o morir.

Llenos están los libros anecdóticos de frases inglesas que comprueban esta elegante indiferencia por todo.

Elegante he dicho: añadiré aristocrática, lo cual no es precisamente lo mismo.

Cuando «los primeros cien mil» murieron en Francia, con un aristocratismo desdeñoso y fino, los franceses mismos se quedaron asombrados, y eso que no hay francés que no sepa morir...

Se hizo proverbial lo de que la Gran Bretaña iba a la guerra como a un deporte.

París veía pasar con una sonrisa de simpatía a aquellos camaradas finos, limpios, con uniformes de un corte irreprochable, perfectamente afeitados, que peleaban heroicamente, sin dar importancia a la vida y que sucumbían sin frases.

¶ Pero la guerra ha sacudido de tal manera las almas que las está transformado por completo.

París sigue poniendo su sonrisa sobre las cosas, pero la pone como los caballeros del siglo xvii ponían el encaje sobre la armadura: la armadura es la fe, es el ideal que renacen.

Inglaterra conserva aún su humorismo aristocrático, pero bajo de él asoma ya la noble inquietud espiritual: una inquietud cada día más poderosa.

Se diría que la Gran Bretaña anda buscando un Dios.

Wells pretende haberlo encontrado y nos lo describe en uno de sus últimos libros. Es un dios muy personal... y bastante humano.

En todas las revistas serias, esta inquietud espiritual apunta en forma aguda, y a veces conmovedora...

Debemos creer, pues, que Inglaterra será cuan-

do la guerra termine, lo es ya, profundamente religiosa.

Su religión ha de ser, por otra parte, como conviene a un país tan culto, eminentemente filosófica, y ha de influir en Francia, como ha influido siempre con su filosofía.

Hubo un ingenio admirable en el siglo xvii, que influyó de modo poderosísimo en las ideas filosófico-religiosas y sociales de Francia. Locke, el verdadero inventor de los derechos del hombre, a quien Voltaire nunca apeó el calificativo de sabio: «el sabio Locke».

«Locke—dice Faguet—ejerció una prodigiosa y hasta imperiosa influencia sobre los filósofos del siglo xviii.»

Su política liberal ha enseñado al mundo. Su política religiosa (en la que figura la separación de la Iglesia y del Estado, que México realizó medio siglo antes que Francia) ayudó a la emancipación serena (o convulsiva, según...) de los pueblos, la determinó, mejor dicho.

¿Quién será el Locke de después de la guerra?

No se dan los Lockes en racimo, ya lo sé; pero el país que ha producido un Francisco Bacon, un Tomás Hobbes, un Locke, un Berkeley, un David Hume, un Newton, un Darwin, un Crookes, un Ramsay (y no sigo citando por no llenar la cuartilla), bien puede darnos un gran filósofo religioso, una gran filosofía religiosa, o, si queréis mejor, una religión filosófica, de acuerdo con la ciencia, de acuerdo con la razón, de acuerdo con el alma moderna.

Que esta religión filosófica será en su esencia cristiana ¿quién lo duda?

«El Cristianismo—dice Salvador Reinach—es el ímpetu espiritual más poderoso que ha transformado las almas y que continúa evolucionando en ellas.»

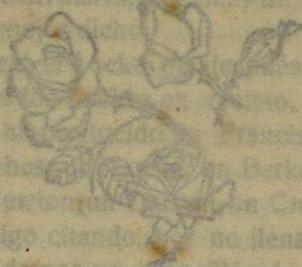
E Inglaterra, por su libre examen y el espíritu amplísimo de su tendencia evangélica, está más cerca que otras naciones de esta esencia cristiana.

Aguardemos, pues, la nueva religión, con curiosidad, con interés, no sin advertir que sus palpitaciones se sienten ya a flor de alma en toda la Gran Bretaña, y que se advierte en las ideas esa como fosforescencia trémula que precede a la combustión y a la radiante llamarada de los ideales nuevos.



La política liberal en México...
El descubrimiento del doctor Carrel...
El optimismo...
Abismos...
Los dos «sacos»...
¡Vaya usted a saber!...
Sobre el misterio...
Un admirable sincronismo...
La temeraria aventura...
El miedo al dolor...
Mucho ruido...
La muerte del ateísmo...
La euthanasia...
El termómetro...
Cervantes, natural de Córdoba...
La esfinge blanca...
Ya no estamos de moda...

La política liberal en México...
El descubrimiento del doctor Carrel...
El optimismo...
Abismos...
Los dos «sacos»...
¡Vaya usted a saber!...
Sobre el misterio...
Un admirable sincronismo...
La temeraria aventura...
El miedo al dolor...
Mucho ruido...
La muerte del ateísmo...
La euthanasia...
El termómetro...
Cervantes, natural de Córdoba...
La esfinge blanca...
Ya no estamos de moda...



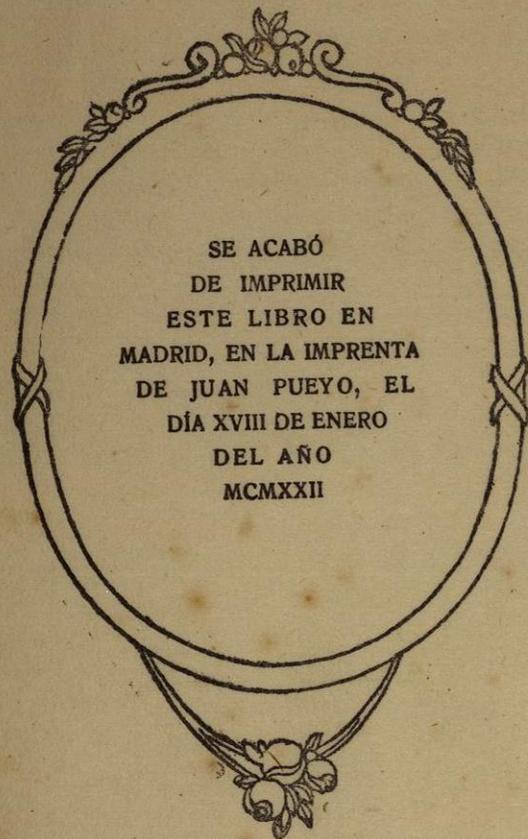
INDICE

	<u>Páginas.</u>
Los sabios y el misterio de la vida	9
El descubrimiento del doctor Carrel.....	15
El optimismo.....	19
Abismos.....	28
Los dos «sacos».....	34
¡Vaya usted a saber!.....	39
La oficiala.....	43
Sobre el misterio.....	47
Un admirable sincronismo.....	51
La temeraria aventura.....	54
El miedo al dolor.....	60
Mucho ruido.....	66
La muerte del ateísmo.....	70
La euthanasia.....	75
El termómetro.....	80
Cervantes, natural de Córdoba.....	84
La esfinge blanca.....	95
Ya no estamos de moda.....	100

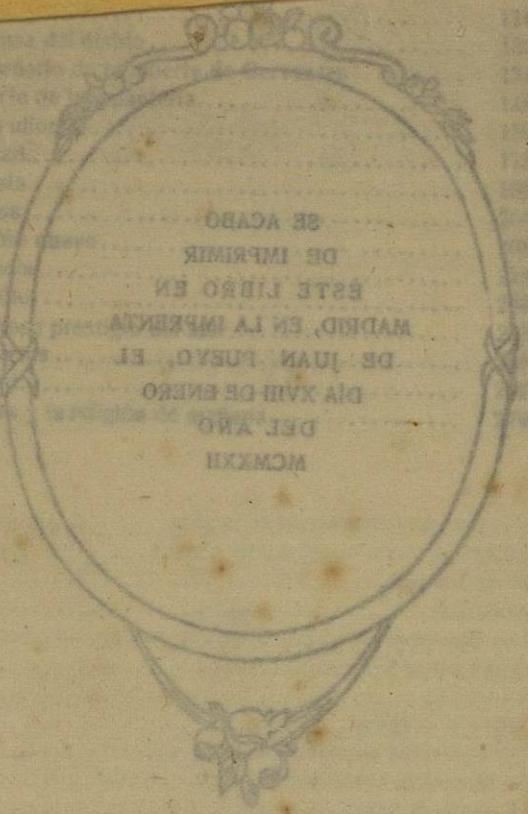
I n d i c e

	<u>Páginas.</u>
Una brújula.....	104
Fray Ejemplo.....	114
En defensa del diablo.....	123
El Centenario de la muerte de Cervantes.....	134
La muerte de la galantería.....	149
Nuestro idioma.....	159
La verdad.....	175
Eugenesia.....	186
Dos años.....	200
El hombre nuevo.....	208
Conciencia.....	219
Pulgarcillo.....	230
El temeroso prestigio del mar.....	241
Los muertos.....	250
Brevedad.....	262
Inglaterra y la religión de mañana.....	270

	<u>Páginas.</u>
Los sabios y el misterio de la vida.....	9
El descubrimiento del doctor Curat.....	15
El optimismo.....	19
Adiós.....	28
Los dos «asesos».....	34
Vaya usted a saber.....	39
La oficina.....	43
Sobre el misterio.....	47
Un admirable sincronismo.....	51
La temeraria aventura.....	54
El miedo al dolor.....	60
Mucho ruido.....	65
La muerte del atelero.....	70
La entomología.....	75
El termómetro.....	80
Cervantes, natural de Córdoba.....	84
La estirpe blanca.....	92
¿No estamos de moda.....	100



En Solano de...
El Comercio...
La...
Nuestro...
La...
Eugenia...
Por...
El...
Com...
Fulg...
El...
Los...
Del...
MCMXXII



SE ACABO
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID, EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO, EL
DIA XVIII DE ENERO
DEL AÑO
MCMXXII

PQ7297
.N5
027
V.26

CAP.
16456

AUTOR

NERVO, Amado

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

B



4,50 PESETAS